

MUNDO
HISPÁNICO
Número 157
15 pesetas

MUNDO HISPÁNICO

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria. Madrid-3

TELÉFONOS

Dirección	244 02 48
Administración	243 92 79
Administración y Redacción	244 06 00

DIRECCIÓN POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESO EN LA FÁBRICA NACIONAL DE MONEDA Y TIMBRE

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1961 NUMBER 157. ROIG. NEW YORK «MUNDO HISPÁNICO». SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA.—Semestre: 85 pesetas.—Año: 160 pesetas.—Dos años: 270 pesetas.—Tres años: 400 pesetas.

AMÉRICA.—Año: 5 dólares U. S.—Dos años: 8,50 dólares U. S.—Tres años: 12 dólares U. S.

ESTADOS UNIDOS y PUERTO RICO.—Año: 6,50 dólares U. S.—Dos años: 11,50 dólares U. S.—Tres años: 16,50 dólares U. S.

EUROPA Y OTROS PAÍSES.—Año: certificado, 330 pesetas; sin certificar, 270 pesetas.—Dos años: certificado, 595 pesetas; sin certificar, 475 pesetas.—Tres años: certificado, 865 pesetas; sin certificar, 685 pesetas.

NOTA.—En los precios anteriormente indicados están incluidos los gastos de envío por correo ordinario.

Temas folklóricos hispanoamericanos

¿ES LA "GUAJIRA" DE ORIGEN ESPAÑOL?

Finalizamos nuestro trabajo periodístico en MUNDO HISPÁNICO de la pasada edición sobre las raíces españolas de la música cubana, señalando cómo de la Metrópoli llegaron elementos musicales a Cuba y a otras tierras del Nuevo Mundo y andando el tiempo, transformados, se los devolvimos como propios nuestros y con nombres típicamente americanos. Tal parece ser el caso de la «guajira», ese delicioso canto del campesino cubano, que tiene un homónimo en el cancionero andaluz.

Hace más de tres décadas Joaquín Turina, el gran compositor español, recogió en una de sus crónicas para la prensa habanera, unas declaraciones del cubano Ernesto Lecuona, al que acababa de conocer, tratar y aplaudir en París con motivo de la actuación, en su doble aspecto de compositor y pianista, del famoso autor de «La Comparsa», «Siboney» y tantas otras danzas y canciones cubanas mundialmente difundidas.

Decía el autor de «La Procesión del Rosario»: «Entre los cantos populares que figuran en el folklore andaluz, la guajira ocupa lugar preferente, no sólo por su característico giro melódico, sino también por la amalgama de ritmos binarios y ternarios alternados, que le prestan original espectro dinámico. La típica guajira, que aún cantan profesionales flamencos como Chacón, tiende a desaparecer, envuelta en los vistuosismos y melismas con que se adornan los «cantaores» del género nuevo, que por variarlo todo lo denominan ya «ópera flamenca.» Ahora bien, la palabra «guajira» no es castellana; llaman guajiros y guajiras a los campesinos blancos de Cuba. Hay que tener en cuenta que no se trata de cantos de negros, pues, según dicen, los negros cubanos son de raza africana importados a la isla por los primeros colonizadores. Los indígenas blancos, es decir, los campesinos, cantaban y cantan todavía una serie de canciones que titulan «punto cubano» y que no son otra cosa que nuestra guajira andaluza. Esto es tan lógico que todo español, por alejado que esté de la música popular, ha oído decir que la guajira fue importada de Cuba a España por soldados e inmigrantes.

«Ernesto Lecuona es un compositor cubano no desconocido del público que frecuenta los teatros líricos de Madrid, y muy versado en cantos y bailes de su país. Con la colaboración de Lidia de Rivera ha dado a conocer al público de París toda la gama folklórica cubana, desde el danzón instrumental hasta las canciones criollas, con ritmos tan nuevos y complicados que es necesaria una maestría absoluta en los intérpretes y quizá haber estado largo tiempo en contacto con los indígenas cubanos, para llevar a feliz término tanta dificultad rítmica. Pues bien, Ernesto Lecuona asegura que el llamado punto cubano es de origen español y procede de la guajira andaluza, llevada a Cuba por los primeros colonizadores.»

Concluía don Joaquín expresando que no deseaba provocar una discusión que, sobre «no conducir a ninguna parte, sería de todo punto inútil», pero sí deseaba consignar «uno de los hechos más raros que he encontrado en materia de música popular. Los andaluces creemos que la guajira, a pesar de haber tomado carta de naturaleza entre nosotros, procede de Cuba, opinión tanto más verosímil cuanto que la palabra «guajira» no es española. Pero ahora nos dicen músicos cubanos que su punto cubano procede de la guajira andaluza. ¿Quién tendrá la razón? Es posible que una conferencia de Ernesto Lecuona, que ahora está en Madrid, sobre el origen de los cantos criollos, fuese de un gran interés y diese luz en ciertos puntos de contacto que indudablemente existen entre la música popular de Cuba y Andalucía».

Pocos días después, en otro periódico habanero, Eduardo Sánchez de Fuentes, el compositor de la célebre habanera «Tú» y autor de ensayos sobre folklorismo, exponía su tesis, contraria a la de Lecuona, recogida, como hemos dicho, por Turina. Sin llegar a formalizarse una polémica, el tema suscitó no pocas discusiones en círculos musicales cubanos, la mayor parte de ellas desviadas al terreno de un absurdo patriotismo y, por tanto, oscurecidas por la pasión. Lecuona no había dicho que el punto cubano, que la guajira cubana fuera española, sino descendiente de la música española; descendiente, desde luego, con perfecta singularidad y características totalmente perfiladas y, por ende, muestra típica del rico acervo de la música popular cubana.

Otros investigadores— Lecuona no lo ha sido nunca— produjeron conclusiones que bien hubieran podido dar algo de luz, como deseaba Turina, en la cuestión —siempre alerta— de los contactos de la música de ambos países. La mayoría de ellos fijaron el mismo antecedente y el mismo proceso: música española trasladada a Cuba por los conquistadores y colonizadores, transformada por los criollos, reexpedida a España y readaptada por los hispanos en su propia tierra.

* * *

En conclusión: no es clara ni irrebatible la filiación inicial de la guajira. En la edición Ricordi Americana de 1949, del Diccionario de la Música, de A. Della Corte y G. M. Gatti, se anota que según el maestro Pedro Sanjuán —músico español establecido en Cuba y director fundador de la Orquesta Filarmónica de La Habana— el origen de la guajira no está bien establecido, y se apunta que mientras algunos aseveran que es de procedencia andaluza, otros afirman que es netamente cubana..., no faltando quienes indican hasta una posible ascendencia africana.

ARTURO RAMÍREZ



estafeta

MIKE PENELA. General Delivery, Thompson, Manitoba (Canadá).—Desea correspondencia en español, inglés, italiano o portugués con chicas de 18 a 27 años de edad.

CLARA KAJATT DE ALTABAS. Alcanfores, 1225. Miraflores, Lima (Perú).—Desea canje de sellos universales.

CARLOS LÓPEZ RODRÍGUEZ. Meléndez Valdés, 43. Madrid-15 (España).—Envía 50-100 sellos España o Europa, diferentes, contra misma cantidad de Venezuela.

JOSÉ VÁZQUEZ VELA. Ocampo y Victorias. Nuevo Laredo, Tampico (México).—Desea intercambio de sellos.

J. NIETO. Florida, 63, 2.° A. Madrid-8 (España).—Envía 50-100 España contra misma cantidad conmemorativos toda América excepto Argentina-Brasil.

ALFREDO CASARES OLMEDO. Virgen del Portillo, 25. Madrid-17 (España).—Desea canje de estampillas todo el mundo.

VACACIONES EN INGLATERRA. Archer's Court, Hastings. Tel. 51577.—Perfeccione inglés en Hastings, pueblo simpático, habitantes amables, estancia campestre, quince minutos autobús distante población y playa a dos horas tren de Londres. Pensión completa temporada verano, £ 7.7.0 (1.235 pesetas) semanal; primavera y otoño, £ 5.5.0 (882 pesetas) semanal. Dormitorio salón descanso, agua corriente caliente y fría. Biblioteca. Jardines, arboleda extensos. Escriban vuelta correo. Con autorización de las autoridades locales de educación de Hastings, facilitamos también entrenamiento de Secretariado Comercial para estudiantes, a precios reducidos.

ERNESTO GARCÍA MAC-GREGOR. Apartado 197. Maracaibo (Venezuela).—Desea correspondencia en inglés o español para intercambio de postales, sellos, etc.

FINLANDIA LLAMA AL MUNDO HISPÁNICO. En Finlandia, el país de 70.000 lagos, hay muchos chicos y chicas entre 15 y 20 años que desearían relacionarse con españoles e hispanoamericanos.—Escriba en inglés o alemán a The Manager of the Finnish Youth Correspondence Bureau, P. O. Box 10034, Helsinki (Finland).

LOLITA SANCHÍS. Calvo Sotelo, 88. Benetúser Valencia (España).—Señorita de 27 años desea correspondencia amistosa con personas uno y otro sexo, para intercambio de ideas culturales.

GEORGE GONZÁLEZ. 182 Claremont Ave. New York 27, N. Y. Ap. 53.—Joven americano, descendiente de españoles, desea correspondencia con jóvenes españoles uno y otro sexo para intercambio revistas, postales, sellos, ideas, etc.

JAVIER VALLHONRAT. Conde de Rius, 13. Tarragona (España).—Desea correspondencia e intercambio postales con jóvenes de todo el mundo.

H. B. HELMERS. Dr. H. Colijnlaan, 173. Rijswijk Z. H. (Holanda).—Desea intercambio correspondencia con jóvenes españoles o sudamericanos de 25 a 40 años.

MARY-AM P. TABUENCA. Sangenís, 70-72, 1.° derecha. Zaragoza (España).—Desea correspondencia en español o portugués con jóvenes de 23 a 28 años, de cualquier nacionalidad.

JOSÉ GONZÁLEZ. Apartado 21.051. Madrid (España).—Desea correspondencia con personas de uno y otro sexo.

TOMÁS J. POBLACIÓN. Av. Universidad, Edificio Monroy. Apto. 11. Caracas (Venezuela).—Joven español desea correspondencia con chicas de 18 a 24 años españolas o hispanoamericanas para cambio de sellos, ideas, etc.

JOSÉ G. RUIZ. Apartado 9.009. Madrid (España).—Desea correspondencia amistosa con lectores de uno u otro sexo.

FERNANDO GARCÍA TAMAYO. Apartado 197. Maracaibo (Venezuela).—Estudiante desea mantener correspondencia con jóvenes de cualquier país para intercambio de sellos, fotografías, etc.

FRANCISCO A. NAVARRO BIOSCA. Banco Hispano Americano, sección mecanizados. Valencia (España).—Desea relacionarse con personas aficionadas a coleccionar sellos y postales para intercambio, prometiendo contestación antes de diez días. Interesa especialmente Hispanoamérica.

JESÚS B. SUÁREZ. Llanorrozo, Soto de Luiña, Asturias (España).—Caballero universitario desea correspondencia con señoritas.

Véndese colección completa, encuadernada, de Mundo Hispánico. Sr. Espinosa, Jorge Juan, 93. Tel. 226 37 94. Madrid.

JOAQUÍN REINOSO SÁNCHEZ. Confederación Hidrográfica del Tajo. Talavera de la Reina, Toledo (España).—Desea correspondencia en español, con chicas de 19 a 21 años.

FERNANDO CASTRO PEREIRA. Rua St. Antonio. Guimaraes (Portugal) y ANTONIO BARROSO MAGALHAES. Praça Oliveira Salazar, Faje (Portugal).—Desean correspondencia con chicas españolas de 15 a 20 años, para canje de sellos y postales.

ERICH MALAN. Box 4614. Johanesburg (África del Sur).—Europeo desea correspondencia con jóvenes de unos 25 años para intercambio de ideas y lenguaje.

JOSÉ MIGUEL GUTIÉRREZ. Argumosa, 35, 2.° Madrid (España).—Desea intercambio de postales de todo el mundo.

La batalla de una generación iberoamericana: la promoción cultural

ENRIQUE RUIZ GARCIA

HABLAMOS DE ACUMULAR SABER

Un profundo deseo de desmixtificación domina hoy, de Norte a Sur, al hombre iberoamericano. El bautizo folklórico o pseudo-político de sus problemas —una máscara más— no elude, al tiempo, ni la justicia de sus aspiraciones ni la complejidad general de todas y cada situación de revuelta.

De todas formas, desde Río Grande a Patagonia, el mundo-universo de lengua castellana y portuguesa intenta resolver hoy uno de sus problemas capitales: acelerar la promoción cultural y social de 200 millones de habitantes. Estos conocen ya, por amarga experiencia de la carne y la pupila, *que sin acumulación de saber* es imposible resolver ya, por el camino de las soluciones concretas, ninguna amplia política de desarrollo.

Se necesitan hombres preparados y hombres calificados en cantidad suficiente para impedir que las grandes reformas y los grandes dramas se conviertan en una simple exposición folklórica para quienes aspiran a perpetuar los viejos sistemas.

UN UNIVERSO AGRÍCOLA BUSCA ESCUELAS

La promoción cultural —la búsqueda de la acumulación de saber— no es posible en tanto no se resuelva, al tiempo, el problema del equilibrio interior del continente iberoamericano, esto es, en tanto no se encuentre una solución justa al problema de la reforma agraria y a la estabilización de los precios de las materias primas que, desde el café al estaño, pasando por el azúcar y el petróleo, supeditan cada país a una situación de monocultivo y monoproducción.

Un gigantesco crecimiento demográfico —el más alto dentro del mundo occidental (del 2,4 por ciento anual)— incorpora casi cinco millones de nuevos habitantes por año a la población iberoamericana. Para atender culturalmente a este inmenso espacio agrícola —todavía más del 50 por ciento de sus hombres dependen de la agricultura— se necesitan grandes medios y la superación de una crisis económica nacida al tiempo de una doble tendencia casi generalizada: a la baja de los productos que sirven de base a su exportación —en muchos casos— y a la desigualdad en la distribución de la renta.

Consideramos que, aun en el caso de un país estable y equilibrado como México, la renta nacional se distribuye de tal modo que hace posible —según los datos de la brillante y joven especialista Ifigenia Martínez de Navarrete, de la Comisión Económica de la ONU— que el 2,4 por ciento de la población asuma el 24 por ciento de la renta en tanto que un sesenta por ciento, constituido por la clase media-baja y la clase popular, alcance sólo el 20,6 por ciento.

DISTRIBUCIÓN DE LOS PRESUPUESTOS ESCOLARES

Según la UNESCO, el avance en la lucha contra el analfabetismo no deja de ser importante, pero el costo «de la educación de cada alumno de escuela primaria no rebasa el promedio de 20 dólares por año en el conjunto de los países iberoamericanos. Este costo varía mucho de unos países a otros; algunos apenas si llegan a los 10 dólares, otros superan la cifra de 40 y uno llega a 70».

La inversión en el hombre, es decir, en su preparación, es la inversión capital que hoy cabe hacer a los pueblos en lucha por alcanzar un nivel de vida superior. Ahora bien, una reforma seria y posible —lo posible es lo verdaderamente revolucionario— de sus actuales estructuras económicas y sociales, ¿qué gastos implicaría?

En el Proyecto Principal de Educación de la UNESCO se calcula que las escuelas primarias no podrán obtener unos rendimientos adecuados sin llegar antes a unos 40 dólares por alumno y año. Esto significaría —se añade en el informe— «no menos de mil quinientos millones de dólares como inversión de capital y unos mil quinientos millones de gasto anual, con lo cual se atendería a la edificación y equipo de 300.000 aulas nuevas, a la formación de otros tantos maestros, del número adecuado de supervisores y administradores así como al mejoramiento y mantenimiento de las instituciones escolares existentes».

No obstante, es de advertir que, según la declaración del Presidente Lleras Camargo durante su exposición en la Conferencia de Bogotá en el pasado año, Iberoamérica ha recibido en 1959 mil millones de dólares menos que en 1951 y por el mismo volumen de mercancías.

No obstante, ese universo ibérico en crecimiento contaba, cuando menos, con 35 millones de habitantes más. De ahí, por supuesto, la agitación profunda de su cuerpo histórico y humano. No es permisible, por ello mismo, la diferencia establecida hasta el presente entre grupos muy pequeños de la sociedad y el resto. Sobremanera, cuando es preciso atenerse a la realidad concreta para elegir, éticamente, a través de una ley de prioridades, los objetivos primeros de la sociedad para resolver unos problemas que, como la preparación del hombre, son sustancialmente cristianos.

UN PROBLEMA URGENTE Y PROFUNDO: EL NIÑO

El esfuerzo enorme que se realiza hoy para la alfabetización, es común a numerosos y amplios sectores de la geografía universal. Sobremanera en los pueblos pobres o de poco desarrollo, porque son éstos los que han aprendido que la capacitación del hombre representa, en potencia, una fuerza de desarrollo inmensa.

Iberoamérica no ha tenido mayor empeño en esta empresa. Pero no puede considerarse como una empresa aislada, sino colectiva y en la que todas las partes deben tener una responsabilización efectiva. Así, por ejemplo, casi todos los países iberoamericanos han visto decrecer su porcentaje de analfabetos. Sin embargo, existe un problema serio: superar la escala del crecimiento demográfico.

En caso contrario —Anuario de la UNESCO sobre la situación educativa— nos encontraremos con este problema: «que el porcentaje de analfabetos haya bajado en el Brasil de un 65,3 por ciento a un 50,5, pero en número absoluto no ha existido reducción, sino aumento alarmante. En 1900 había 6.371.700 y en 1950 se llegaba a los 15.272.600.»

Estas cifras, que en otros países se repiten con mayor o menor frecuencia sísmica, determinan que la acción pedagógica y cultural debe ampliarse a enorme escala y que ésta, a su vez, no debe quedar al margen *ni en el afuera* de cambios muy profundos de estructura. El ex Presidente Figueres lo ha hecho patente con estas palabras:

«Según entiendo (y el dato me parece sorprendente) en 1958 se importaron en Venezuela 52.000 automóviles, con fuerte predominio de los modelos grandes. En el campo de la purísima teoría cabe hacerse la siguiente reflexión: si partiéramos por la mitad los Buicks y Cadillacs todavía tendríamos suficientes medios de transporte para los 52.000 compradores de los autos. Y con el equivalente de la otra mitad, podríamos haber construido en un solo año 52.000 aulas, por lo menos. Y hablo de aulas escolares porque considero la escuela y el centro de salud, como *medios de desarrollo* más importantes aún que las fábricas y las autopistas.»

Por todos los caminos llegamos, pues, al mismo punto: a la educación del niño, a su preparación y calificación. Hago, en este punto concreto, una reflexión que es común a todos los pueblos de la Tierra y sobradamente importante para aquellos que nos encontramos, aún, con el problema de la promoción cultural ante nosotros: *que en el curso del presente siglo la población laboral de Francia ha aumentado en un 60 por ciento, pero en ese mismo tiempo, los empleados, técnicos y cuadros dirigentes han crecido en un seiscientos por cien.*

Iberoamérica, por el hecho mismo de su fabuloso crecimiento demográfico —que es una plaga si no se acelera su formación, pero que es un factor humano positivo si se unen las energías y se formulan inteligentes objetivos— necesita imperiosamente aumentar la preparación de sus hombres para cumplir, dentro del mundo occidental, una de las más graves y notorias empresas que tiene aquél ante sí: preparar el desarrollo, desde bases de cooperación absolutamente nuevas y que nada tienen que ver con el control absoluto de compañías como la *United Fruit*, de dos supuestos geográficos que se necesitan imperiosamente: el Norte anglosajón y el Sur hispánico.

EL PROBLEMA DE LA DISPERSIÓN

Iberoamérica cuenta y dispone del 16 por ciento de las tierras habitadas del mundo. En numerosos casos, la dispersión humana es poco apta y poco favorable a la concentración mínima que impone la escolaridad. Hay muchas regiones donde vive un habitante por kilómetro cuadrado.

No menos cierto es que la concentración de la tierra en muy pocas manos, ha creado situaciones de todo hecho anormales con bajísimos niveles de vida. El gran novelista ecuatoriano Jorge Icaza ha tenido la valentía de hablar —y hablarnos a los hombres— de estos problemas con inusitada gravedad. Así:

«Cuando se pregunta a un indio de mi país por el pueblo en que vive, puede responder: "de la hacienda del patrón Fulano".»

Jorge Icaza ha desnudado esas dramáticas situaciones con ejemplos ardientes. No obstante, no se conduce de otra forma que con talante integrador moral. Así:

«Hay entre nosotros indigenistas que quieren rechazar lo español y unos hispanistas que desprecian la aportación india. Es preciso aprender a amarlos a los dos. Amarlos tanto que se produzca una fusión completa de las razas y de las culturas. Su resultado será un hombre nuevo: el hombre de América—.»

Tampoco es preciso olvidar que existen causas que repiten toda la estructura socio-económica citada anteriormente: la injusta distribución de la renta, ya que, como ha quedado demostrado de manera harto suficiente, existe una paralela dimensión entre baja renta y escasa alfabetización, pero también se dan numerosos casos de *riqueza* manifiesta —pero repartida entre muy pocos— que produce idénticos resultados. En este trance conviene tener en cuenta las ideas de H. W. Howes después de su análisis de la educación de adultos en el Caribe:

«La educación popular tiene que empezar por un *hacer* colectivo de la gente y no por un *bienestar* impuesto desde arriba. No pocas campañas de alfabetización han fracasado porque el hecho de saber leer no tiene por sí solo verdadero sentido. Saber leer, como cualquier otro conocimiento que procure la instrucción, tiene que concebirse como un medio necesario para satisfacer necesidades reales, para lograr fines positivos en el desarrollo espiritual del individuo y en mejoramiento de la comunidad.»

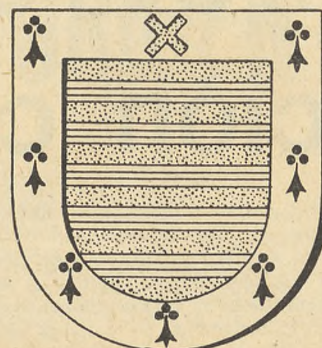
Añadamos y terminemos, en este trance, que Iberoamérica vive hoy una fase de profunda desmixtificación y que estos problemas, en su conjunto total y en su sentido reducido de grupo o nación, no son considerados ya fuera del marco concreto de las reformas amplias por las que atraviesa el continente.

LA REVOLUCIÓN URBANA

Por otra parte, la formación de grandes ciudades está alterando por un proceso de concentración insólito, gran parte de los supuestos. Buenos Aires, Sao Paulo, Santiago, Río de Janeiro, Montevideo, México o Caracas son realidades nuevas, acontecimientos urbanos sorprendentes.

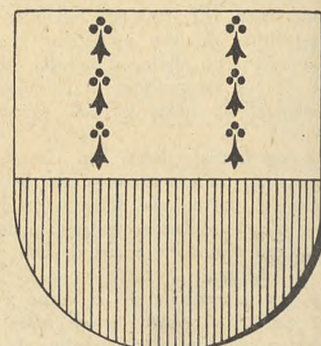
Baste considerar que en Argentina, en 1870, el 70 por ciento de la población vivía en las zonas rurales. En 1938, el 70 por ciento vivía en las ciudades. En México capital vive el 13 por ciento de la población del país y el 17 en Santiago. Estos hechos nuevos anuncian, con la industrialización y los riesgos inevitables que discurren paralelos con esa hipertrofia ciudadana, la faz del nuevo, NUEVO MUNDO.

HERALDICA



FREDDIE VALLEJO. *Alburquerque (Nuevo México)*.—Los Vallejo son castellanos, de las montañas de Burgos (hoy Santander). Probaron su nobleza repetidas veces en la Orden de Santiago y en las de Calatrava (1699), Alcántara (1645 y 1666), Carlos III (1786 y 1835) y San Juan de Jerusalén (1546). Asimismo lo hicieron en la Real Compañía de Guardias Marinas en 1766 y 1789, y numerosas veces en la Real Chancillería de Valladolid entre los años de 1516 y 1817. Don Diego Fernández de Vallejo y Segura fue creado Marqués de Vallejo en 1864.

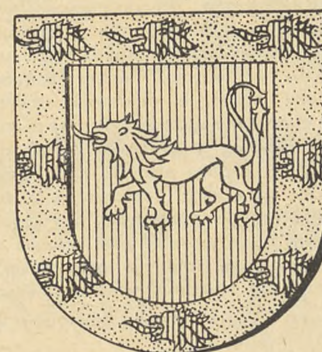
Traen por armas: *En campo de oro, cinco fajas de azur* (*azul*); *bordura de plata, con siete armiños de sable* (*negro*), *y en jefe, un aspa de oro perfilada de sable* (*negro*).



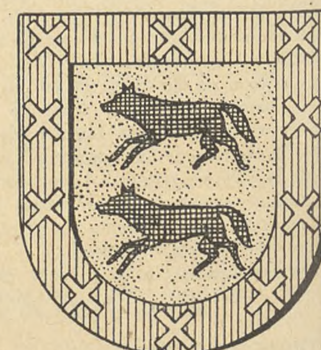
J. FUNES. *Madrid.*—Del linaje de los Funes escriben el licenciado Frías de Albornoz y Gonzalo Argote de Molina. Son oriundos del Reino de Navarra, donde fueron ricoshomes, y ya en el año 600 eran señores del castillo y de villa de Funes, que les dio el apellido. Fueron señores de Funes: Fortún López, en el año 1015; Fortún Aznar, en 1064, y Aznar Garcés de Funes, en 1091. Confirmadores de los privilegios del Rey Don Sancho de Navarra: Aznar Aznares de Funes, en el año de 1113; Aznar, señor de Funes, en 1150, y así sucesivamente hasta Ximeno Sánchez de Funes, que en 1254 era ricohome de Navarra, en cuyo tiempo don Día Sánchez de Funes era ricohome de Castilla.

Pasó este linaje a la conquista de Andalucía, y el citado don Día Sánchez de Funes, hijo de don Sancho Fernández y nieto del Rey don Fernando de León, que figuró en el repartimiento de Sevilla hecho por el Rey don Alfonso en 1253 y en el privilegio que refiere Esteban de Garibay, donde se firma Adelantado Mayor de la Frontera. Dejó una hija llamada doña Juana Díaz, que casó con Rodrigo Iñíguez de Biedma, señor de Estiviel y Alcaide de los Alcázares de Jaén, por cuyo casamiento se unió la hacienda que en el Reino de Jaén poseía don Día Sánchez de Funes a la Casa de Biedma, en cuya memoria el hijo mayor y heredero de Rodrigo Yenéguez de Biedma se llamó Día Sánchez de Biedma, de quien descienden los Condes de Santisteban del Puerto, los Marqueses de Jódar y los Condes de Garcíez.

Usan los Funes por armas: *Escudo cortado: el primero de plata, con seis armiños de sable* (*negros*) *puestos de dos en dos, y el segundo de gules* (*rojo*) *pleno.*



J. DURÁN. *Buenos Aires.*—Los Durán, oriundos de Andalucía y Extremadura, traen por armas: *En campo de gules* (*rojo*), *un león de oro, pasante; bordura de oro con ocho cabezas de leones de gules* (*rojo*).



A. ELVIRA. *Vitoria.*—Los Elvira constituyen una rama de los Alvira, navarros que se establecieron en Aragón. Usan por escudo: *En campo de oro, dos lobos de sable* (*negros*), *uno sobre otro; bordura de gules* (*roja*), *con diez aspas de oro.*

JULIO DE ATIENZA

Barón de Cobos de Belchite

MUNDO HISPÁNICO

Director: JOAQUÍN CAMPILLO
Subdirector: SALVADOR JIMÉNEZ
NÚMERO 157 - ABRIL 1961 - AÑO XIV - 15 PESETAS

Depósito legal M. 1.034-1958

SUMARIO

Colaboración artística de: Daniel del Solar, Montero, Giles, Ceus.

PORTADA: María Albaicín, por Ramón Masats.

CRISTO en la MOTILONIA





Durante estos últimos meses —desde el mes de julio— han aparecido, en periódicos y revistas, noticias y reportajes sobre un acontecimiento enormemente significativo que ocurrió en la selva venezolana. Cinco misioneros franciscanos capuchinos —cuatro leoneses y un palentino— penetraban en los bohíos de unas tribus indias pertenecientes a los llamados «motilones», que desde más de un siglo no querían nada con otros humanos que no fueran precisamente los de su gentilicio; ni con blancos ni con indios.

Esos cinco misioneros —los Padres Adolfo de Villamañán, Romualdo de Renedo, León de Magaz, Vicente de Gusendos y Epifanio de Valdemorilla— pertenecen a una legión de hombres que no tienen de momento un gran empeño por llegar a Marte o a la Luna, pero sí la obsesión de llegar allí donde haya un hombre que no conozca a Dios y necesite de la mano fraternal de otro hombre.



Picaba en historia esto de la ferocidad de las tribus motilonas. No es cosa de ponernos a averiguar ahora por qué motivos los motilones, que en la era primera de la evangelización española en América tuvieron —al menos una parte de ellos— contacto con los blancos, haciéndose cristianos, se redujeron a su propio territorio declarándose enemigos del resto de la humanidad. Se sabe que una vez que hicieron esto se impusieron por la brava, cometieron atrocidades y destruyeron toda posibilidad de acercamiento. Lo intrincado de su territorio el coraje de sus guerreros, facilitaron la decisión.

Ciertamente que picaba en historia. Los misioneros capuchinos que evangelizaban por aquellos contornos —Misiones del Vicario apostólico de Machiques— a tribus muy diversas —indios goajiros, parajuanos, yupas, japrerios— se habían propuesto nuevamente penetrar en los motilones, aunque en el empeño hubiera que dejar la vida. Y esto, que se decidió en 1945, se realizó jubilosamente el día 22 de julio de 1960.

¿Eran tan feroces los indios motilones?

* * *

El momento de la Independencia —Bolívar lo reconoció después, ordenando la restauración— causó un grave retroceso en la obra misionera. Muchas misiones fueron suprimidas. Si no, es muy posible que las tribus motilonas no hubieran vivido su enorme tragedia. ¿Quién se acordaba de los pueblecitos motilones que, con nombres deliciosos, fundaron los misioneros San Francisco del Limoncito y Nuestra Señora del Pilar de Catatumbo, en el siglo XVIII? Pero el 2 de octubre de 1945, volvieron a ponerse los misioneros al alcance de las flechas motilonas, pasara lo que pasara, y fue fundado a 28 kilómetros de la zona de la Motilonia, el Centro Misional de los Ángeles del Tukuko, a cargo de los PP. Capuchinos de la «provincia de Castilla»,



previo convenio con el gobierno venezolano. Los primeros intentos de penetración fracasaron por las enormes dificultades del terreno. Se hacía precisa una táctica, aunque la realización del anhelo se dilatara. Abrir un camino con Estaciones Misionales para que los indios en sus salidas fueran comprobando la buena intención de los que se acercaban ahora a ellos, sin otras armas que sus hábitos, sus crucifijos, los regalos que en esta apertura de camino iban dejando.

El P. Cesáreo de Irmalleda comenzó en 1947 la campaña aérea de pacificación con el procedimiento de las llamadas «bombas de paz»: vuelos de reconocimiento y de mensaje para arrojar útiles, hachas, machetes, sal, ropas y fotografías de los propios misioneros que proyectaban visitarles. No hay grandes contratiempos. Pero de la dificultad y peligrosidad del propósito dan cuenta los flechazos recibidos por el P. Clemente de Viduerna y el Hermano Primitivo de Nogarejas, que todavía se resienten, regresados a España, de sus heridas.

Estos misioneros van creando un clima de proximidad. Por las trochas del camino hacia la Motilonia, en donde celebran la misa, van dejando sus regalos para que los indios motilones se complazcan en robar. Los motilones se acercan cada vez más. Alguna noche roban en la propia Misión Central Tukuko. Este último robo es el que más alegra a los misioneros. Es una manera de demostrar estimación para lo robado anteriormente, de aprobar el camino, de preparar el abrazo. «Mientras por una parte —escribe el P. Adolfo de Villamañán— las tierras motilonas son invadidas a sangre y fuego, quedando montones de huesos calcinados en sus abrasados bohíos, los misioneros se van acercando a los motilones y los motilones multiplican sus visitas al Centro Misional del Tukuko; semanalmente visitan la Estación Misional de Santa Rosa.»

El Gobierno ha facilitado algunos vuelos en avioneta y helicóptero. Los misioneros sacan el cuerpo todo lo posible para que les reconozcan, les arrojan hábitos, alimentos, machetes para que sepan que son los mismos que les buscan a través del camino, los que se dejan robar gozosamente. Hasta que el P. Adolfo, superior de la Misión de Nuestra Señora de los Ángeles del Tukuko, decide realizar la operación. Él dirá que es porque ha sonado «la hora de Dios».

Estamos en julio de 1960.

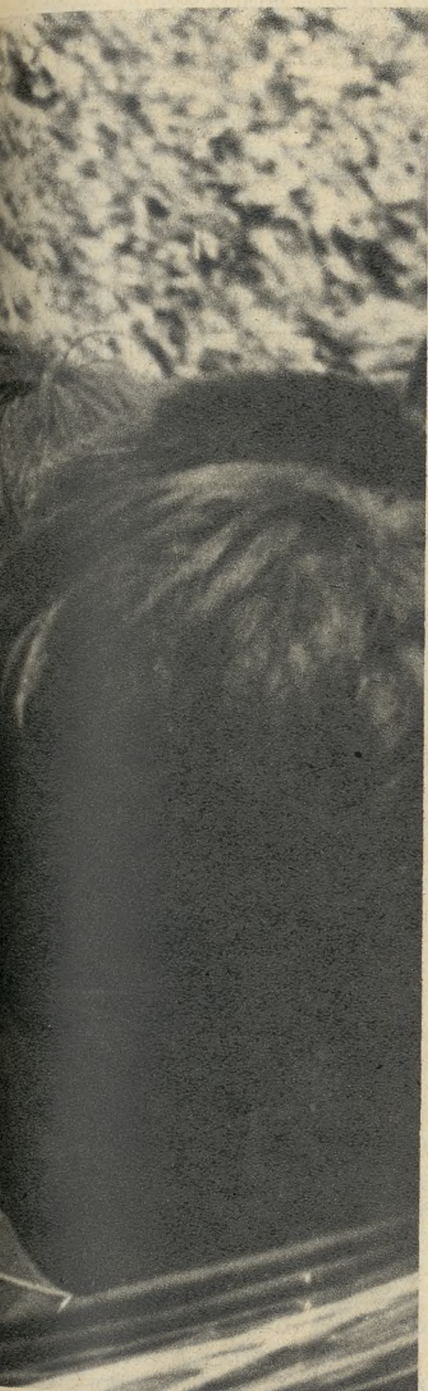
* * *

Era el 20 de julio cuando el P. Adolfo de Villamañán, superior del Centro Misionero,

decidió la partida en la que quiso acompañarle el P. Epifanio de Valdemorilla. Lo mismo pidieron los jóvenes indios yucpas de la Misión de Tukuko, especialmente los internos pertenecientes a la Legión de María. Escogió un grupo de ellos a los que quiso añadirse Eugenio Chibio Yasane, el indio motilón que fue recogido tiempo atrás por los misioneros y que con las noticias dadas sobre la llegada a Motilonia, se ha hecho famoso en todas las crónicas. Otros yucpas adultos, ya cristianos, se añadieron a la marcha, y, finalmente, en el camino, abandonando su trabajo y aportando los servicios de su mulo, se les unió un indio más, éste con una categoría especial: era el «jefe civil» Nemesio Anane. Estaba a punto de sonar «la hora de Dios».

Antes de partir, el P. Adolfo se puso en contacto, por radio, con los PP. Vicente de Gusendos y Romualdo de Renedo, residentes en otros centros misionales, para proponerles la operación conjunta: que ellos consiguieran un helicóptero y serviría de guía a los que marchaban a pie. Pero solamente les podía ofrecer la cantidad de mil bolívares. El P. Renedo se sintió desalentado. Algo más animoso el P. Guesendos. Fracasaron las gestiones en los medios oficiales, aun diciendo que se trataba de una operación de salvamento. Y, tras otras negativas, una Compañía accedió, pero exigiendo que fueran dos, en lugar de uno, los helicópteros. La cifra que pedían no la podían pagar, ni con mucho, los misioneros. Pero como decía otro Padre, en esta empresa había que arruinarse si fuera preciso. Los expedicionarios por tierra habían rebasado ya —al tercer día— todas las Estaciones Misionales que las exploraciones anteriores fijaran y se hallaban semiperdidos en la selva, buscando el camino motilón, cuando oyeron el ruido de los helicópteros, a bordo de los cuales iban los PP. Romualdo y Vicente. La dirección que éstos señalaron era justamente la que los de a pie se habían propuesto seguir. Iban bien. Llegada la frontera motilona, un tremendo aviso: las flechas clavadas en el camino indicativas —bien lo saben los hacendados del contorno y los indios de la expedición— de un «prohibido el paso bajo pena de muerte». Pero no habían venido para detenerse en avisos de poco más o menos. Divisaron el bohío a cuya construcción los misioneros habían colaborado en un vuelo de helicóptero suministrando a los indios hachas y machetes que les eran preciosos para la faena y que ellos habían agradecido con las mejores muestras de amistad. La expedición avanzó hasta él. Se adelantó el P. Adolfo hasta donde pudiera ser visto desde dentro. La entrada del bohío —amplia residencia comunal— estaba cubierta por una esterilla. Pero las mirillas de los lados no estaban obstruidas. Un intenso murmullo en el interior. Nadie salía. Una flecha podía, ahora, salir disparada contra el P. Adolfo que se esforzaba en hacer demostraciones de paz, tratando de sonreir y levantando las manos; pero la situación se prolongaba demasiado y decidió acercarse a la puerta lateral para mostrarse a ellos mientras les gritaba: «Amigos», «Debokubi chomsi ahaimé», según lo aprendió de Chibio.

Los motilones empezaron a huir, a emboscarse en la selva. Pero una mujer detuvo su carrera al reconocer a Chibio. Los demás pararon también. Los expedicionarios aprovecharon entonces para ofrecerles sus regalos. Se entabló pronto la confraternización. La operación había triunfado.

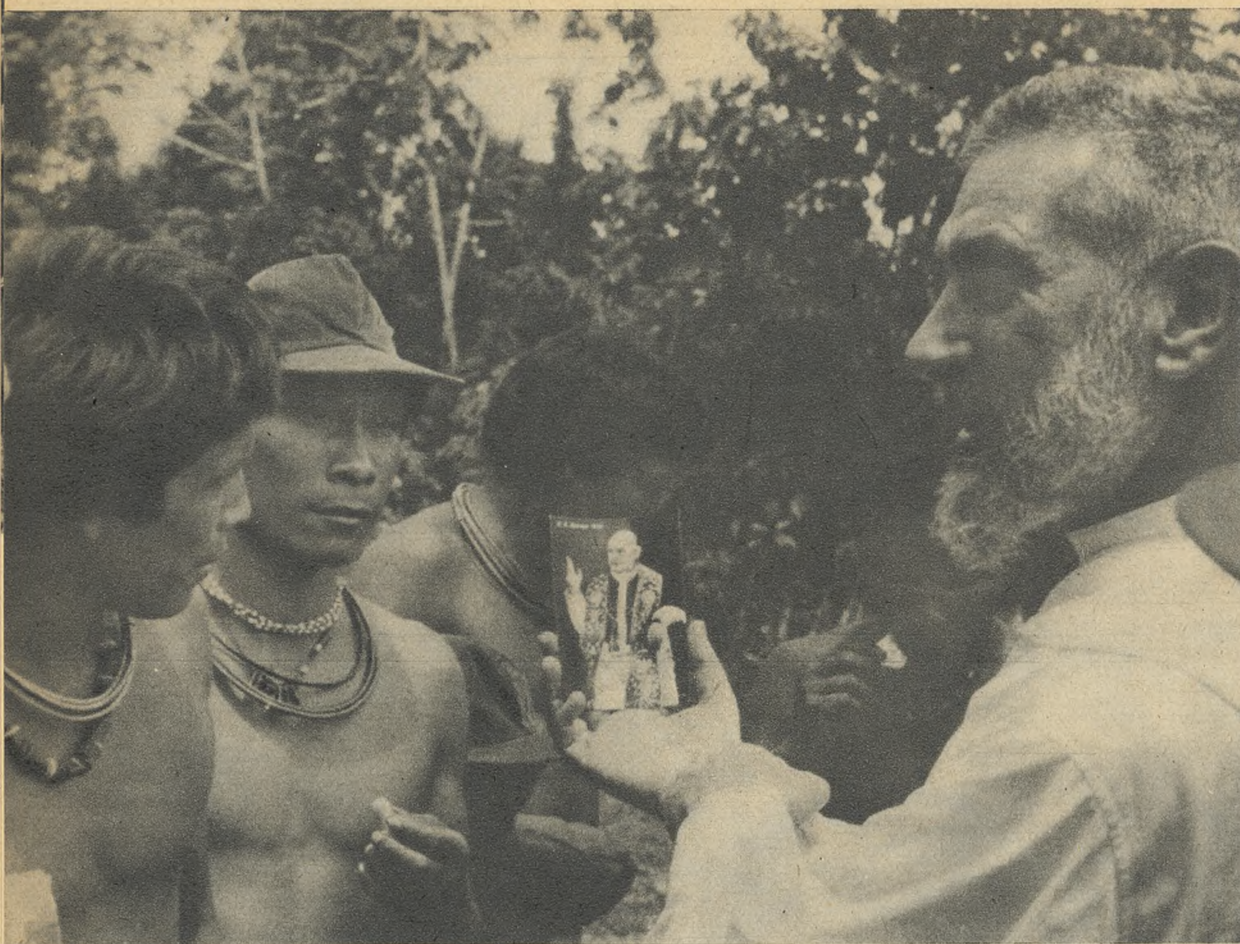






* * *

Desde que el P. Adolfo Villamañán colocara en un arco motilón la bandera venezolana, para que por el jefe del primer bohío visitado, fuera izada simbólicamente por primera vez desde la Independencia, se quiso subrayar la plenitud de derechos civiles de aquellos hombres tantos años alejados de la civilización. Siempre los misio-



neros han hecho constar a los poderes públicos el ahinco con que defienden estos derechos para los indios, lo mismo ahora que en tiempos de la Colonia. Meses, años antes de este contacto, los misioneros han protestado de las matanzas que los blancos han infligido a los motilones, bohíos incendiados, tiro limpio con el fin de quedarse con sus tierras... Insistentemente han pedido una intervención que impidiera estos combates, así como entre tribus indias. Han rechazado toda propuesta de entrar a mano armada. Hoy como ayer y como siempre, las misiones católicas son las máximas defensoras de los nativos.

Precisamente en este año celebran los misioneros Capuchinos los trescientos años de sus misiones venezolanas. Al tercer centenario de su obra, llena de dificultades, incomprendidas, pero por todos consideradas como insustituibles, brindan al mundo un nuevo ejemplo de este estilo capuchino y español de ofrecerse enteramente para la salvación de los hombres.

La ciencia ha sido la primera en acudir en auxilio de la religión. Los motilones, lo mismo que la zona misional de Machiques, de donde proceden los misioneros de Motilonia, pertenecen al estado de Zulía. El acontecimiento repercutió profundamente en la Universidad del Estado. El rector de ella, doctor Borjas Romero, con el doctor Pons, ambos médicos de la misma Universidad, decidieron visitar Motilonia en compañía de los misioneros. Sus informes pueden ser decisivos. Por lo pronto, en Motilonia hay leprosos. El bacilo del mal reside en la sangre de estos indios —o procede de Europa— y habrá que inmunizar a los misioneros y a cuantos visiten Motilonia para que no la extiendan. Los misioneros no podían rechazar el abrazo de los leprosos, ni que éstos, como los demás indios, tocaran sus barbas —ellos lampiños— que tanto les llamaba la atención, ni que pasaran su mano por los ornamentos o los hábitos blancos que para ellos, según expresiva carta del Padre León de Magaz, debe ser algo así como para los niños chupar caramelos.



Las declaraciones de ambos en cuanto a la obra misional son terminantes. «Es imperativo —dice el doctor Pons— que el Estado movilice los recursos necesarios para ponerlos a disposición de los misioneros del Tukuko y pueda así encararse la solución de los graves problemas que afectan a ese número de indígenas venezolanos.»

Por estas declaraciones la nación venezolana, toda la prensa hispánica, empieza a darse cuenta de la hazaña misionera, y hasta se habla ya de condecoraciones para los cinco misioneros y sus acompañantes. La leyenda de la ferocidad ha desaparecido. Aunque últimamente algunos motilones hayan reaccionado como antaño frente a unos blancos de la vertiente colombiana, ocasionando muertos. Probablemente estos indios no han tenido todavía noticia del mensaje de Cristo entre ellos. Tal vez los blancos hostigadores —que sí lo sabrán, en cambio— querrán apresurarse a conquistar una tierra que pronto, como es de esperar, las leyes defiendan para sus legítimos poseedores, los motilones. Al saludo cordial y franco, responden de la misma manera, en términos tan conmovedores, que el P. León de Magaz, que lleva viviendo muchos días entre ellos, escribe a su madre, residente en Palencia: «Si antes dije que tienen los mismos sentimientos que nosotros, ahora pienso que los tienen mejores.» Por todos los informes, tanto de los misioneros como de esos profesores universitarios, puede decirse que el indio motilón —lleva este nombre por su gusto en raparse enteramente la cabeza, aunque se ve que esta costumbre ya no se lleva siempre al pie de la letra— es un tipo humano excelente, de buena complexión y general belleza física. En ellos se observan algunos rasgos europeos que, con la mezcla, da un tipo de mujer hermosísima. Probablemente estos cruces proceden del tiempo de la Conquista, cuando los guerreros motilones raptaban mujeres blancas. Son gentes austeras, bien alimentadas, activas, enormemente afables y con un gran sentido del pudor que separa todo lo posible a mujeres y a hombres. Son grandes cazadores y el tipo de sus arcos no se parece al de los otros indios —los yucpas— vecinos. Viven en grandes habitaciones colectivas, los bohíos, y muestran una gran destreza para la construcción de sus artefactos y tejidos. Les admira, y siguen con atención, las habilidades manuales de los blancos, y si al principio muestran recelo para muchas cosas, pronto se convencen de la buena intención y dejan hacer, tal como ocurrió con los reconocimientos médicos, curas y extracción de sangre para los análisis.

Cristo ha entrado en Motilonia, y con ellos una nueva fe y una esperanza para estos pobres seres hostigados por la codicia y el racismo inhumano. Que la obra de los misioneros sea entendida, ayudada y protegida, pues ello probará al Mundo que la civilización occidental quiere salvar y salvarse. Ella no debe decepcionar a esos indios que inmediatamente de ver a los misioneros volando o en tierra, se ponían el hábito franciscano que desde tiempo atrás se les arrojaba en los «bombardeos de paz», entendiendo que quienes así visten son hermanos que no traían ni el hierro, ni el fuego de la muerte, sino el de construir, el de fundar, el de ayudar a una vida mejor...

DÁMASO SANTOS

Exclusiva mundial AS-PRESS

BUENOS AIRES ACOGE CON ENTUSIASMO

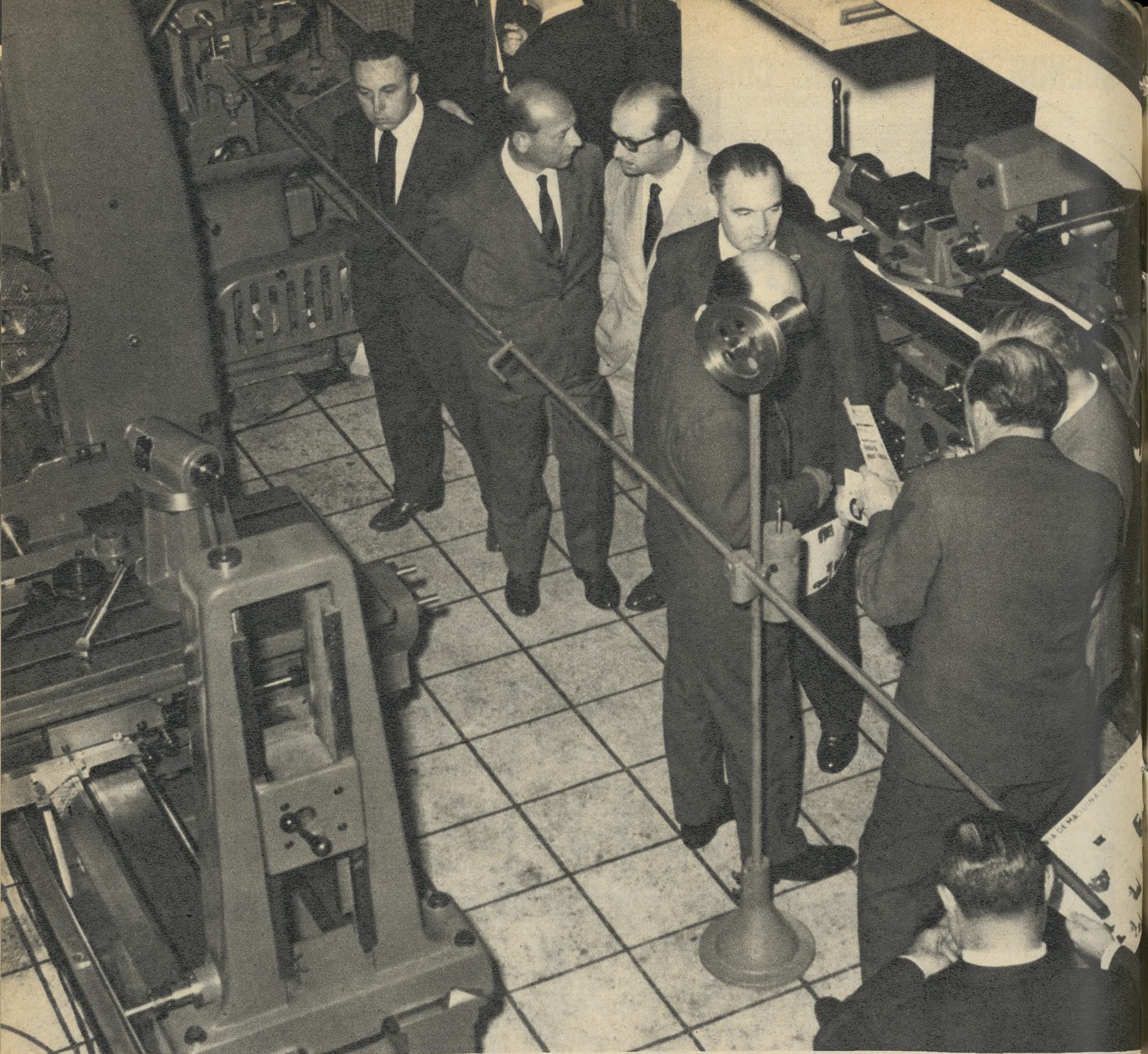
LA FERIA PERMANENTE DE LA INDUSTRIA VASCA



En la moderna Av. Belgrano, de la capital argentina, ha sido montada la Feria Permanente de la Industria Vasca, que presenta un amplio panorama de la producción española de maquinas herramientas. La calidad y eficiencia técnica ha sido reconocida por los compradores rioplatenses.

La exportación industrial española comienza a imponerse en América. Y con orgullo se puede decir que su triunfo ha nacido exclusivamente de la calidad y conveniencia de sus productos, en limpia competencia con los de las naciones más adelantadas.

En Argentina, las máquinas herramientas fabricadas en Elgoibar, Bilbao, San Sebastián y Vitoria, han ganado esta batalla. Hace escasos meses se inauguró en esta capital una Feria permanente de máquinas vascas, en presencia del Embajador de España, don José María Alfaro y Polanco; el Cónsul general en Buenos Aires, don Miguel de Lojendio; el señor marqués de Mira del Río, delegado del Banco Exterior de España; el señor Sáinz, delegado del Banco de Santander; autoridades, industriales, representantes comerciales y bancarios argentinos y españoles. Al amparo de la largamente esperada reanudación efectiva del Convenio comercial entre España y Argentina, la firma argentina «Bolsa de Máquinas» —representante en este país y Uruguay de los grupos hispanos FUMHE (Fabricantes Unidos Máquinas Herramientas Elgoibar) y FAMESA (Fabricantes Asociados de Máquinas Herramientas, S. A., de Bilbao)— organizó esta muestra exponiendo maquinaria producida por sus representados. Hoy, las ventas ya han superado los 100.000 dólares, y el problema reside en satisfacer un mercado creciente que ya tiene compradas máquinas sin llegar todavía.



En el amplio local de «Bolsa de Máquinas» se alinean las codiciadas máquinas en exposición permanente. El vertiginoso crecimiento industrial del país sudamericano presenta un mercado de amplios horizontes, que podrá absorber la producción de numerosas empresas españolas.

El doctor Carlos Felstein, Director general de «Bolsa de Máquinas», nos narra con entusiasmo detalles de esta operación, que promete unos alcances insospechados para la industria española. El primer embarque —de 30 máquinas— llegó en el «Monte Umbe», y además de montar la exposición, se organizó activa propaganda por todo el país a través de diarios y revistas especializadas. Además, la empresa editó un práctico boletín especial donde figuran fotos, detalles técnicos y precios —que se reanuda a cada nuevo arribo—, el cual circula entre 20.000 industrias del país.

Pronto, luego del concienzudo examen de empresarios y técnicos, las máquinas se vendieron y comenzaron los abundantes pedidos. Actualmente, fresadoras «Lagun» y «Gurruchaga»; tornos automáticos «Mupen»; mandrinadoras «Arriola»; tornos de producción «Berdín»; cizallas «Gairu», entre otros, proclaman el esfuerzo y la técnica españoles en fábricas de Rosario, Mendoza, San Juan, Córdoba y el gran Buenos Aires. Otras naciones productoras de estas «máquinas de máquinas», como Alemania, Italia, Inglaterra, Yugoslavia, Polonia, Checoslovaquia y Rusia, compiten en Argentina con las originadas en Vasconia. Pero con igual calidad, las españolas cuestan de un 20 % a un 30 % más baratas que las demás.

La máquina herramienta es un instrumento delicado, que necesita concentrado trabajo personal de obreros muy especializados. Es, además, la base de la producción industrial. Por ello, el Gobierno argentino permite libremente su importación, sin recargos restrictivos. La razón es simple: Argentina está desarrollando a grandes pasos su potencial industrial y necesita con urgencia estos vitales implementos. Pensemos, para darnos una idea del campo abierto a la exportación española, que dentro de poco se habrán instalado aquí cerca de diez fábricas diversas de automotores, con obligación para un futuro inmediato, de utilizar un 100 % de material nacional y la red consiguiente de pequeños productores de piezas diversas para abastecerlas. Una empresa fabricante de locomotoras, en marcha no ha mucho en Córdoba, emplea ella sola 200 máquinas herramientas.

Una vez vendidas, cuentan con un servicio de atención especial mecánica. Mas, hasta el momento, no ha habido ninguna queja. Y anotemos algo interesante: la mayoría de los compradores no han sido españoles o descendientes de ellos, por lo que debemos descartar algún favoritismo «sentimental». El éxito publicitario y de

Voz de alerta: "No van a poder fabricar todo lo que Argentina necesita comprar"

venta ha llegado hasta España. FAMESA se ha mostrado altamente satisfecha, y entrevistado por sus representantes el Ministro español Ullastres, interesóse vivamente por estas operaciones y prometió favorecer la exportación.

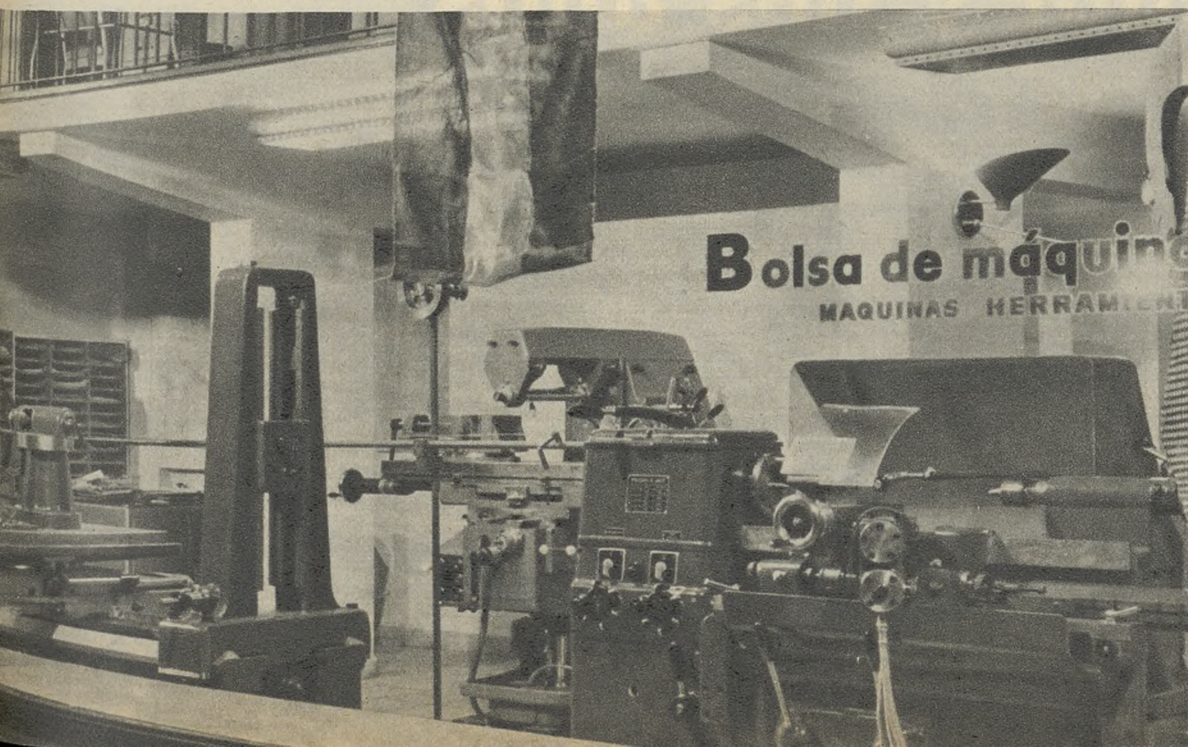
El panorama no puede ser más brillante. Las «alegres» y tradicionales exportaciones españolas de vinos, aceite, conservas, etc., muy apreciadas en América, se complementan ahora con otras de diferente cariz, que otorgan ante el mundo la desconocida patente de la potencialidad actual de una España que sueña pero que trabaja con ahinco. Veinte naciones hispanoamericanas en plena organización industrial ofrecen una complementación económica con la Madre Patria que sólo podemos calificar de fabulosa.

Esto pasa aquí. El doctor Felstein me asegura su convicción: «No van a poder fabricar todo lo que Argentina necesita comprar». El volumen de los pedidos va en aumento y ya algunos embarques no marchan debidamente. Por ello, y en presencia de una realidad y un futuro magníficos, quiere que España conozca y atienda algunas dificultades que podrían dañar irremediablemente esta oportunidad. Una es la necesidad de ampliar más la financiación de los Bancos españoles, para favorecer las ventas. Otra, la de organizar adecuadamente la producción para no caer en fatal incumplimiento en las entregas, lo que ahuyenta lógicamente a los compradores y puede cundir mala opinión sobre la industria española. Y, finalmente, conocer y estructurar bien la resolución de los complicados trámites de exportación, que muchas veces por una pequeña falla en la documentación, retrasan lastimosamente la expedición aduanera.

El embajador de España en la República Argentina, don José María Alfaro y Polanco, pone simbólicamente en marcha una máquina española, en el acto de inauguración de la Feria.

Otra partida de máquinas herramientas acaba de llegar al puerto de Buenos Aires, bajo el pabellón del «Monte Urbasa», desde Bilbao. Rememorando gestas seculares, al brazo generoso del emigrante español del siglo XX, se une ahora —como antes la imprenta o la rueda— la máquina moderna para fundir el mañana grande de América.

Daniel Francisco García Díaz



Ha sido incesante la concurrencia de compradores a esta Feria-exposición, habiéndose superado en los primeros días de venta la suma de 100.000 dólares.



DON RAMÓN,

noventa y dos años

Don Ramón Menéndez Pidal está ante mí, escudriñándome con sus ojos, abierta su atención con una pícara curiosidad por lo que yo venga a decirle, por las peregrinas e improvisadas preguntas que salgan de mis labios. Yo quisiera decirle que no quiero satisfacer curiosidad alguna, que no quiero preguntarle nada, que no quiero saber de su intimidad, sino de su soledad, de sus largas horas de meditación y de trabajo, de sus 92 años sabios y serenos a que acaba de llegar.

Está dispuesto, sin embargo, a responder a preguntas —«veamos, ¿de qué se trata?»—, a exponer datos, concreciones, juicios —«¿qué es lo que Vd. quiere saber?»—.

—Unos minutos de su tiempo y la contestación a alguna pregunta.

—Bueno.

Su voz, por teléfono, sonaba dulce y complaciente.

Su casa, bordeada por una cerca, rodeada de árboles —un pacífico olivo envejece ante su puerta— es un jardín de silencios. Un timbre opaco y una escalera alfombrada que conduce a la biblioteca es el prólogo a esta entrevista. Se oye su voz en la habitación de al lado. Don Ramón despide a su visitante y me recibe.

—¿Qué hace Vd. en el Instituto?— me pregunta. Le digo mi misión en «Mundo Hispánico» porque parece que no hay nada que le interese más en este instante. Pero en la biblioteca se sospecha que todo sonará a su hora, que todo reanudará su diálogo con el investigador tan pronto como yo me vaya.

Me ha conducido junto a la ventana y me ha ofrecido asiento ante él, en un pequeño tresillo. Ha comenzado muy pronto a hablar. Cuenta su tarea diaria, da una idea concisa acerca de sus trabajos y cuando le propongo el tema de Hispanoamérica, me dice:

—Luego, cuando nos levantemos, le enseñaré a Vd. el artículo «¿Codicia insaciable?» sobre el P. Las Casas.

Produce una grata impresión de sencillez y de orden.

—¿Cómo se desarrolla su jornada?

—Pensando en que el trabajo no es castigo, sino una razón de ser en la vida. Las aspiraciones de elevar el nivel de vida y disminuir las horas de trabajo, no son acertadas a mi entender. Lo que importa es que el trabajo se lleve con agrado y que la ilusión no consista sólo en vivir, sino en hacer algo. Que sea grande o pequeño no importa; siendo algo, basta. Lo importante es ahondar cuanto sea posible en los problemas que se tratan, sin prisa y sin descanso, porque la mayor causa del juicio inexacto es la precipitación, el no atender a todas las facetas que un problema presenta.

—Ahora me tasan para que no me canse la vista, y no empiezo a trabajar hasta las ocho. Antes, si me desvelaba, comenzaba más pronto: de madrugada. Dedico un par de horas a la correspondencia o a trabajos de mecanografía, y el resto a lo que esté haciendo. Salgo por la mañana para hacer algo de ejercicio al aire libre, entre la vegetación, al sol, a la lluvia o a lo que haya: de una y media a dos, si quiere Vd. precisar. Oigo un cuarto de hora la radio y luego, a almorzar. La siesta es una institución inviolable. De cinco a seis de la tarde suelo recibir a las visitas. Después, sigo trabajando hasta las diez de la noche.

—Descanso cambiando de tema, aunque me cansa poco y me gusta la continuidad en el trabajo, porque es cuando se consiguen mejores resultados.

Junto a nosotros, los anaqueles están repletos de libros bien alineados. Estamos en el segundo despacho. En el primero —es decir, en el que hice una breve antesala de poquísimos minutos— había dos mesas dispuestas para el trabajo y muchos, muchísimos libros. Quería grabar en la memoria todos los títulos que leyera, pero pronto me perdí entre ellos. En un ángulo, una escalera de mano, plegada, invita a imaginar a don Ramón escalando sobre sus libros, con una agilidad increíble. Todo respira orden —el rayo de sol de la hora exacta, el ambiente denso y recogido de la biblioteca—, un orden personal que no acierto a adivinar. Los libros de Juan Ramón, en una bella encuadernación en tela, están junto a los de Bécquer, junto a los «Episodios Nacionales», de Galdós, y alguna revista bibliográfica reciente. Luego pasaremos, para mostrarme un ejemplar de «La lengua de Cristóbal Colón», a otro despacho que parece asimismo escenario de su tenaz dedicación.

Pero estábamos aún hablando de sus últimos estudios. Uno de ellos es sobre el «Mio Cid», que ha enviado recientemente a Francia.

—Se distinguen dos aspectos, dos poetas, según la proximidad a la figura del Cid. Uno de ellos usa más variedad de rimas que el otro.

Sobre su estudio del P. Las Casas, explica:

—Se trata de un viraje a la biografía de Las Casas, haciendo entrar en ella factores que no se tienen en cuenta.

En otro trabajo —ahora en prensa, para la *Revista de Filología*— estudia la influencia de la poesía lírica arábigo-hispánica en la lírica provenzal y europea.

Le pregunto qué es lo que le ofrece más interés de la historia o de la literatura hispanoamericana.

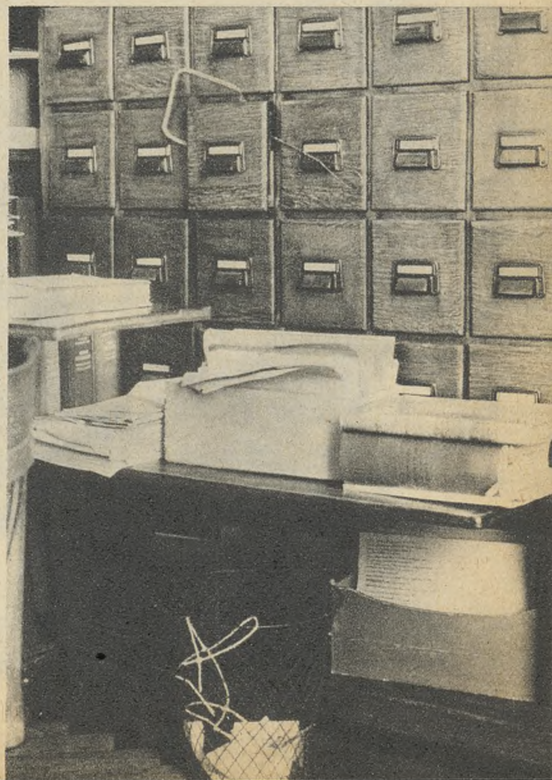
—La unidad del idioma es el punto capital de nuestra vida cultural. El interés por la literatura está estrechamente relacionado con el interés por la lengua. La historia es interesante y está aún en período de desarrollo.

Su artículo «¿Codicia insaciable? ¿Ilustres hazañas?», que me enseña en el tomito de *La lengua de Cristóbal Colón* esboza la apasionante personalidad del P. Bartolomé de Las Casas y da réplica a las posibles actitudes frente al espíritu colonizador de los españoles.

—¿Alguna cosa más que preguntar? —Sí, le pido que me diga de qué se siente más satisfecho.

—Que ofrezca satisfacción completa no hay nada. Más bien insatisfacción. Pero lo que más me satisface es lo de la «Chanson de Roland»; haber lanzado sobre la épica europea lo





q‹ l‹ española me dice; aunque con la insatisfacción de saber lo que aún puede hacerse. Los orígenes de la épica son muy oscuros, y la española es mucho más expresiva.

—¿Qué es lo que más le ilusiona de cuanto se refiere al futuro?— le pregunto. Sonríe: a los noventa y dos años el futuro carece de importancia, parece decir. Pero me ofrece algo:

—¿No conoce Vd. «Los noventa años...» Se lo voy a dar si me promete devolvérmelo.

Es ahora cuando me hace pasar a un tercer despacho donde busca las dos cosas que ha mencionado. En los libros que extrae de su estantería hay cuartillas, fichas y folletos intercalados entre sus hojas. Las páginas están cuidadosamente anotadas, con subrayados y acotaciones.

He aquí «Los noventa años...» en separata de «Papeles de Son Armadans».

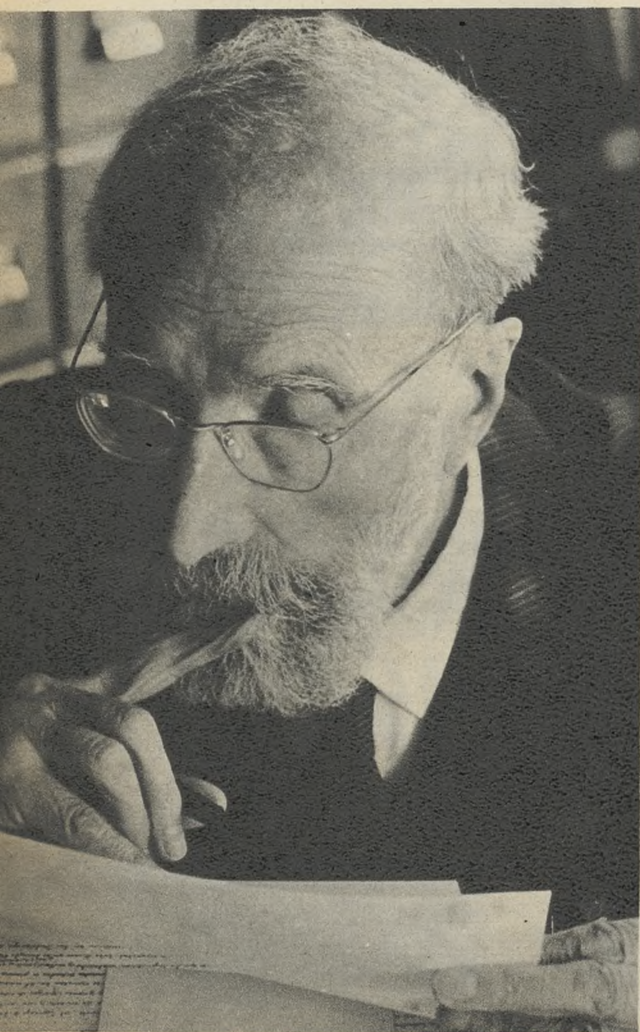
«Los noventa años no son ciertamente ningún alegre *paso del ecuador* en la navegación vital. Llegar a tal edad es el paso del círculo polar, es tropezar con monstruosos icebergs, dar vista al inmenso desierto de hielo, interrogante de eternidad». «Se dice que la más triste limitación que pesa sobre la vejez es el no disponer de un *mañana*. Pero esto debemos rechazarlo como inexacto. Con el *mañana* cuentan los viejos lo mismo que los jóvenes, y cuentan precariamente tanto los unos como los otros...» «...el secreto de bien administrar no es la parsimonia recelosa y escasa, es el desplegar la vida en todo lo que ella, en su plenitud, exige, consume y repone: es no economizar en el esfuerzo del cuerpo o del ánimo gasto ninguno, aunque no comprometiendo en la aventura el capital, sino los réditos.» «No debemos empezar pronto la senectud, sino al contrario, rebelarnos contra ella en todo lo que la rebeldía puede ser sensata, no dejando decaer la actividad vital, no dejando extinguirse el amor a las obras comenzadas en la juventud, dando calor a las ilusiones de razonable esperanza.»

Es una lección que creo debemos recordar.

Desciende conmigo a la planta baja. Aquí veo, sobre un escritorio, las fotos de Ramón Masats y un número de «Mundo Hispánico». Me habla, finalmente, de que fue un gran aficionado a la fotografía. La edición de su «Mio Cid» está ilustrada con fotos que él mismo realizó en los parajes cidianos. «Son mi orgullo», añade.

Don Ramón, menudo, pulcro, delgado, vestido con un traje rayado que es casi negro, con unos zapatos negros de moderna hechura y sin cordones, tiene un aspecto venerable cuando escucha, cuando piensa. Una aguda mirada cuando lee, cuando pregunta. En sus ademanes y en sus movimientos, a veces, un sorprendente gesto juvenil y lleno de vitalidad. Lentamente, pero sin cansancio, vuelve a subir la escalera que conduce al despacho.

EDUARDO MARCO SAMPER







La línea Vespa del transporte



EL CAR DE PRESENTACION ELEGANTE, FORTALEZA MECANICA Y MAXIMA ECONOMIA

Creado para el transporte, se desenvuelve con rapidez y facilidad en todos los tráficos

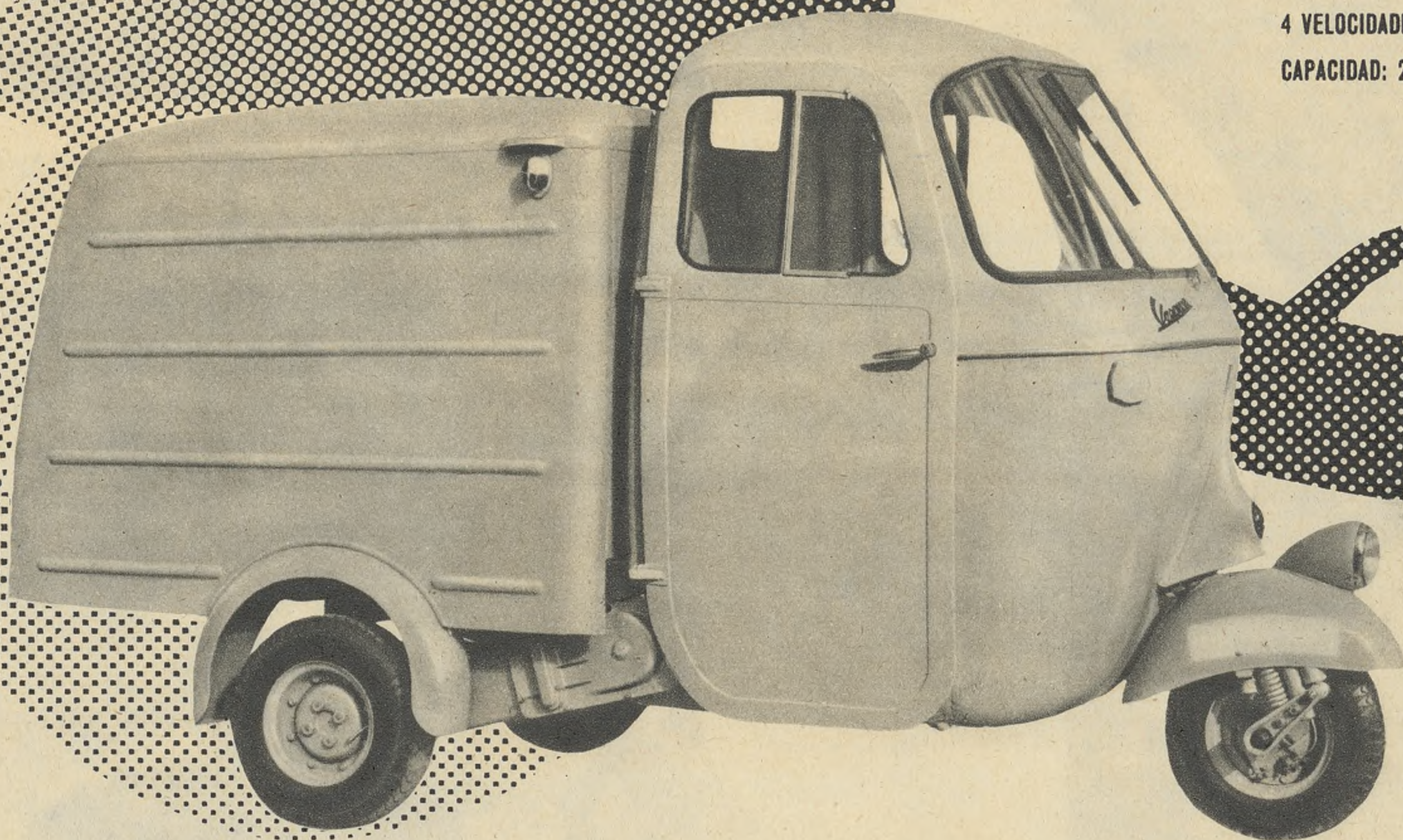
CARGA: 400 Kgs.

CONSUMO: 3,4 litros, cada 100 Km. [normas. C. U. N. A.]

ALUMBRADO: por volante magnético y batería

4 VELOCIDADES Y MARCHA ATRAS

CAPACIDAD: 2 personas



VENTA A PLAZOS:

6-12-18 y 24 mensualidades

		PRECIO CON CABINA Y SIN PUERTAS	CON PUERTAS
CHASIS	p. f. f.	36.000 ptas.	38.200 ptas.
CAJA ABIERTA	»	38.000 »	40.200 »
FURGON	»	40.000 »	42.200 »

EL "CAR" QUE VESPA GARANTIZA



ALEMANIA
TESORERA DEL MUNDO

ENRIQUE RUIZ GARCÍA

Románica, hanseática, cristiana y paradójica, Colonia es la ciudad mágica de Alemania. Plaza fuerte del Imperio Romano fue fundada, 50 años antes de Cristo, por soldados veteranos que aspiraban a descansar a la orilla de un río portentoso: el Rin.

Ciudad de murallas, de mosaicos que aparecen bajo las piedras como recuerdos dionisíacos, Colonia es, sin embargo, la orilla del Rin: los puentes gigantescos, la pirámide de la complicación industrial y comercial del mundo moderno.

Ciudad consumida por las llamas, agotada por el fuego y el temblor de la catástrofe, Colonia apareció en el alborear del 1 de mayo de 1945 convertida en un inmenso montón de cenizas: el setenta por ciento de la urbe había desaparecido. En su *centro mismo* sólo el diez por ciento de la ciudad quedaba en pie.

Yo he visto, en el curso de viajes sucesivos —como en una cinta cinematográfica—, mudar de piel, «oir» el crecer de 100.000 nuevas viviendas, reconstruirse sus gigantescos puentes y levantarse, en planos verdes y cubistas, otro enorme, de largos y gigantescos cables.

En las estaciones destruidas de Colonia circulan hoy 800 trenes diarios y en la Hohe Strasse se regresa, como siempre, al paseo tierno y guiñador de los ojos. Miles de trabajadores italianos y meridionales se enredan en el *deutsche Sprache*.

Pero no sólo Colonia, sino Berlín.

Berlín era un inmenso montón de ruinas que alcanzaba los 80 millones de metros cúbicos. Todavía, aun hoy, Berlín sobrecoge desde el aire, porque sus 880 kilómetros cuadrados no eluden ni esconden la barbarie humana. Ahí está tanto desde un lado como de otro: ahí queda. Con sus cenizas se habrían podido levantar —es sabido— 50 pirámides como la de Cheops: esa esfinge.

Igual ocurrió en Hamburgo: 300.000 viviendas quedaron destruidas y más de cien mil inutilizadas. El setenta y cinco por ciento de las instalaciones portuarias fueron aniquiladas. Yo he recorrido recientemente sus muelles nuevos —100 kilómetros cuadrados—, sobre los que brillan, metálicas, picassianas y móviles, como pájaros afanosos, casi mil grúas en tanto que se abren paso, negros por el humo, 500 remolcadores. Entran y salen al cabo del año 2.400 barcos. Cada uno de ellos es recibido en Schulau con música y alborozo mientras en la terraza se consumen ríos de cerveza rubia, dorada, negra, tostada y espumosa. Se consume cinco veces más champagne que antes de la guerra. Se produce mucho más que antes de la guerra. Se exporta un diez por ciento más. Pero, ¿cómo es posible?

EL CÓMO DE UN HECHO IMPRESIONANTE

El país estaba detenido y muerto. Paralizado sobre sí mismo, atónito y enterrado bajo las ruinas. Sólo en Hamburgo hubo 125.000 bajas. Colonia, que en 1945 tenía apenas 50.000 habitantes, tiene hoy nada menos que 750.000, esto es, una multiplicación por quince.

Ese gigantesco proceso se basa, fundamentalmente, sobre tres realidades concretas:

a) Porque Alemania pagó —o le fueron incautadas— con maquinaria y fábricas viejas y le fue incorporada después un utillaje ultramoderno con el que pudo hacer la competencia —tal es el caso de Hamburgo— a sus propios vencedores.

b) A consecuencia de la reforma monetaria y del Plan Marshall. Ambas soluciones determinaron un proceso de supervivencia que se basaba en un objetivo central: demostrar que era posible una reconstrucción capitalista por vía ultrarrápida. Pero los tres mil millones de dólares entregados a Alemania se dedicaron, exclusivamente, al utillaje y a la alimentación, en tanto que la ayuda otorgada a los países vencedores tenía que dedicarse, en gran parte, al rearme y a la secuela de las guerras y las tensiones de la guerra fría o a los conflictos coloniales que amarraban y destruían el esfuerzo anglo-francés. La guerra de Indochina y después la guerra de Argelia —que cuesta tres millones de dólares diarios y vamos por el año séptimo— han arruinado los esfuerzos franceses aparte de perpetuar el *ultraísmo* conservador e inmovilista de estructuras ya superadas.

c) Por si fuera poco, Alemania contaba con una masa laboral extremadamente calificada y tecnificada que constituía, aún sin capital, una riqueza positiva de incalculable valor, porque el obrero preparado lleva consigo esa riqueza. Pero, además, la capitalización se efectuó durante años sobre la masa de los trabajadores alemanes que, con los sueldos más bajos de la Europa industrial, eran la base y el punto de partida para la campaña de la exportación. El cuarenta por ciento de las mujeres fue empleado también y, de hecho, la sólida masa obrera pagó la letra de la reconstrucción.



El inaudito salto se había cumplido. Los obreros, aun con un porcentaje de distribución muy inferior al reservado para sí por los ocho trusts claves, quedaron situados entre los de más alto nivel de Europa: un coche por cada 15 habitantes (en Francia es uno por cada diez) en tanto y cuanto que cuatro millones pasan las vacaciones en el extranjero, consumen 27 millones de libras de caviar y 50 millones de botellas de champagne. Casi a una por cabeza...

Los aliados, que pusieron como norma una construcción anual de 20.000 automóviles, han visto crecer la pirámide hasta una cifra superior a 1.815.000 unidades. El capital norteamericano se ha centrado en Alemania y la General Motors y la Ford se lanzan, ahora, a la batalla europea del automóvil.

Entonces, a la paradoja utópica, sucede la paradoja burlona, es decir, el deseo de convertir el país en una nación de agricultores, es reemplazado por el hecho increíble de que sean los propios aliados los que inviten a Alemania al rearme para reducir sus posibilidades de inversión y equilibrar los presupuestos. Los rusos, a su vez, cooperando en el planteamiento —desde hace dos años— de una Alemania oriental no menos industrial, preparan, acaso sin darse cuenta de su significación cabal, un acontecimiento nuevo: dos unidades no complementarias y que, reunidas, se encontrarán en el futuro con problemas inéditos hacia dentro y hacia fuera. De todas formas, ambas saldrán fortalecidas.

La vida europea, de cara a la OTAN por el abandono de Francia a su peripecia colonial, se ha vuelto a colocar bajo el mandato militar de Alemania. Por tanto, la suerte de Europa, esto es, su afirmación futura, depende de la capacidad de fusión comunitaria que pueda desprenderse del Mercado Común y la comunidad Atlántica. Ya no es posible entender a Europa aislada. En caso de ser así, no tendría sentido ni podría hacer frente a las grandes reformas contemporáneas.

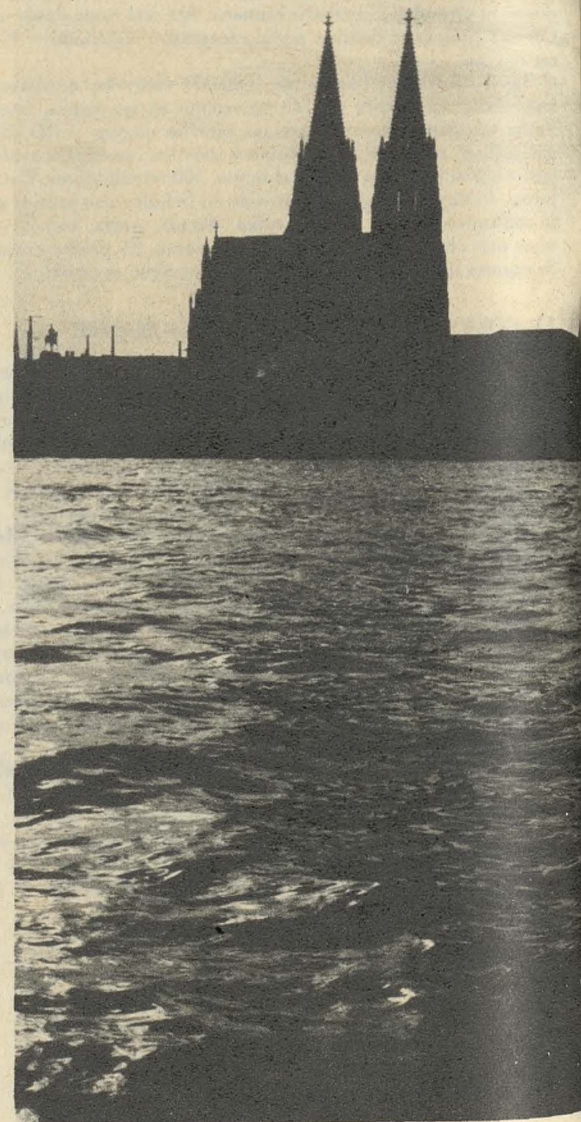
EL CUÁNDO DEL PROCESO

Es una historia simple, como un grano de mostaza plantado entre el viento y la tierra húmeda.

El 20 de junio de 1948, por decisión de las potencias aliadas, nació el *Deutsche Mark*. Al finalizar el año, en la grave y seria Bolsa de Zurich, se cotizaban 100 marcos por 22 francos suizos. En junio de 1953, al cumplirse el quinquenio, Zurich se vió obligado a reconocer la paridad.

Ahora el marco se revalúa en un 4,75 por ciento para favorecer la entrada de mercancías norteamericanas —al costar menos y enrarecer un poco la expansión exterior de Alemania— al valer más sus productos con motivo del nuevo cambio. Por otra parte, Alemania acude, con mil millones de dólares anuales, al mercado internacional de la ayuda a los pueblos subdesarrollados —incluidos otros pagos a USA— debiendo aumentar, también, su aportación al sostenimiento de la OTAN.

Por tanto, en la Colonia de Agripina, en el Hamburgo hanseático, en el Rin que lleva en su espejo el carbón del mundo, el alemán se sienta en los restaurantes de las riberas para escuchar la música que nace allá, en Colonia, en el restaurante «Budapest» y sigue bajando, como una caracola impresionista, hasta el más lejano pueblecillo del río. Y, sin embargo, los campesinos quieren que se aumente su parte de la distribución de la renta y lo mismo piden todos. Nadie sabe ya la medida de las cosas. El milagro comienza su segunda etapa Pero esta es la etapa de Europa porque el Mercado Común, o la Europa de los Seis, sin un nivel político amplio terminará en el vacío y en la nada. Es un momento de alerta, de esperanza y de sobrecogimiento. La paz, como la riqueza, no son abalorios. Hay que saber cuáles son sus frutos auténticos.



La disciplina sindical, la ocupación militar y el recuerdo de la derrota, favorecieron la estabilidad social y la capacidad de sufrimiento. De esa forma se volvió a producir, como elemento indispensable pero sin control auténtico, una gigantesca concentración económica representada, en líneas generales, por ocho grandes trusts que dominan el ochenta por ciento del acero. La descartelización utópica a que aspiran los aliados quedó detenida totalmente. Tampoco se intentó crear otro sistema. De todas formas, el ochenta por ciento de las acciones está en manos de las grandes potencias económicas.

Un hecho portentoso domina esta curva de crecimiento constante: la República Federal supo crear 13 millones de nuevos empleos. Corresponden a 13 millones de refugiados que huyeron de las zonas soviéticas. En todo caso, es preciso hacer constar lo siguiente: que estos hombres corresponden a las clases técnicas, séase de abajo a arriba como de arriba a abajo, y que su preparación no sólo no perjudicó, sino que enriqueció prodigiosamente la capacidad vital del país porque si no traían consigo capital —que el Plan Marshall preparaba y el capital privado USA ofrecía con no menor atención— sí portaban *la acumulación de saber*, esto es, la capacidad de creación.

Porque en el mundo actual el obrero no calificado es casi un obrero tácito y, desde luego, un parado psicológico.

EL POR QUÉ DEL CRECIMIENTO

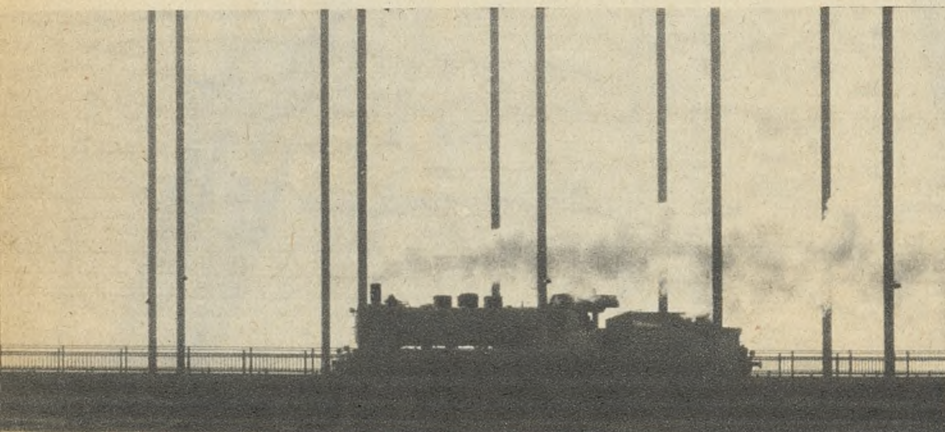
Todas las energías alemanas se han dedicado a la exportación como única fuente de supervivencia, ya que la otra Alemania, la Alemania complementaria, no podía ofrecer sus productos clásicos, sus alimentos o sus recursos paralelos.

Por tanto, pese a que el milagro alemán se ha adscrito religiosamente al cuadro de «la libre empresa», la verdad es que la economía del mercado libre quedaba subordinada a la doctrina de la concentración. Concentración equilibrada por la política aduanera y fiscal del Ministro de Economía que sostuvo los puntos débiles y todavía lo hace ampliamente en la agricultura, con fuertes subvenciones.

La supresión del paro no se efectuó «sobre el nivel de la miseria, sino sobre la elevación continua del standard de vida tan pronto como se cumplió la primera fase de concentración y capitalización». Una marea ininterrumpida de inversiones —el 24 por ciento de la renta nacional, mientras en Francia se alcanza sólo el 17,6— aumentaría el standard de vida del obrero en un setenta por ciento.

Paralelamente las estructuras se hicieron más claras y rígidas de manera que escasamente un cinco por ciento de las industrias proporcionan empleo a la mitad de los trabajadores, controlando, además, el cincuenta y cinco por ciento de la cifra de negocios. Un socialismo privado, si es permitido decirlo así, actuaba de fondo al prodigioso esfuerzo en el que era, sin duda, el gran capital el más beneficiado. En 1950 Alemania contaba ya con 1.200 millonarios. Seis años más tarde, el número ascendía a los 3.600, grupo que se reservaba casi un cuarto del producto social bruto.

La balanza exterior, empujada por las necesidades interiores y las necesidades mundiales, se convirtió en el trampolín alemán. Trampolín que se cierra, anualmente, con un superávit de más de 1.500 millones de dólares en tanto que sus arcas cuentan actualmente con casi siete mil millones. He aquí pues, a la nación alemana convertida en tesorera del mundo cuando en esa misma época, el déficit anual de Estados Unidos supera los 3.000 millones y llega, el año último, a los 3.800.



Fotos: RAMÓN MASATS



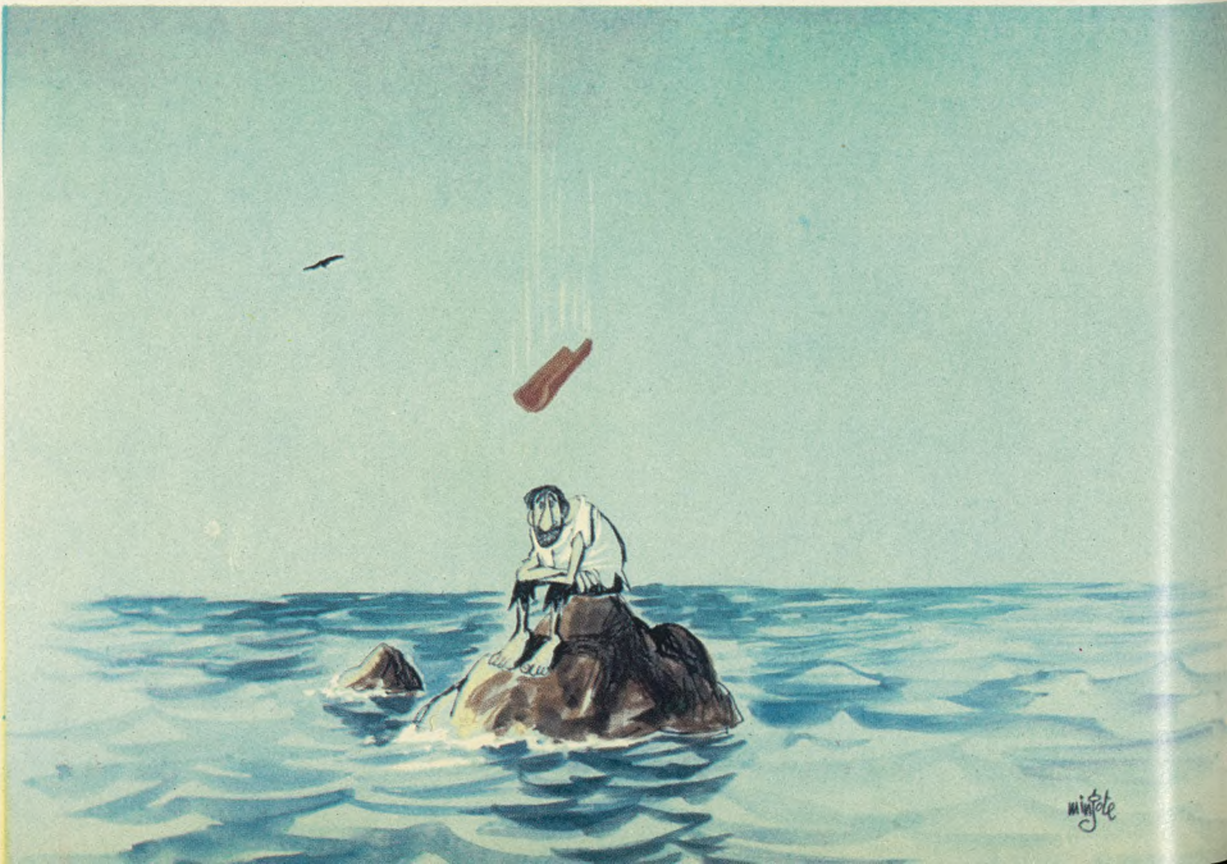




COLONIA Y EL RIN







mingote



Antonio Mingote tiene, como buen artista, cien facetas inéditas que descubrirnos cada día, pero un feroz espíritu crítico le hace destruir, por ambición y por humildad, las noventa y nueve primeras que plasma en el papel y que son como agudos retratos las unas, como instantáneas vivas las otras, como radiografías sorprendentes las más. Una vez escribió y dibujó la historia de la humanidad; en otra ocasión relató, con rayas y pinceladas, la de Fray Escoba. Sus chistes han dado la vuelta al mundo, como un satélite en órbita. Es su «operación cohete» para salvarnos de la catástrofe del malhumor. En el fondo, él hubiera querido ser vagabundo. Así lo ha confesado, y si se hiciera una selección de los chistes de este tema tendríamos nada menos que los capítulos de toda su vida soñada.

E. M. S.







Hispanoamérica y la novela de la tierra

Por HUMBERTO LÓPEZ MORALES

Al irrumpir definitivamente el Sturm und Drang en el ámbito literario de una Europa que estrenaba galas de mocedad a pesar del siglo, va a producirse una comunión de bifurcaciones —algunas antagónicas— que esclarecidamente habían deambulado por sus tierras propias bastante tiempo atrás. Porque si con el nacer de las individualidades modernas, sus floraciones y sus abortos, y sin olvidar que la literatura es la más humana de todas las artes, que decía Alfonso Reyes, se perfiló con mayor o menor integridad la personalidad de los pueblos, el movimiento romántico las hará naufragar en pago al tributo arrebatado y a la pasión indómita. Afortunadamente el fragor de los primeros combates pasó con la misma vertiginosidad de su inspiración, trayendo consigo la nueva calma, a veces madre de mejores venturas. Sería conveniente insistir en el inicio del Romanticismo como denominador común más específico para las literaturas europeas, porque mientras cada pueblo se fue descubriendo a sí mismo asombradamente con las primeras creaciones del siglo XV, en un espíritu propio y un latido autóctono, la fuerza imperativa de los románticos fue tal que se sobrepuso a apreciaciones particulares. Exceptuando genios como el de Goethe, incomparable, parece existir —y de hecho existe— más distancia sustancial y cromática de Shakespeare a Calderón que de Heine a Bécquer.

Esta universalidad de fronteras alcanza cuanto género posible de cultivo hubiese en tan precisas circunstancias. Ninguno tan adecuado como el teatro, aunque también la narrativa en su pequeño mundo de posibilidades abarcó con sus innumerables Werther toda la exigencia del momento y hasta más. La novela volvió a parecerse a la antigua epopeya, en que los personajes no tenían más remedio que sucumbir ante la inquebrantable y triste realidad, sólo que los románticos les proporcionaron un grito desesperado y un arma homicida, símbolos de la rebeldía ambiental.

La novelística europea, cargada de inevitables sedimentos, se adaptó con rapidez a la nueva temática. Pronto las predisposiciones intrínsecas de la raza la hicieron brillar desigualmente. Mientras los románticos franceses nos dan una buena colección de novelas, España escribía un gran capítulo en la literatura dramática.

América, semicolonia económica y, en gran medida, cultural, continuaba bebiendo directamente de la doble metrópoli. Ahora lo español volvía a rescatarse en empeños bien visibles como los de Zorrilla, desprendiéndose hasta donde podía de la influencia francesa de los cien años anteriores de neoclasicismo. Hispanoamérica seguía su trillo asomándose con vacilación a su propio yo. La misma novela romántica resultó palidísima y escasa en los países del Nuevo Continente, llena de aportes extraños y de perfiles que tomó prestados a los novelistas de París.

A poco que se medite con cuidado en esta producción y descontando, muy *a priori*, que Hispanoamérica es esencialmente lírica, se notará el continuo tono impersonal de la novela que llena toda la centuria. Decididamente nuestra novela romántica se pierde de continuo en los moldes europeos. Fue una verdadera lástima que la gigantesca realidad americana quedara inadvertida en sus mil aristas, vírgenes aún. El novelista permaneció siempre de cara al Atlántico, con la espalda a los Andes. Puede decirse, sin embargo, que Hispanoamérica daba sus primeros pasos. Algún esbozo como el de Lizardi, con sus tintas costumbristas, había sido todo. Era demasiado pedir entonces psicologías y vivencia nativa; pero, ¿y el medio aquél, entorno efervescente imposible de ignorar?

Cuando el romántico quiere colocar tipos oriundos para dar textura a su narración, aparecen esos mestizos convenientemente adoctrinados o algún que otro negro agrisado de contornos. Ingenuidad y caricatura. El mismo Abraham Valdelomar, que se propuso con su *Alfarero* encarnar un prototipo indígena, no cumplió su cometido. Muy superior resultaba, sin duda, el pincel de Gauguin.

Una insinceridad así no podía acallarse, a pesar de la Avellaneda con su Sab, y de otra pluma cubana, Anselmo Suárez, más reciente y que plantea con desenfado el asunto esclavo.

La segunda generación romántica, mucho más atemperada, comienza a voltear su preocupación algo más sobre sí misma. Palma, en sus *Tradiciones*, ya recoge matices de sentimiento popular francamente nacionales. Pero esto en rigor sólo constituye una diluída excepción.

En 1896 publica Darío sus *Prosas Profanas*. Había comenzado el *climax* de la reacción contra las últimas apariciones, más secas, del fantasma romántico que aún se movía con dificultad por entre cientificistas y naturalistas. La poesía se inclina entonces a la percepción rara, a la amplitud formal y a la insistencia hacia lo suntuoso. El esteticismo y el programa revolucionario del Modernismo americano, quizá apartándolo de las notas extrañas, es en rigor respuesta a las mismas ansiedades e inquietudes de Europa. El nicaragüense estaba influido desde sus lecturas de juventud, por los poetas del *Parnasse Contemporain*, pero su acierto está en lo personal, en el sentimiento autóctono, en la creación, en una palabra. De aquí los nuevos empeños de la lírica americana que no tardó en ser seguida por un movimiento renovador que dio al traste con las antiguas formas de prosas, hacia la prosa lírica querida por Rubén y que constituye el sello de finales de siglo.

Europa comenzaba entonces a entonar su acento realista. Y también Hispanoamérica. Pero esta vez no serían ecos lejanos. Algunos antecedentes de realismo había conocido ya. Precisamente Cecilia Valdés de Villaverde, cuyo primer tomo databa de 1839, había asombrado a Pérez Galdós. La experiencia pasada nos enseñó a mirar a nuestras manos y a nuestra tierra. El nuevo siglo cooperó con su cadena de desaciertos, con las irregularidades políticas acrecentadas, con la rapiña gubernamental, con la explotación económica, con la miseria de los campos... Esta era la perspectiva. La problemática que abría sus fauces cada vez con mayor ángulo, estaba allí rodeándolo todo, y fue una problemática bien diferente a la que dejó en sus obras el trazo de Emile Zola.

Mientras la novela realista europea se interna más y más en el hombre, como vivencia casi absoluta, el realismo americano se detiene a explorar en la circunstancia que lo mueve hasta dominarlo. Por eso, el ambiente se adueña de la situación mientras que los personajes andan lo bastante toscamente como para que notemos sus hilos largos e interminables.

Europa se muestra más confiada: los deja ir de la mano o solos. Le basta con situarse en un barrio cualquiera de la gran ciudad, y verlos reaccionar. Su literatura es siempre urbana. América mira hacia donde la garra hace brotar la sangre y nos da la novela de la tierra (1).

---

(1) Reynaldo Lomboy publica su *Rauquil* (1942) con el subtítulo de «Novela de la tierra», otorgándole al vocablo una significación eglógica, que conlleva «una dura carga de problemas y conflictos».

No creo posible negar la influencia de la misma Francia en este nuevo modo de hacer literario. No podrían desconocerse las páginas de Zola, ni de Maupassant por encima de otros. Cabe señalar también el calor que algún ideal y en el «esquema-temática» de la novela llegaban desde Tolstoy.

Con valentía fueron saliendo a la luz de la novela de la tierra el sentimiento maltrecho y la realidad aplastante. La obra se encontraba fundamentalmente americana. Rivera, Gallegos, Güiraldes, Barrios descarnaron la absurda persecución social, el latifundio opresor, la carestía total —¡hasta de dignidad!— del nuevo esclavo de la tierra. Era un delator más alto cada vez.

Rivera representa además el triunfo del paisaje y la selva interminable es el verdadero personaje protagónico de su *Vorágine*. El colombiano amante lo había contemplado en muchas ocasiones, y lo había plasmado en su lírica hecha de sonetos coloristas. Pero llegaba el momento de la verdad y sus verdes se oscurecieron hasta la noche, donde sólo algún rayo de sol, ya débil, podía violar la virginidad de la naturaleza amazónica. Su contorno violento lo llena todo, y a Arturo Cova sólo le queda desaparecer entre aquella maraña vegetal que ponía fin a su terrible huida. ¡Cuánta miseria humana oculta la selva!

Mayor importancia que la trama misma tiene la resurrección del ambiente. Resulta curiosa la observación, a propósito del paisaje americano. Permaneció en silencio por más de doscientos años, ignorado sucesivamente por barrocos, neoclásicos y románticos, donde apenas si una postal en extremo retocada en imagen, aparece como una concesión del artista. Rivera hace renacer tal entusiasmo perdido de la época de los conquistadores, en que el nuevo horizonte de luz y color se le entraba a raudales por los ojos asombrados de los cronistas de Indias, y era luego vertido con rasgo candoroso y hasta ingenuo.

El elemento telúrico que predomina en *La Vorágine* va a ser único dentro de la novela de la tierra, porque si es cierto que Doña Bárbara se mueve en su feudo de la llanura venezolana y Don Segundo Sombra recorre la pampa argentina, el ingrediente esencial de las novelas de Gallegos y Güiraldes les hace palidecer hasta situarles funcionalmente al margen.

Rómulo Gallegos, verdadero arquitecto de la novela, ha considerado la ambientación como un factor estimable, pero siempre eso, un factor. El realismo descriptivo ha sido incorporado a sus novelas, que pudieran definirse como grandes cuadros impresionistas llenos de matiz político y personajes de la campiña. Todo esto había nacido con sus primeros cuentos. Pero hay algo que se va perdiendo hacia al diálogo incesante y el continuado razonamiento a medida que el artista va siendo más interesado y comprometido. Si fuera posible señalar un eje objetivo en su obra, señalaríamos la pugna y la predilección por el paralelismo temático y formal. Nos hace recordar a Sarmiento con sus grandes contrastes entre civilización y barbarie. Pero la personalidad del novelista no se detiene en estereotipaciones y doña Bárbara desborda todo apunte, haciéndolo lucir incipiente. Bien podríamos hablar de novela simbólica, porque, ¿es que acaso no responde el movimiento de sus figuras a una intención previa, intención que lleva consigo un grito de rebeldía ante aquella cadena de fuerzas en clave?

Los peones de doña Bárbara viven tan artificialmente como el ama, empujados por un imperio de violencia en torbellino; pero el ama tiene el látigo en su mano y el peón obedece, sufre y se muere. Y ya todo está hecho. Santos Luzardo lucha contra lo imposible, contra lo establecido. La realidad de los primeros capítulos pregona a gritos su derrota y su insuficiencia de humano ante un todo compacto de sociedad.

Rómulo Gallegos ha querido que Santos Luzardo triunfe, y con él, redención de justicias, y para ello sólo le quedaba el camino del amor. Es un toque fantástico, convenientemente intercalado, un atisbo del viejo romanticismo que se le escapa siempre a cada escritor hispanoamericano como algo innato o quizá imperecedero. Muy imbuido con la conquista amorosa, el tema se desdobla graciosamente en una imaginada solución de lo social.

Ya la tragedia campesina, de abandonos y calamidades, cobró vital trascendencia en la tierra americana y fueron naciendo a la novela, involucrados de ajenas tendencias. Y tanto, que cuando Ricardo Güiraldes escribió su novela pampera, en que por primera vez había solidaridad y respeto en las relaciones de patronos y campesinos, calcando un ambiente diferente y nuevo pero que también existía, le fue adversa una parte de la crítica, que la calificó de utopía en el mejor de los casos. Esa exigencia de trasfondo social, que apunta L. A. Sánchez, y más allá, de trasfondo social determinado, merodeó por casi todas las novelas de la época, que como en todas las épocas en Hispanoamérica nunca fueron muchas.

La novela americana había llenado sus ambiciones durante un nutrido período de treinta años. Benjamín Carrión, el crítico ecuatoriano, le reclamaba, además de estar escrita por americanos, que estuviesen llenas de «contenido mestizo, con estructura y espíritu mestizos». Los escritores habían dado sus primicias a tal intento, pero era innegable que aún quedaba una buena vía por delante. La novela de la tierra nos venía con auténtico contenido mestizo. A una elaboración posterior, minuciosa y tenaz, quedaba el resto. ¿No eran ya dignas de considerarse precursosas de criollismo Amalia, Clemencia, Ismael, aves sin nido en etapas anteriores y a pesar de las limitaciones de rigor? Ahora se conseguía mucho más, puesto que la base axial no entró de prestado. Poca consideración merecería Mariano Azuela si no palpitara en él el espíritu de la revolución mexicana y si no se respirara a cada página esa atmósfera de pequeña historia narrada y sentida por los de abajo.

A principios de la cuarta década, la novela comenzó a renovarse en otras direcciones. Todavía quedaron rezagos como el de Luis Felipe Rodríguez, que en su sencillez intelectual se debatía en busca de un equilibrio agrario para su país, todo sembrado de cañas de azúcar. *Ciénaga* fue primero un cuento que se alargó en posibilidades, aunque no en méritos, hasta la novela. Y flotando casi



veladamente, se entrevé por entre el movimiento de sus ingenuos personajes de una sola pieza, una ansiedad de cambio para aquellos hombres callosos y soleados de vida miserable. A ratos fustiga y nadie parece detenerse a escucharlo. Tampoco el lector, que recorre aprisa sus páginas admonitorias, en busca del relato hábil y de aquellas jugosas descripciones de la sesión espírita.

Comenzó a decaer el hermoso capítulo de las primeras manifestaciones personales en la novela de nuestra literatura. Siguieron repitiéndose los temas, aunque con las convenientes variaciones indias. *Huasipongo*, de Jorge Icaza, pudiera considerarse como el vértice de la novela indigenista, con tremendo abismo de explotaciones y cruentas resultantes...

La vida, cada vez más compleja en todas sus aristas, daba pie para nuevos conflictos, más adentrados en el hombre y en sus relaciones. La novela se socializa aún más y se muda a la ciudad, muy influida por la nueva forma norteamericana y, en especial, por la obra de Faulkner; pero la novela de la tierra ha continuado latiendo —Julián Padrón y sobre todo Ciro Alegría— en intensidad proporcional a la vivencia que la anima.

La universalidad

por PEDRO DE LORENZO

Ciertamente, no es preciso que desde Trujillo suba a Navalmoral de la Mata. Tengo esta otra carretera: la que toca en Zorita, hace calle en Logrosán, ronda a Madrigalejo y, por Cañamero, se encarama a la sierra que da nombre a Guadalupe.

¡Bravo camino! Por él —anticipándose al nieto Carlos que, ¿para descansar?, elige Yuste—, el rey don Fernando venía al abrigo de la vegas, de Plasencia a Guadalupe; se detuvo, ¡él que siempre le huyera a Madrigal!, en Madrigalejo, y murió. Acababa de salir de Trujillo; ¡qué cosas!: en Trujillo, años pasados, le cogió la muerte de su padre, la herencia, y, por ella, las posibilidades de firmarse rey «de España». Primer rey de España. Isabel, en Trujillo, aguardaba, alerta a los movimientos de la Beltraneja Por la única vez en ocho siglos, España estaba a punto: se cerraría —España— con la toma de Granada. A un paso de Trujillo, en Guadalupe, recogía Colón sus cédulas de partida a... lo desconocido, lo que después resultó América.

Son, éstos, pueblos de casas azuleadas con añil, al gusto de la tierra aragonesa, como en final cortesía al Rey Católico. Se atraviesa, bajo la carretera, un claro río: Ruecas; si lo sigo, doy en Madrigalejo; vencida la tarde, habrá mujeres en corro, sentadas a la puerta, cosiendo, de espaldas a la calzada; y en la mismísima aguja de la veleta, una cigüeña. Viudo, quizá el rey don Fernando tornó a Extremadura como en un presentimiento, para en ella renunciar; y morir...

LOS PUEBLOS DEL CAMINO

Tierra de teósofos, aquí nació Mario Roso de Luna; en Logrosán: cincuenta kilómetros de Trujillo, treinta y cuatro de Guadalupe. Los cerros se escarpan albos y destellantes; sierrillas lunares, con entraña de fosforita.

Justo en el noventa y ocho, cifra literaria, año de una generación egregia, Mario Roso de Luna escribe el *Legado Histórico de Logrosán*; entre sus magias se denuncia la piedra negra: estaño de la serrata de San Cristóbal.

Quizá Logrosán aduende más piedra mágica en su cerco de montes. Lo que, sin duda, manifiesta es devoción a Virgen piadosísima: Señora del Consuelo, patrona de las cofradías de pastores. No seduce la mina en Logrosán; como a las de Montánchez, o las de Casas de Don Antonio, le ronda el abandono. Logrosán 1960 carece de ferrocarril... Es alto paisaje, duro, extremado: aluvión y rañas; jara, brezo, lentisco, madroñeras; próximo a Trujillo, un pueblo toma ese nombre: Madroñera.

A catorce kilómetros de Logrosán, carretera de segunda y en un bajío, se agarba este pueblecito: Cañamero. No parece haber chimeneas en Cañamero; dan salida al humo, y dan luz, dos o tres tejas corridas: dos o tres huecos entre las tejas; en las ventanas, geráneos. Cosecha un vino de fama: el turbio, entoldado, revuelto cañamero, de 17 grados para arriba.

Las casas de Cañamero se aplanan desde la carretera al río. Que es el Ruecas, río de Madrigalejo; nacido en los castañares de Guadalupe, lo seguiría —ya me tentó—, y ¡en Madrigalejo! Pero, ¿y si es verdad? ¿Y si la casa donde moró el rey es una venta y la estancia en que murió un pajar de la venta?

No jugaré con el misterio; dejo el Ruecas. Me apresuro, derecho a Guadalupe. Derecho, es un decir; cuesta arriba, por carretera de mil curvas, como de monasterio, como gateando, camino la sierra joven, brava, de ásperas umbrías, de frescos verdes. Al norte, río Tajo; al sur, Guadiana. Entre espesura de castaños, penetra la cinta, amaga con perderse, retrocede, se enrosca, se lía y da solemnidad a la escalada.

Mirando al Tajo, las tierras componen este país: la Mata; volviéndose para el Guadiana, este otro: la Jara. Son, los de aquél, paisajes de pintura figurativa. Los de la Jara están pintados; no falta sino el trasladarlos a lienzo: verde azulenco de los garbanzales, de fruto salitroso; por el otoño, la pegajosa blancura rojeante del jaguarzo...

INSTANTÁNEA DE GUADALUPE

¡Ea! Ya estoy aquí. Guadalupe es nombre de sierra, nombre de río, nombre de virgen, nombre de monasterio; y es, asimismo, nombre de parroquia: la puebla que, desde el siglo XIV, viene agrupándose alrededor del santuario.

Suben las casas, y bajan, por la solana del cerro de Altamira, en las Villuercas. Hay calzadas y soportales con pilastras; tanta madera como piedra. Los balcones son amplios y el mirador voladizo, cubierto de tejadillo. En la plaza se centra una fuente, con su alrededor de cántaras de cobre, de cara al monasterio.

Las puertas son de bronce; dos, los claustros. Quien guste de los espacios abiertos, no olvidará el famoso de templete mudéjar, el más amplio claustro de Castilla; en él pugnan dos estilos: mudéjar y gótico. Tan enconadamente, como en aquella lucha de plateresco y románico, que, desde la catedral de Plasencia, ya declara este signo de Extremadura: la raya, la Marca.

Espléndida reja, de hierro forjado, corre de brazo a brazo todo el crucero, en la iglesia. Ocho cuadros componen la colección Zurbarán y alhajan las paredes de la sacristía: anchurosa, no menos que la sacristía de El Escorial.

Nacía el monasterio de un voto de gracias por la victoria del Salado. Es una inmensa mole: yergue torres de fortaleza, acoge iglesia y convento, muestra vestigios de alcázar, atesora un museo de artes.

Se encomendó a la Orden jerónima. Exclaustrados los monjes por la desamortización, permaneció setenta y tantos años en el abandono. Cruel era el expolio. El 8 de noviembre de 1908, frailes menores franciscos recobraban las ruinas del monasterio. Pobre, la nueva Orden; la noche, fría.

A la sopa del convento vino formándose la puebla: serraniega, de bellos rincones y cuatro mil habitantes que trabajan el cobre en artesanía: calderos, braseros, velones, cántaros...

APUNTACIÓN BREVE

No cabe aquí una reseña de Guadalupe. En el monasterio se firman las cédulas de partida al descubrimiento de América y son bautizados los primeros indios. La Virgen de Guadalupe reaparece en Tepeyac, con variante iconográfica sutil: en lienzo.

Pues, ¿me paro a considerar las relaciones hispanolusas en Guadalupe? Armas de Portugal y armas de Castilla se unen victoriosas en el Salado. El rey doncel acude a Guadalupe y escucha a su tío Felipe II, antes de arrojarse a la rota de Alcazarquivir.

Se instalan en el monasterio escuelas de Farmacia, Medicina —quizá nuestra primera Facultad de Medicina— y Gramática; funcionan talleres de bordado, miniatura, imprenta...

Podré ver, todavía, alguna grandeza: el panteón de los reyes; capillas y enterramientos como el de Enrique IV; estatuas orantes de Giraldo Merlo: don Dionís y la dorada imagen, dulcísima, de la reina; libros corales, desde el incunable, integran rara antología. ¿Subo al camarín?

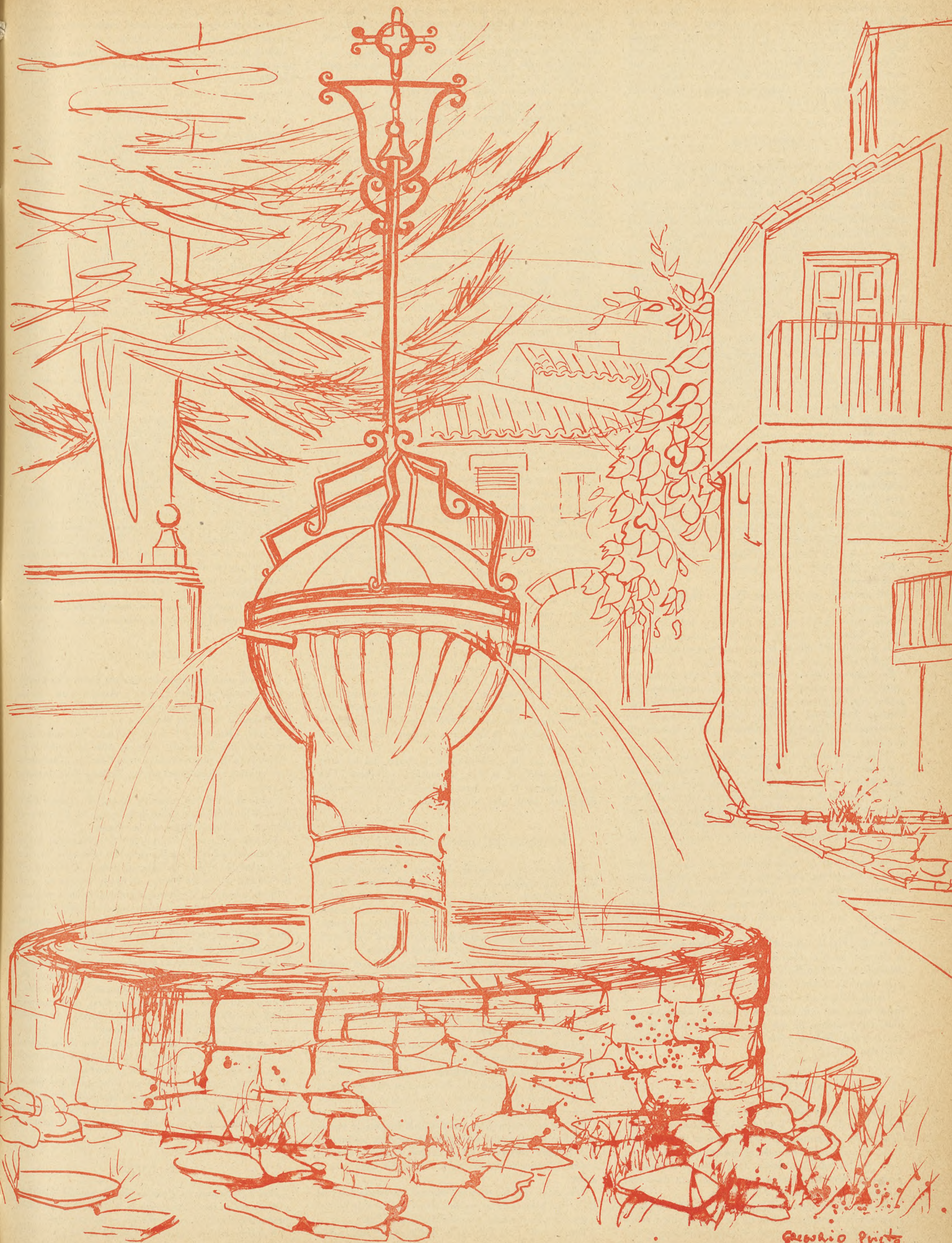
Pinturas de Lucas Jordán; tallas que representan las mujeres fuertes de la Biblia. ¿Veré el joyel, la arqueta de esmaltes, el relicario? Frente al arca, rica de capas y de pluviales, se abre un ventano; da, a ese ventano, el sagrario de Felipe II: escritorio y sillón de cuero. ¡Qué hermosura, los mantos de la Virgen, el recamado, las perlas y pedrería!

Reseñar, en apuntación breve, la nave de bordados, es prueba imposible. Mide treinta y tantos metros, por tres a cuatro de ancho; en los muros, de ventanal a ventanal, se fijan las vitrinas. ¡Exposición espléndida! Esto veo: frontales, capillos, mantos, casullas, ternos, atrileras, mangas, capas, vestiduras; una escenificación rutilante, popular y fastuosa: brocados, tisúes, terciopelos; taraceas de primor en medallones, entrelazos, cadenetas, puntos, hilos...

He escapado. Salto a la tercera planta. Estoy en una celda de la comunidad. Es tal una casita. Pavimento de baldosas rojas, parches de cal; hortensias, clavellinas, plantadas en cajones, desbordan el balcón, sobre los tejados de la puebla. Estantes de libros pintan en la pared la riqueza de idiomas de sus tejos.

No vio esta celda Unamuno. No podía verla. Pasó por Guadalupe semanas antes de que los franciscanos recobraran el inmenso despojo. Siguió Unamuno y se detuvo en el humilladero.

Entre castaños el agua, escondida, brinca, dando razones


Gregorio Prieto

a los etimologistas de Guadalupe «río oculto». Hay charcas de tencas y regajos; charcas que por entonces serían vivero de paludismo. Plantación de olivo, en bancales, y cepas de buena vid. Como para el secreto gozo, allí Unamuno declaró su tentación de «abandonar estas luchas y trabajos en que estoy metido y —dijo— darme a ver pasar la vida en meditación y en sosiego». De Guadalupe, marchó a Navalmoral; tomó el camino de Yuste.

BANDERITAS

Fuimos los últimos de Europa y, a un tiempo, los primeros de América. La tumba de Europa se abre en Yuste. Guadalupe alza la pila bautismal del Nuevo Mundo.

Entre dos recias oposiciones —Portugal, Castilla—, Extremadura se lanza al infinito. Esto es universalidad: soledad llevada al infinito. Estilo de soledad en Yuste, Extremadura es, en Guadalupe, vocación universal. Qué mágica teoría se le revela a Eugenio d'Ors, cuando piensa: Extremadura no tiene océano, pero sí cosmos. Los navegantes de Indias no eran geógrafos, sino astrónomos... No podía su imagen ser la Madona de risueña ermita mediterránea, con un barquito en la mano, sino ésta de Guadalupe, blasonada de cosmos, morenita, casamentera.

Yo me figuro en Guadalupe monje de la Orden jerónima, y voy viéndome clavar, en las cartas geográficas, banderitas que marcan la ruta de los conquistadores. Alzo los ojos. En la cerrada noche fulgen las estrellas; miro el cielo; esa constelación, el Carro; Osa Mayor; pero el pueblo dice. Carro... También aquí, en la seca tierra, me lo figuraría: una rueda, Badajoz; otra, Jerez o, no pierdo línea, Barcarrota; delante, Castuera, Medellín.

Concuerda: Badajoz, que es Pedro Alvarado. Y se me levantan y presentan: Soto en Barcarrota, Balboa en Jerez —Jerez de los Caballeros—, Valdivia en Castuera, Cortés en Medellín... ¿Es eso?

Sí que, un carro, se compone de algo más; no es sólo una caja; me dan cuatro ruedas y yo no tengo carro; no hay carro sin lanza, por ejemplo... Habré de salirme de Badajoz; cojo el camino de Medellín a Trujillo: ¡buena lanza! Trujillo, y como en su luz, dándose cita, juntamente brillaran Mizar y Alcor; ¿qué digo?: las siete estrellas del Carro, los siete de la Conquista.

¿He apuntado cinco?; agrego: Pizarro, Orellana.

Extremadura es América: veintitantas nuevas nacionalidades, varias veces el territorio de Europa; arroyos que se llaman Amazonas; charcas, Atlántico; encinares, selvas. Es la tentación del infinito, la naturaleza aún no hecha, pero de redondeadas formas femeninas, fecundas.

Sin miedo al infinito, el extremeño proyecta su fantasía sobre las tierras solares y, en derroche de marianismo geográfico, siembra de nostalgias la virgen toponimia americana: Méridas, Medellines, Trujillos, Cáceres, Guadalupes: noventa veces Guadalupe da su nombre, bautiza las fundaciones, en aquella tierra sin límites.

No le mueve el oro al extremeño. Para engancharse, pone a esa carta la hacienda; la vida misma. No le arrojan de su tierra pugnas de bandería. Sirve una idea, sirve a una política: el Imperio. Es apático y violento; su vocación, la de quien no siente vocación alguna. En la dinámica de la historia, la única salida para un hombre así es ésta: la aventura... ¿A qué buscarle motivos a la aventura? Consiste, la aventura, en ser motivo de sí misma.

Siguiendo el carro de los conquistadores, monje yo jerónimo en Guadalupe, conpemplo esta carta de las tierras extremeñas: arriba, Cáceres; Badajoz, en el llano. Voy en los pintados redondeles, como las ruedas del carro, clavando banderitas. Esta primera rueda, marca una apartada plaza fuerte: Badajoz.

Un rubio teul la mueve. Habrá nacido entre los muros de la alcazaba, en el corazón de la ciudadela. Se llama Pedro, del linaje de los Alvarado. Por allá anduvo subiendo, bajando, y le afamó la Noche Triste. Donde más, en Guatemala.

Traigo Badajoz a mi recuerdo y mientras, la mano, en el mapa, señala con otra banderita el redondel apenas perceptible, representativo de una villa, casi perdida en la raya con Portugal. Badajoz y esa villa, en la figura del carro, equivalen a:

LAS RUEDAS TRASERAS

He aquí la villa: Jerez. Un nombre con variante de apellidos: Jerez de Badajoz, Jerez de los Caballeros templarios; *Jerez de los administradores...* El nombre es moro, *Xerica*, Jerez; el apodo, significativo del absentismo en Extremadura: Jerez de los administradores. Latifundio y absentismo. Ciento cincuenta mil fanegas de término, con doscientas dehesas, en dieciséis leguas a la redonda.

Hablaría de las torres giraldinas y la muralla templaria; el paisaje de tormentas bíblicas en que gime la villa y se retuerce... Pero, no. Un monje de aquellos jerónimos, que volviera a vivir en 1960, ¿repararía en tan poca cosa?: doscientas dehesas no han dado ni un leño para la estatua de Vasco Núñez de Balboa, el desventurado ante cuyos ojos, por la primera vez, se tendieran las aguas vírgenes de todo remo, calmas y pacíficas, del mayor de los océanos.

Esta es la calle de Oliva. ¿La sigo? Viene una casa, baja y encalada; el portón es a dos hojas; amplio el zaguán; la cocina, de campana. Pasada la cocina, se abre el patio, empedrado, con una parra en medio. Hubiera visto, al entrar, una corona en la fachada y una cifra: 1710; lo que oigo es que, en esta casa, nació Vasco Núñez, descubridor del Pacífico.

Me daré una vuelta. Es un pueblo orgulloso de sus torres: San Bartolomé, San Miguel, los Templarios. Miro las ventanas, de reja, carceleras de la hermosura en flor: claveles, heliotropos... Grande, corchero pueblo Jerez, de misteriosas carreteras forestales. En el hoyo de Santa Catalina una torre clava su graciosa alusión a la Giralda. Las escuelas de niños trepan por la ciudadela. Levanta Jerez nobles palacios; asienta estirpes numerosas: Cabeza de Vaca, Salazar, Condes de la Corte, la Puebla, Duque de Montellano....

Hay, desde Badajoz, unos cien kilómetros; viniendo, a la mano izquierda se extienden las negras tierras de bujeo, hondas, retentivas: los Barros; entre la carretera y la raya con Portugal, una forestada mancha que rojea: el alcornoque. Sobre los llanos campos, el camino pasa por estos lugares: La Albuera, Olivenza; dos nombres con historia; en Barcarrota, hace un alto.

Es el pueblo de Soto, quien, Florida arriba, tienta las aguas del Mississipí. Entre cuatro faroles, dos fuentes y una verja, se alza la estatua del conquistador; le bailan el son las aguas, le aroman los rosales y la umbría de unos árboles de Indias.

Hernando de Soto, erguido, en azulada piedra, centra el jardinillo; en el pedestal se relacionan las tribus vencidas y los capitanes —siete barcarroteños— que las sometieron.

Frente a la estatua, aparece el Ayuntamiento. El casino es de muros rojos y patio de palmeras. El camposanto se explana en un atrio de eucaliptos. En la iglesia del Soterraño, por bajo del altar, hay una fuente de manantío, y una zarza.

Términos geográficos, nombres de astro y de árbol poetizan el callejero de Barcarrota: calles del Viento, las Cruces, Luna, Olivo, Sol, Aguadulce, Almendro, Palma... O a la memoria de algún héroe: capitán Venegas Lanzarote, una calle en la que está situada la casa de Hernando de Soto.

Por el camino de Jerez, a la izquierda, se me queda un pueblo alfarero; no sé de otra arcilla, botijera, ni paciencia como la de Salvatierra para lucir el barro: saliva y cantos del río. Los vinos son negros, y las balanzas, de las llamadas romanas, dignas de un contraste de Valdés Leal: un dedo en el fiel y esta leyenda: *Ni más, ni menos.*

Pueblo de artesanos o, en su propio decir, artistas, Salvatierra vive el orgullo de los oficios, en los que pone sello la buena mano creadora: el botijo de los Barros sube hasta París, en andadura de borrico o, también con el borrico, embarca para Nueva York.

Y ahora, este eje, que es el eje de las ruedas fijas del carro, parece asentado en la raya, de espaldas a Portugal. Una rueda, Badajoz; la otra, Jerez de los Caballeros; en medio, Barcarrota, como para un repuesto.

POLÍGONO DE LOS CONQUISTADORES

Badajoz adentro, el camino de Jerez a Castuera discurre entre tierras calmas, de cierta consistencia, barros fértiles, dehesas de pasto y de labor, pueblos que se llaman Zafra, Ribera del Fresno, Zalamea. A la parte de abajo quedan Fregenal de la Sierra, Fuente de Cantos, Llerena, Azuaga; y a la izquierda, sobre este largo varal del carro, Villafranca, Hornachos, Puebla de la Reina, Valle de la Serena...

No sé cómo tocar en Zafra. Vería, de camino, un pueblo deslumbrante: Alconera; lucen las calles de Alconera su calidad de mármol. De Jerez de los Caballeros a Zafra, los campos, con mucho de alcornoque, dan entrada al encinar. Acercándose a Zafra, el suelo es de sembradío; la plantación, olivera y vid.

Zafra se articula en sevillana calle de las Sierpes; el castillo recuerda a Santa Fe; un cordón de piedra recuadra el pórtico del hospital de Santiago; las iglesias son góticas; centra la plaza, de soportales de roca, una cruz de hierro; los balcones se abren saledizos como tribunas, para la procesión, para la feria.

No cuenta Extremadura con feria más importante que la de Zafra: unos sanmigueles en octava, pues se celebran el 4 de octubre. Olivareros, los alrededores casan con el nombre de la pequeña ciudad: *zafra*, tinajilla de latón para el aceite.

¿He dicho que las rejas son curvas? Carceleras rejas de jaula, para holgura de las macetas, de roja alfarería de Barros, y más luz a las ventanas, encandecidas de tanta flor.

Pero, carretera de Córdoba a Sevilla, digo: este castillo fue famoso por los Duques de Feria; palacio con los de Medinacelli; albergó cortes literarias; hace nada, estudiantes de bachillerato; en su recinto se verá, cualquier día, un parador de turismo.

Habrá en la ruta de Zafra indicadores que, a un lado y otro lado, manden a estas cercanías: Fuente de Cantos, Llerena...

EN LA CIMA

Relumbra el sol, destella en noches de luna, Fuente de Cantos: con sus fachadas albísimas, del blanco, blanco, blanco de la cal de Alconera; jalbegadas hasta el suelo, sin zócalo ni cornisa, en esa doblez de esquinas y esas claridades de mármol mate, aprendió todas las gamas de la albura un fuentecanteño: Zurbarán; nacido en 1598, año en que moría Felipe II, el rey de los más negros lutos de la Cristiandad.

Una lápida en la plaza memora a Zurbarán: da su retrato y laureles que enguirnaldan la paleta. A las afueras, en un jardincito, se encuentra la estatua del pintor, en mármol, como encalado a la manera de la blanqueadísima calle del Aguila —tan amorosamente dibujada por Gregorio Prieto— y en una de cuyas casas nacería Zurbarán.

La fiesta del pueblo se celebra en septiembre, cuando la Iglesia propone la advocación de Nuestra Señora de la Hermosa, tal un símbolo de la propia galanura de calles y zaguanes, relucientes, con su ruedo en el centro, de cantos coloreados. La ermita, enteramente revestida de cal, como un bloque de mármoles sin brillo, traslúcidos, muestra el blanco solemne que torna escultóricos los monjes, los hábitos y figuras de Zurbarán.

Al sur de Fuente de Cantos, se columbran los últimos pueblos extremeños, rayanos con Huelva. Traen estos pueblos apelativo de León, en aviso de que, hasta ahí, se extendían los dominios del priorato de San Marcos: Segura de León, Fuentes de León, Calera de León....

Junto al monasterio de Tentudía, cima de la provincia, a 1.104 metros de nivel, Calera motivó allá por los años treinta esta glosa con cita, de Eugenio d'Ors:

«En el derribo del claustro de Calera de León —dijo Teodoro de Anasagasti, arquitecto, en el Ateneo de Madrid— no se consumó el atentado oficial, debido a la valiente resistencia del pueblo de Badajoz, que se opuso a la destrucción y acogió con estoicas negativas los corruptores ofrecimientos, que llegaron a hacerse de dar a los obreros jornales de 25 pesetas y de repartir veinticinco mil pesetas entre los mismos.»

Es el recurso al heroísmo, la resistencia fiera.

ADVOCACIONES

En línea, como posiciones de montaña frente a las barranqueras béticas, se sitúan Llerena y Azuaga Tuvo Azuága corte de reyes: Celedonio, rey de los gitanos; tiene tantos cines como la capital de Badajoz...

Y aquí, Llerena; en la plaza, clarísima, luce una fuente proyectada por Zurbarán; cierra esa calle, al fondo, la giraldina torre de Nuestra Señora de la Granada. ¡Qué sugestión en estas advocaciones! por los caminos de la memoria, recuento.

Frente al castillo en ruinas de Alconchel, Nuestro Padre Jesús de los Aflijidos, el Cristo de la Expiación. A un paso de Portugal, Santísimo Señor de las Penas.

Me subo al Cíjara. Veo una ermita de la Nazarena, Virgen de Nazaret, morena, guapa, como las guapas y morenas muchachas de Garlitos. De toda esta pedrera. Y las que más, de Villarta, donde los Montes se hacen mancha de jabalí.

Si las mujeres en Garlitos son morenas, la tierra es blanca y llevada a los pueblos de alrededor para el enlucido. Me vuelvo y, si ando de romero, por Pascua, rendiré culto en Campanario a la Madona de la Piedraescrita, patrona de la Serena.

La ermita es elemento del paisaje. Blanca, la ermita, en la fragancia de los campos; erguida en la soledad del horizonte; frecuentada en romerías... Como la Virgen de Bótoa en Badajoz capital: procesionalmente, de la ermita a la encina, en andas de la mozas lavanderas, entre canciones a tono con el cielo: de alegre letrilla si llovió, o de rogativa con rosas de pólvora y juncos silbadores.

Si es en Don Benito, habrá jira a la Virgen de las Cruces; en Alburquerque, a la Virgen de las Espigas; y la Granada, aquí: las calles ciegan de blancura; Zurbarán abrió taller en Llerena; guarda la iglesia un Crucificado, del pintor; aparece en sus cuadros, reaparece, la fuente de la plaza.

No insisto. No saldría de estos pueblos... En la carretera, roja de polvo, tomo el camino de la Serena. Y mientras, diré:

LOS BARROS

Diré la tierra que veo, y que no piso. Escapará a Villafranca y estaría en los campos trigueros de la Patria. Fértiles calmas profundas; el cultivo, con barbecho, es de año y vez.

A medio camino —pero ni Castilla ni Andalucía—, la representación de este campo se la reparten la encina y el

olivo: severos troncos del encinar; retorcidos troncos torturados, del aceituno; agarrándose a un barro grueso, pesado al pie, rico, noble; con alfombra de coscoja, en las dehesas; y la bruma de plata del ramujo, liviano, gris. La rareza es el agua, que se implora; la identidad, el laboreo: significativo de una raza resistente a los cambios, monótonamente fiel a su destino.

En las cercanías de Villafranca, pueblo de los jesuitas y de los encajes —«duquesas», «condesas»— de marca señoril, asienta Ribera del Fresno, donde nació el poeta Meléndez Valdés; huertos de naranjas, al abrigo de la sierra en Hornachos, con recuerdos de Larra, que bajó cazando por el Matachel muy poco antes de su muerte; y hacia Castuera, a la derecha, Zalamea, ribereña del Ortigas, un río que desemboca a la vista de Medellín aguas en las que se lavan rigores del alcalde calderoniano y aventuras del tenorio Hernán Cortés... En fin, Almendralejo, capital de los Barros; Almendralejo, que es Carolina Coronado, Espronceda, y el equipo de fútbol cuyo nombre identifica a todo este país: «Extremadura», segunda división.

LAS RUEDAS DELANTERAS

Ya por aquí, la tierra, ¡qué otra! En la Serena, el suelo poco profundo, la lluvia cicatera, el clima continental, dan una aridez sin árboles y finos pastos novilleros. La población se censa en cifras de ganado: «La Coronada —por ejemplo—, con trece mil cabezas de lanar...» Pintan los suelos un verde gris; plateada ondula, suave, la planicie; pasan las bajas nubes, blancas.

Hay en La Coronada hoces de segar, de acabado temple, y alto número de herrerías. Alrededor, los pueblos ponen estos nombres en el nomenclátor: Magacela, Campanario, Benquerencia, Orellana, Esparragosa, Alcocer, Castuera...

Es la capital. Es centro de los castillos, siete castillos, de la Serena: *Castruera*, lugar de castros. En su hora, en la Conquista, comprendía dos barrios: Cerrillo y Arrabal; estrecha Corredera los unía. En el Cerrillo se alzaba la casa de Pedro Valdivia, conquistador de Chile. Aquél que, para su escudo, eligió esta empresa:

LA MUERTE MENOS TEMIDA, DA MÁS VIDA

Va Castuera perdiendo la capitalidad de su comarca. En busca de Medellín, echaré un vistazo a los pueblos del camino. La carretera pasó por Campanario, ha tocado en La Coronada, se acerca a Villanueva.

Es, Villanueva, corazón de la Serena; los suelos, arcillosos y fríos; adehesado el paisaje, de pocos árboles; alternan la pastiza y los barbechos blancos.

Pueblo manchego, reunió maestres y comendadores de las Ordenes de Santiago, Calatrava y Alcántara; era el año de 1313 y, lo que se acordó, la unificación al servicio de Alfonso XI, fundador de Guadalupe.

Residencia de Órdenes, Villanueva es hoy centro de la Serena. Capital de la cabaña merina, tiene un casino en la plaza; frente al casino, una estatua de Valdivia.

No es que Valdivia haya nacido en Villanueva de la Serena; buen ejemplo para los administradores de Jerez, donde sí nació Núñez de Balboa...

Quien, desde luego, ha nacido en Villanueva es Felipe Trigo; para compensación de ese nacimiento, los escandalizados del maestro de nuestra novela erótica celebran otro natalicio: el de la piadosísima doña Catalina de Miranda Sánchez, a la que el padre Nieremberg cita en su «Vida de San Francisco de Borja».

Al este, la Siberia —se propuso otra denominación: los Montes—; al oeste, los Barros. ¿Dije que de Campanario es Reyes Huertas? Inmediatamente posterior a los grandes del noventa y ocho, fue popular en Extremadura. Antonio Reyes Huertas sabía escribir; la obra del novelista palidece por su blanda concesión al sentimiento burgués de la existencia; era tierno y sencillo, en una época de escritores artistas y una tierra que habla de la manera más complicada posible.

Entre Castuera y Medellín, se encharcan unos campos de paisaje nuevo: los arrozales de Don Benito. Siguen las viñas; uva que, hacia el poniente, se afama en Guareña: uva grande, nacarina. De Guareña es el poeta Luis Chamizo, un Gabriel y Galán pensativo de Extremadura, de temática más racial, quizá en vista de América. Y asimismo de Guareña, el filósofo Eugenio Frutos, talento clarísimo, sensitivo de la lírica.

Se columbra, en ancho cerco de sierras, el castillo de Medellín. Cogollo de la Extremadura Baja, como Trujillo de la Alta, Medellín aparece en una loma, entre dos ríos, sobre —*Metelinum*— la primera ciudad de Lusitania, junto a la raya bética.

Estoy viendo al sur las estribaciones de Sierra Morena: Hermosa, la Manchita, Merchana; al oeste, Yerbes, en cuyo telón se dibuja un Guadiana que va turbio para los llanos de Mérida; me vuelvo y por el este, a mis pies, baja la vega donde en la batalla de 1809, a punto de victoria, surgió el desastre: diez mil bajas y una derrota de la que sólo en parte nos libró la noche, tormentosa; mientras, en una cercana dehesa, nacía Juan Donoso Cortés; la vega se estira entre eucaliptos y, cosa de una legua, alcanza la estación del ferrocarril; a lo lejos se recorta la sierra de Magacela; llave de la Baja Extremadura, Medellín ponía límite de trincheras entre las dos Españas de 1936; mira al norte a las agrupaciones de Sierra de Enfrente; tras unas leguas, rompe los llanos el castillo de Montánchez: en esa línea, viene Trujillo.

Dorado, el castillo de Medellín centra un paisaje de olivos; caen las casas hacia el puente, sobre el Guadiana; sin culto, románica, la iglesia de San Martín permanece pegada a un olivar, en el arranque de chumberas que sube para el castillo; en la plaza de armas, se extiende el cementerio. censa Medellín poco más de dos mil habitantes. Uno se bastó para la marcha de México...

Está delante del castillo, ahí, a pie, en bronce, sobre la dura piedra. Su padre, capitán de Tercios, se llamaba Martín; la madre, Catalina. En la plaza, en un escudo, voy letra por letra componiendo dos palabras; leyendo, bajo las armas, este nombre:

Hernán Cortés

Algo más que un simple nombre... Frecuentaba Hernán Cortés, mozo, el camino de Medellín a Trujillo: ¡recia lanza para el Carro! Gustaría de recontar: dos, tres, cuatro ruedas. Como cuatro luceros. Como el carro de los conquistadores... El polígono que banderita a banderita iría marcando, en el claustro jerónimo, yo monje de Guadalupe.



LA GIRALDA

Si la veo dormida entre la noche
no es milagro de piedra ni vigilia
sino fino jazmín, noche de acanto.

Si de día la tengo retenida
aquí violeta-azul de la nostalgia
es candelabro-emblema de leyenda
y visión del amor con sus tesoros.

Niña en polvo, Giralda solitaria,
triste en su hechizo de metal de tiempo.
Giralda de irisada fantasía,
a tu escudo le rindo el homenaje
de mi oscura palabra americana,
impetuosa de verte y de soñarte,
tanto más flora cuanto más delirio.

JEAN ARISTEGUIETA

FERIA DE ABRIL EN SEVILLA



CASA NUEVA para una VIEJA ACADEMIA

La Academia Colombiana de la Lengua, fundada en 1871, como la más antigua correspondiente de la Española en Hispanoamérica, estrenó edificio para recibir a los delegados del III Congreso de Academias de la Lengua Española celebrado recientemente en Bogotá

La más antigua Academia de la Lengua Española en tierras del Nuevo Mundo dispone del más moderno edificio académico de Hispanoamérica. Inaugurado, todavía sin terminar, con motivo del III Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, que se celebró en Bogotá del 27 de julio al 6 de agosto del corriente año, el flamante y suntuoso edificio de la Academia Colombiana pone de manifiesto la pujanza de la docta Corporación y la generosidad con que las autoridades de la República de Colombia y de su ilustre capital protegen y estimulan las nobles labores académicas.

Don Bernardo J. Caycedo, distinguido hombre de letras colombiano, al ofrecer el homenaje de su Academia a las delegaciones del III Congreso, evocó el nacimiento de la institución bogotana correspondiente de la Real Academia Española con estas palabras, plenas de aleccionador magisterio:

«Hay una relación de hechos históricos que no he visto comentada ni acaso advertida. Después de la ruptura con la Madre España, tras la porfiada lucha por la emancipación, pasaron varias décadas de silencio resentido. Los únicos tratados que habían celebrado las dos naciones no eran de paz y amistad: uno, de simple armisticio; otro, de regularización de la guerra. Es decir, ambos con miras a seguir matándose más civilizadamente.

»Después de medio siglo en que no prosperaron ademanes e intenciones de arreglo, un día se presentó en

En el vestíbulo del nuevo edificio de la Academia Colombiana de la Lengua, detrás de la estatua de don Miguel de Cervantes, obra del escultor español Juan de Ávalos, luce su brillante policromía un mural del pintor colombiano Luis Alberto Acuña, de 7 × 2,25 m., obsequio de la Compañía Colombiana de Seguros. Este fresco se titula «El Castellano Imperial», y representa la extensión de los dominios del glorioso Manco de Lepanto, el cual, en la magnífica efigie de Ávalos, esconde y apoya su brazo inútil de tal manera que ofrece una real impresión de manquedad. En la pintura se abren las columnas de Hércules y salen las carabelas hispanas a descubrir y dar la vuelta al Mundo. Se ven la «Santa María», de Colón; la «Victoria», de Magallanes y Elcano, que va terminando ya su travesía, y la «Nao de la China», que por muchos años aseguró el tráfico entre México y Filipinas. En vivo color, el de la sangre española, se destacan las tierras donde enraizó la lengua de Castilla. A lado y lado del planisferio, las razas que la hablan: española y malaya; india y negra. En los extremos flotan las banderas de todos los países hoy independientes, hijos de España fecunda.





Sobre una superficie de diez metros de ancho por cuatro de alto, en un fresco monumental del maestro Luis Alberto Acuña, que preside el bello hemiciclo del salón de actos de la Academia Colombiana de la Lengua, están representadas las grandes figuras inmortalizadas por la literatura hispánica. En esta «Apoteosis de la Lengua Castellana» se advierte, en primer término, a la izquierda, al Cid Campeador. En segundo término, Amadís de Gaula; a la derecha del legendario caballero, Don Quijote y Sancho Panza, y, en la lejanía, el «Castillo Interior» de Santa Teresa, con sus «siete moradas», resumen de la mística española. A continuación, en primer plano, la Celestina, Guzmán de Alfarache y el Lazarillo de Tormes, símbolos de la picaresca, y luego la «Estrella de Sevilla», arquetipo del eterno femenino, que recorre la literatura hispánica desde sus orígenes hasta nuestros días. En el fondo, el «Convidado de Piedra»; en el centro, Segismundo, Don Juan Tenorio y el Penitente de la «Guía de Pecadores»; que simboliza la fértil y ejemplar literatura ascética de España; más a la derecha, Don Pedro Crespo, Alcalde de Zalamea. Y aquí entran en escena los personajes americanos: Caupolicán, en primer término; Gonzalo de Oyón, en el fondo; a continuación, Martín Fierro y Doña Bárbara; siguen «Periquillo Sarniento», primera novela escrita en América, y el Peralta de Tomás Carrasquilla. Abajo, en el extremo derecho, Efraín y María, cimas de la novelística colombiana; Cumandá, en segundo plano, y, detrás, Tabaré. En lontananza, Arturo Cova, el héroe de «La Vorágine», del gran escritor colombiano José Eustasio Rivera, busca salida inútilmente. La Empresa Colombiana de Petróleos regaló este mural a la Academia.

la Corte de Madrid, sin credenciales de nadie, un escritor colombiano —Vergara y Vergara—, a proponer relaciones simplemente literarias con la Real Academia Española. La acogida fue cordial. Así nació la Academia Colombiana, con el carácter de correspondiente de la que crearon Felipe V y el Marqués de Villena. Sólo diez años después se firmó el tratado de amistad y reconciliación entre España y Colombia, y se pactó "olvido total de lo pasado y paz sólida e inviolable".

»Es decir, que la reanudación de estos felices vínculos, que ya nadie podrá romper, no comenzó en los fríos salones diplomáticos, sino en la cálida alianza por el idioma común.»

Colombia, sabedora, pues, de lo que representa la lengua, tanto para su gloria nacional como para el esplendor de la comunidad hispánica, no regateó esfuerzos cuando se impuso la tarea de construir un nuevo edificio destinado a servir de digna morada académica, a tono con el prestigio cultural de este país y de la letrada ciudad de Santa Fe de Bogotá, llamada merecidamente la «Atenas Suramericana».

CASA PROPIA

La Academia Colombiana de la Lengua, fundada en 1871, tenía casa propia en la Carrera 7.ª (antes calle Real), que es una de las principales arterias santafereñas. Se trataba de la vieja mansión en que vivió y falleció el prócer don Miguel Antonio Caro, uno de los académicos fundadores, sabio humanista y político, Presidente de la República de Colombia a fines del siglo pasado y autor de la Constitución de 1886, aún vigente.

Al disponerse la apertura de la Avenida 19, una de las nuevas y grandiosas vías de la urbe, dentro del ambicioso plan de reformas urbanas que ha transformado y engalanado la fisonomía de la moderna y populosa Bogotá, metrópoli de 1.200.000 habitantes, hubo de plantearse el forzoso traslado de la sede académica. Y así, las autoridades del Distrito Especial, no sólo pagaron a la Academia Colombiana 800.000 pesos (alrededor de siete millones de pesetas) por la expropiación de su finca, sino que le donaron un lote de terreno de más de tres mil varas cuadradas, valorado en un millón de pesos, para que pudiera erigir otro palacio.

Por si esto fuera poco, el Gobierno de la República dictó una ley para que la edificación se considerase como una de las obras públicas comprendidas en el programa de construcciones del Sesquicentenario de la Independencia Nacional, y creó a tal fin un fondo de dos millones de pesos. Gran parte de esta suma ha sido ya invertida.

Importantes entidades y compañías industriales o mercantiles, rivalizando en desprendimiento con las autoridades, contribuyeron también a la espléndida obra, cuya decoración interior está siendo financiada por el Banco de la República, la Compañía Colombiana de Seguros, la Empresa Colombiana de Petróleos y otras firmas. El edificio, calificado justamente de Monumento al Idioma Español, no está completamente terminado, pero los trabajos prosiguen sin interrupción.

Planeada y dirigida por el arquitecto español don Alfredo Rodríguez Orgaz, autor de la famosa Catedral de Sal de Zipaquirá, uno de los grandes atractivos turísticos de la comarca bogotana, del Palacio Cardenalicio, del Banco de la República, de las torres de la Basílica Catedral, etc., la nueva construcción está emplazada en el sector urbano más antiguo, próxima a la avenida

Jiménez de Quesada y al Parque de los Periodistas, casi pegada a las faldas de Monserrate y Guadalupe, atalayas andinas que dominan y vigilan la ciudad. Guarda la entrada del templo consagrado a las letras una efigie sedente de don Miguel Antonio Caro, la misma que se hallaba frente a la vieja residencia de la Academia.

En el interior de la imponente fábrica de estilo neoclásico lucen su prestancia motivos ornamentales de singular valor artístico, como son los magníficos frescos alusivos al Mundo Hispánico en su aspecto geográfico y al historial de la lengua, obras pictóricas del maestro colombiano Luis Alberto Acuña, director del Museo Colonial; la estatua de Cervantes, de la que es autor el escultor español Juan de Ávalos, un soberbio repostero ofrecido por la Real Academia Española, un busto del insigne filólogo Rufino J. Cuervo y otras obras de arte.

EXCELENTES MOTIVOS

Tiene motivos —excelentes motivos, por cierto— el ilustre jesuíta Padre Félix Restrepo, presidente de la Academia Colombiana desde 1956, para estar satisfecho y orgulloso del hogar académico. Y revela éste la noble reputación, la honra y prez, la fama, el predicamento, la autoridad que disfruta la erudita asociación en la consideración pública y privada de la sociedad colombiana.

«En nuestro país —nos dice el Padre Restrepo— no sólo hay interés en hablar y escribir el castellano con pulcritud y elegancia, sino que se procura dar a la Academia todos los medios para que pueda desempeñar con holgura y dignidad sus altas funciones. Fuera de las asistencias materiales de todo orden, hay un hecho que cabe destacar como uno de los más espléndidos resultados del III Congreso de Academias, y es la promulgación de la Ley 002 de 1960, del 6 de agosto, día de la clausura del Congreso, por la cual se dictan medidas para la defensa del idioma patrio. En la parte dispositiva de dicha ley se establece que la Academia Colombiana de la Lengua será cuerpo consultivo del Gobierno para cuanto se relacione con el idioma y literatura patrios y el fomento de las letras, y se le exime de impuestos, además de atribuirle un auxilio, con cargo al Tesoro público, no inferior a 200.000 pesos anuales.»

«La Ley para la Defensa del Idioma —termina el Padre Restrepo— y el texto de la Convención Hispanoamericana que consagra el carácter jurídico internacional de la Asociación de Academias, y por el cual se comprometen los gobiernos signatarios a prestar apoyo moral y económico a las respectivas corporaciones académicas, constituyen los frutos más felices y trascendentales del reciente Congreso de Academias.»

Primicias son éstas que adornan y enaltecen la rama colombiana del lozano y ya robusto tronco de la Asociación de Academias de la Lengua Española.

ARTURO REY EGAÑA



Un Jefe de Estado y cuatro ex Presidentes hispanoamericanos prestigiaron con su presencia, como académicos, el III Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, celebrado en Bogotá del 27 de julio al 6 de agosto de este año. Inusitado esplendor revistió la solemne sesión inaugural, en la que fue recibido como académico de número el Presidente de la República de Colombia doctor Alberto Lleras Camargo, escritor y periodista de la más alta jerarquía colombiana e hispánica. Su discurso de recepción ha quedado como una de las piezas antológicas del Congreso. En la fotografía, el ex Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, Miguel Alemán, felicita al Presidente Lleras, después de la imposición de las insignias académicas. A la derecha, del ex mandatario mexicano, el ex Presidente de Costa Rica, Otilio Ulate Blanco. A la izquierda del Presidente Lleras, los ex Presidentes de Colombia, Darío Echandía, y de Perú, José Luis Bustamante y Rivero. En segundo término, a la izquierda del grabado, el Presidente de la Academia Colombiana de la Lengua, Reverendo Padre Félix Restrepo, S. J.

Congreso de Cooperación Intelectual

En homenaje a VELÁZQUEZ

En esta hora oscura, tenebrosa, con tinieblas, que aflige al mundo, Velázquez tiene valor suficiente para unir a los hombres de países diferentes, alejados, distintos, que se congregan aquí, en torno a su obra.» Fueron palabras de don Blas Piñar, director del Instituto de Cultura Hispánica, en la apertura del IV Congreso Internacional de Cooperación Intelectual.

No fue un acto más del III Centenario de la muerte del genial pintor español. Elegir como figura central de esta reunión de intelectuales a Velázquez, constituyó un símbolo. Era decir a voz en cuello que el arte puede ser un medio de comprensión entre los pueblos. Y, al mismo tiempo, que hasta las cosas no bellas —como lo demostró el artista sevillano con maestría inalcanzable— pueden ser contempladas desde algún ángulo que muestre una oculta armonía.

La ciudad de Málaga fue el escenario elegido para esta reunión. Las sesiones de estudios se desarrollaron del 20 al 27 de febrero del corriente año. Destacadas figuras internacionales representaron a diez países de Europa y América: Argentina, Bélgica, Colombia, Chile, Dinamarca, España, Estados Unidos, Francia, Holanda y Portugal. Entre ellas cabe destacar al secretario nacional de Información y Cultura de Portugal, señor Moreira Batista; el doctor Hans Solvhoj, jefe de los Programas Culturales de la Radiodifusión de Copenhague (Dinamarca); el director del Instituto Universitario holandés de Historia del Arte, profesor J. A. Emmens; la señorita Gille-Delafon, secretaria general de la Asociación Internacional de Críticos de Arte; el director del Centro de Estudios e Investigaciones Iberoamericanas de la Universidad Católica de París, profesor Pierre Jovit.

Formaron parte de la representación española el director del I. C. H., don Blas Piñar López; don José Camón Aznar, catedrático decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid; don Leopoldo Panero, secretario del Congreso; don José María Souvirón y don Fernando Gutiérrez, vicepresidentes, y los señores Ramón Faraldo, Juan Antonio Gaya Nuño, Gregorio Prieto, Salvador Jiménez, Manuel Sampelayo, Antonio Amado, entre otros.

Durante la labor realizada por las distintas comisiones, se produjo un momento de profunda emoción, al darse lectura a la ponencia «Velázquez y la pintura en España e Italia», que debía presentar el profesor Martín Soria, catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Michigan, fallecido trágicamente en accidente de aviación el 15 de febrero, cuando emprendía viaje hacia Europa a fin de participar del Congreso.

ALGUNAS DE LAS PONENCIAS PRESENTADAS

Entre las ponencias presentadas —cuyo valor ha sugerido la idea de reunirlas en forma de volumen monográfico— merecieron especial estudio de las tres comisiones especiales: «Velázquez, cumbre y mediodía», del doctor Claudio Mena Villamar, del Ecuador; «Ensayo iconológico sobre Las Meninas», del doctor J. A. Emmens; «Los bufones de Velázquez», de Alfonso Canales; «Velázquez, monstruo serenísimo», del doctor Roger Wild, de Francia; «Especial magia de los espejos de Velázquez», del pintor Gregorio Prieto; «Velázquez y las arquitecturas invisibles», de José Castro Arines; «Diálogo imaginario entre Rubens y Velázquez»; «La envidia y Velázquez», de José Camón Aznar.

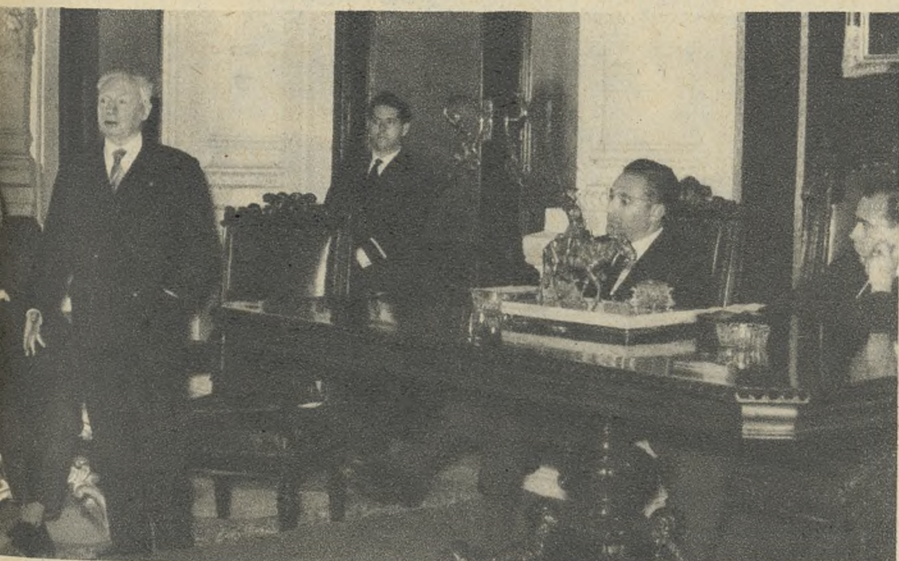
De muy diversa índole fueron las discusiones que estas ponencias provocaron: la sustantividad o adjetividad del paisaje en Velázquez, las diversas influencias que se encuentran en la pintura del maestro, su tendencia a mostrar la crudeza de la realidad, las ecuaciones de «espacio-luz», «sosiego-movimiento» y «tiempo-instante».

Hubo congresista que llegó al estudio de la «Quirología velazqueña», en su erudito afán de seguir la obra hasta sus últimos detalles.

Además de las sesiones de estudio y las manifestaciones culturales especialmente preparadas en agasajo de los congresistas, éstos realizaron diversas visitas a la Costa del Sol, Granada, Cuevas de Nerja, Sevilla, Ronda y Córdoba.

Queda el IV Congreso Internacional de Cooperación Intelectual, como un nuevo paso hacia adelante en la tarea de intercambio cultural emprendida hace poco más de tres lustros por el Instituto de Cultura Hispánica. Y como un homenaje más al genio de Velázquez.

En esta página damos algunos aspectos de las sesiones del Congreso de Cooperación Intelectual celebrado como Clausura de los actos de homenaje a Velázquez y que organizó el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Arriba: don Blas Piñar, director de dicho Instituto, en la Sesión de Clausura. Las cuatro fotos de abajo recogen, respectivamente, las intervenciones de los representantes portugueses, don Reynaldo dos Santos y el doctor Luis Reis, la del representante español don Rafael Santos Torroella y por último la visita de los Congresistas a la Cueva de Nerja, en la provincia de Málaga.









FINAL DE HORIZONTE

Premio de Teatro "Tirso de Molina"



La obra de Fernando Martín Iniesta «Final de Horizonte» ha resultado vencedora en el Primer Premio de Teatro Tirso de Molina, convocado por el Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid.

Como ya dijimos en el número 152 de la revista, cuatro obras habían quedado finalistas en el Concurso: «Proceso a la vida», de Jaime Ministral; «Esa melodía nuestra», de Eduardo Criado»; «Final de Horizonte», de Martín Iniesta», y «Tres Juanes Pérez», de José Luis Villarejo.

Las cuatro obras fueron representadas en los Teatros Español y María Guerrero, de Madrid, y constituyeron un franco éxito de asistencia y crítica.

El Jurado, después de estas representaciones, otorgó el Premio Tirso de Molina, dotado con 40.000 pesetas, a «Final de Horizonte», de Fernando Martín Iniesta.

Fernando Martín Iniesta nació en Cieza (Murcia) el 7 de marzo de 1929. Escribe, hasta 1950, poesía. Publica «Hombre del pueblo», «Sonetos de la Isla» y «El creador de Dioses». Obtiene diversos galardones poéticos. Uno de la Diputación Provincial de Murcia por su libro «La herencia de lo perdido» (inédito).

En 1956 estrena «Yatto» y «La señal en el faro», por el T. E. U. de Murcia.

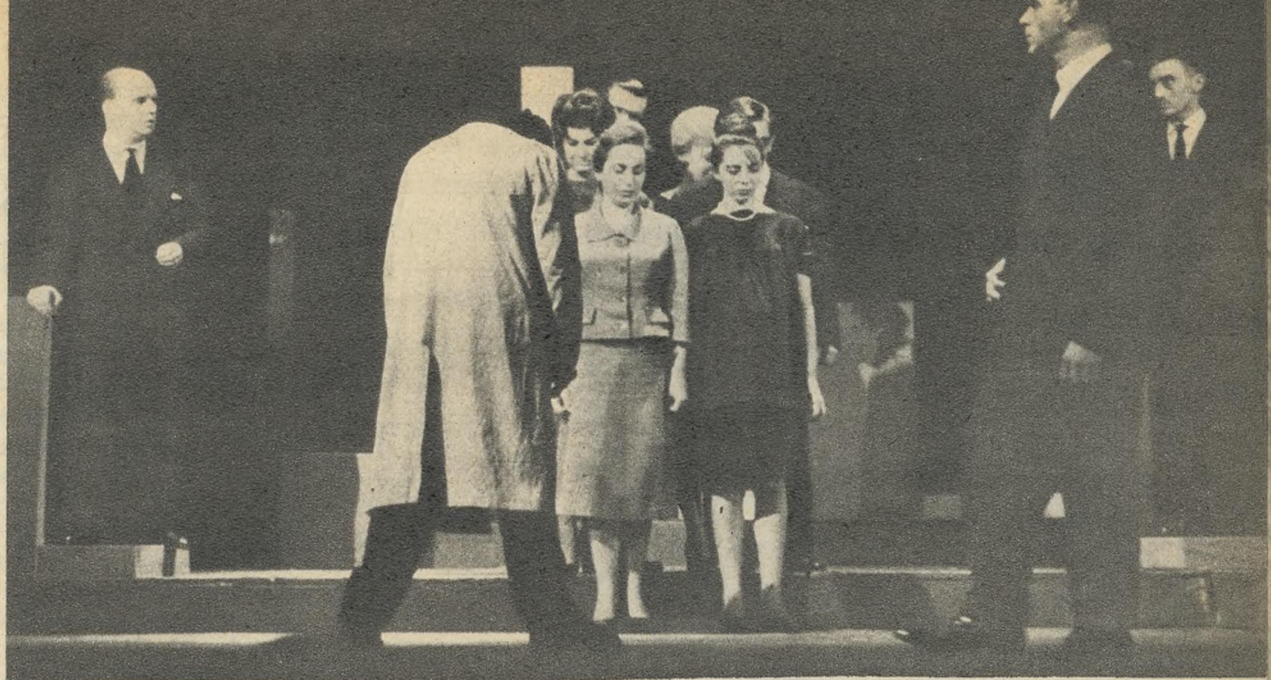
En 1959 *Los Juglares* le ponen en escena «El parque se cierra a las ocho», llevándoselo posteriormente a Amsterdam. Esta pieza breve ha sido representada por casi todos los teatros universitarios de España y por ciertos grupos minoritarios.

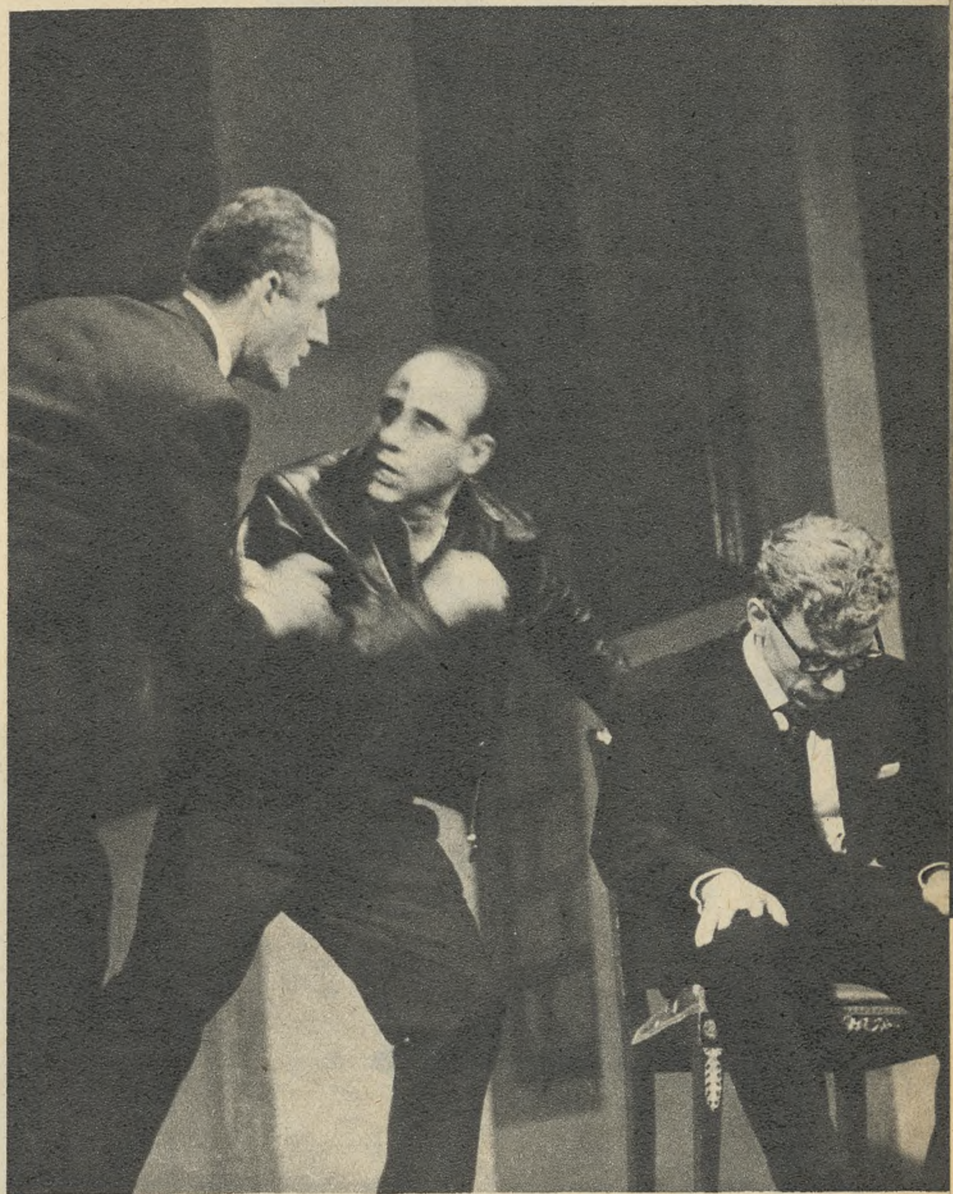
Durante el Primer Festival Nacional de Teatro Nuevo, pone en escena «Los enanos colgados de la lluvia». Pieza ésta que, con «Final de Horizonte», será representada próximamente en Buenos Aires y otras ciudades hispanoamericanas.

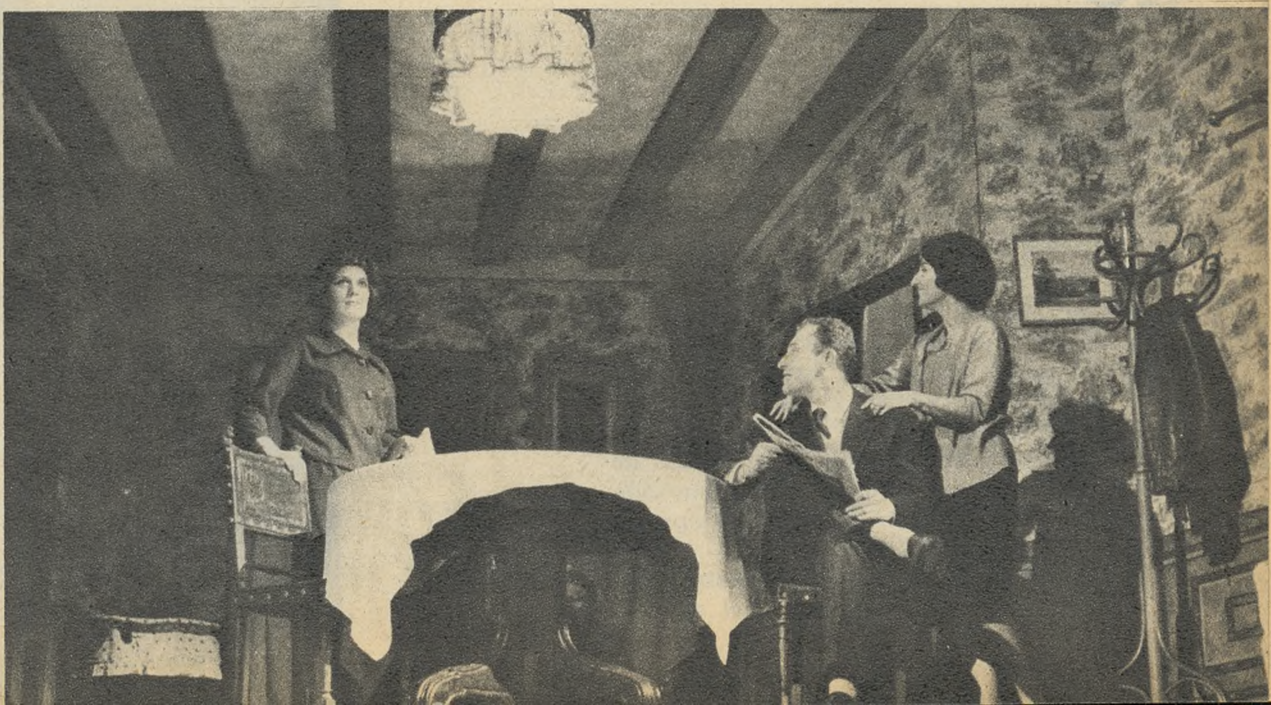
En colaboración con Carlos Miguel Suárez Radillo, escribe la pieza infantil «Las andanzas de Pinocho», estrenada en el Teatro Goya, de Madrid. Actualmente, esta pieza está siendo traducida al francés y se espera su próximo estreno en París.

Tiene inédito un libro de ensayo titulado «El nuevo sentido de la tragedia», y trabaja actualmente en un volumen sobre el drama social en España.

En estas páginas damos, a la izquierda, una escena de «Final de Horizonte». A la derecha y de arriba abajo, tres escenas de «Proceso a la vida», «Tres Juanes Pérez» y «Esa melodía nuestra», respectivamente.









Esculturas de Planes

Estas cuatro expresivas referencias de la obra de José Planes pueden valer, a modo de puntos cardinales, para orientar al lector, al que asoma sus ojos a estas páginas, en ese extenso territorio de belleza que supone la obra escultórica de este maestro consagrado que, por su renovada exigencia, parece más bien un joven siempre en camino.

En Hispanoamérica hay abundante señal de sus creaciones. Y los amigos del arte de nuestro tiempo saben bien hasta qué punto concilia Planes atrevimientos con seguridades, valentías con serenidades. Ahora, en el Ateneo de Madrid, hemos tenido ocasión de comprobar nuevamente que el escultor está, como se dice deportivamente, «en forma».

No hay pormenor, detalle, divertida anécdota en estos desnudos. Son seres de una pieza, de cuerpo entero. El análisis estuvo antes, en la siempre angustiada hora de la creación, en la decisión y la renuncia. Pero aquí se nos dan, sencilla y claramente, como un teorema, como una revelación. La unidad, que les viene de dentro, como al artista su óptica, es resultado natural, no artificioso cálculo. Tronco que se yergue, manantial que no cesa, que reúne sin confundir ni alterar, que apresuradamente nos convida a una mirada total y completa por la que uno, a veces, ya no sabe si el brazo se continúa en cabeza o la pierna se muestra como una arboladura de sonrisa, porque todo es, hasta ese súbito promontorio de una rodilla, hasta el relámpago espléndido y sorpresivo de una cadera, vida continuada, que con peso y dignidad se evidencia, porque las piedras, los bronces, los mármoles nos miran desde todos los lados y han quebrado las leyes de la rutina y de la gravedad, pero también las otras fáciles y balbuceantes que a menudo tiende la caprichosidad.

Nada de gesticulación, de retoricismo, de palabrería, de escultura de falsete. Tampoco de trivialidad pretendidamente trascendente. Frente al orden del aspecto, el dorsiano orden del prospecto; un firme asidero en las ideas, sin complacencia, sin recrearse en la suerte y sin infantiles rebeldías. Un orden de belleza.

Este mundo que con sus esculturas nos planta Planes delante de los ojos, es lo inesperado y en su sorpresa está su gracia súbita, pero es, al mismo tiempo, desde siempre, lo existente y en su presencia y linaje reside su fuerza. Se nos ha enseñado a ver el poder en las sumas, la gracia en las restas. Fruto del concepto seguro y exigente, de la idea, que es, como nos enseñaron los griegos, visión y del volumen hermosamente pesante, es esta síntesis que, desde su poderosa intuición creadora, saltándose limpiamente todas las aduanas, nos ofrece el artista.

Por eso, a sus criaturas las mete en cintura, en la del número, el siempre rico botín de la razón. Por eso, sus obras las resuelve en ritmos que se corresponden y compadecen con las nuevas exigencias de la sensibilidad. Ni se sirve de los viejos preceptos, por ilustres que sean, ni cae en el lazo de ninguna frívola y alocada espontaneidad. Hay quienes en este menester de la escultura van locos, como el toro, al bulto, aunque éste luego sea una mona. Otros hay que gustan escabullirse de la realidad y tanto la estilizan, la adulciguan y debilitan, que nos la acaban hecha una verdadera lástima, vacía, irreconocible y, lo que es peor, sin meollo.

Planes rompe las barreras esas que cercan siempre al artista por una



y otra parte y hace perdurable y compartible la cosecha de su emoción de artista. Ha empezado, naturalmente, porque fuera suya; con legitimidad de origen. Ahora, cuando tanto abundan las expresiones del alma masiva, atentas a «lo que se hace», «lo que se lleva» e, incluso, «lo que se vende», Planes ha buscado, honestamente, sin autoengañarse, lo que le gusta y quiere, aquello que, íntimamente, empezaba por satisfacer su espíritu. El oráculo, hoy, podría traducirse así: «No te engañes a tí mismo.»

Después, como siempre ocurre, resulta que esa visión personal puede elevarse a plano universal; es la hazaña del arte. Y aquel auroral gozo del que nacieron estas criaturas se puede compartir y disfrutar, porque lo que se nos propone fue intuido en su verdad esencial.

Hay una palabra muy traída y llevada, como su padre, el mar que nombra, que parece inevitable en toda referencia a la obra de Planes. Es lo «mediterráneo». En verdad, mediterráneo es el artista por raíz, origen y devoción; de eso no cabe duda. Pero, quizá, en esta ocasión habría que profundizar en mayores averiguaciones y aventuras submarinas por bajo el significado onomástico. Porque en medio de tierras, como el mar, ha nacido. Tierras esponjosas, fecundas, murcianas y «Azul-Murcia» es el nombre familiar y artesano de una piedra que los escultores conocen todos muy bien y que Planes ha trabajado, amorosamente, en no poca medida. Hay, sí, mucho glorioso sol de mediodía en la biografía del artista. Por eso, llenas de sol son sus criaturas. Pero la luz llega, para no cegarnos y enloquecernos, para que no ardan los sesos, con su compañera inseparable, correctora, la sombra. Así, en la ronda de estos plurales racimos, como nueva formulación de síntesis, las muchachas esculpidas parecen mecerse o, murcianamente, abruzarse, desde su mediodía cenital hasta su medianoche de tierra. También de ellas podría decirse lo que Miguel Hernández canta:

...una paloma sube a tu cintura,
baja a la tierra un nardo interminable.

El resultado es la corporeidad, el volumen, la precisada verdad, cortada, tallada, como un ansia y la fragancia, la resolutiva sencillez, conducida por una línea segura.

Plenitud de plenitudes, diríamos. Pies fatigados de belleza, pero con una naturalidad que en vano buscaríamos en la calle. Tersas, espléndidas muestras de un gentil roquerío; sólida tierra firme. Si la palabra no se prestara a tantas confusiones diríamos que Planes es un clásico. Es decir, un ejemplo. Nunca cae en la miniatura, por menguada que sea la dimensión de sus figuras; siempre hay un aire ascendente, mayor, que les confiere grandeza.





Son Helenas que han vivido en Europa. Primas hermanas, por igual, de cualquier otra muchacha que pueda mañana desenterrarse de los siglos y asomar su ceniza y su piedra secular bajo un ciruelo de Totana y, de otra parte, de la esencial, adivinada muchacha que nacerá mañana en cualquier país de Hispanoamérica y pisará la tierra y la vida en un tiempo que está por venir o por traer. Porque ellas aluden a la muchacha esencial y deciden sus ritmos de futuro. Es el arte influyendo en la naturaleza y casi casi, corrigiéndola, ascendiéndola.

Estas Helenas primitivas, actuales, porveniristas, anuncian ya un destino, sobrepasan la realidad de cada día para afirmar la suya. Son la meta del arte, como Cezanne quería la figura. Uno de los espíritus más lúcidos de nuestro tiempo, uno de los más auténticos y admirables ejemplares humanos, Albert Camús, mediterráneo también, formuló un diagnóstico y una esperanza que aquí, de alguna manera, parecen cumplirse de la mano creadora de José Planes: «Ya nunca seremos solitarios, pero no es menos cierto que tampoco el hombre puede prescindir de la belleza.» Y aquí la ofrecemos, resumidamente, como un botón de muestra.

SALVADOR JIMÉNEZ

MARÍA ALBAICÍN

Es fina y flexible como un junco. Es una mujer de fuego vegetal, gitana, de color de bronce, cuyos movimientos sugieren toda forma de paradisíaca exhuberancia. En cierto momento es estática, fría, como una plana pintura egipcia de ojos rasgados hacia el perfil, y de pronto, sin que se sepa qué chispa brilla en su mirada, esculpe en el espacio su silueta y se pliega, como de una misma sustancia, al acorde la de guitarra. Es una llama sobre las tablas, que se consume y nace a cada instante; vena y torrente de sangre verde de poema «jondo».

La mozuela es tan espontánea que dice su pensamiento un segundo antes de pronunciarlo. Ríe al contar sus primeros pasos en el baile. No se piensa a sí misma con seriedad: improvisa, inventa sus ademanes de ave, su conversación de niña, su cortesía espléndida.

¿Cómo nació su vocación? ¿Y quién lo sabe? Nunca vio bailar a nadie. Saltó, desde el colegio donde estudiaba idiomas, a la academia de Regla Ortega. Bailando unas sevillanas se halló a sí misma y, desde entonces, en esa desgarrada y suave penumbra que queda entre la guitarra y el cante, ella da forma a lo inexplicable, yergue su alegría o su llanto de brazos, quiebra la soledad, rompe el misterio, vierte la gracia, desborda el temperamento.

Algo hay que desde lo remoto clava nervios en el cuerpo joven de sus dieciocho años; la experiencia no vivida, su herencia ancestral, la oscura tentación de ser sólo hembra, o sólo cisne, o sólo un mudo ángel áptero.

La norma del baile es la angustia, la sencillez, la rebeldía a veces, la exaltación de todo y la afirmación de una personalidad fuerte y flexible. El recogimiento y la fogosa intimidad en una atmósfera tenebrosa, de recuerdos irrestañables. Por eso ella resume la sabiduría en dos condiciones: «nacer con ello y ser como uno es». Lo demás no importa. La academia y la técnica, para perfeccionar. Manera profunda en la que cada noche se descubre, porque su baile es distinto cada día, lo dibuja la música de cuerdas y de ciprés que es la guitarra.

Lo que más le gusta son la peteneras, ese cante triste; y también lo alegre, como el tanguillo. ¿Por qué ha de quedarse con uno? María es una chiquilla y ahora se viste de hombre para bailar la farruca; después «también me atreveré a cantar», nos dice. Bulerías, rumbas, fandangos... Ahora es su favorita: la *seguiriya*. Triste; larga y triste. Luego los tientos, con coraje, casi hasta con desprecio. Y los palillos, que también cantan. Y el parlanchín taconeo, el desplante y el quiebro.

Jarrito canta. Entre su voz, como un agua amarga y transparente, la guitarra de Antonio Arenas. María Albaicín, recién nacida al baile, es como un fuego vegetal en medio de ambos.

EDUARDO MARCO





Banco Ibérico

CAPITAL: 110.000.000 de pesetas
RESERVAS: 89.500.000 » »

Realiza toda clase de operaciones de Banca y Bolsa

SUCURSALES Y AGENCIAS

Dirección telegráfica: BANKIBER

(Aprobado por la Dirección General de Banca, Bolsa e Inversiones con el número 3.501)

ELIO BERHANYER



primavera, 1961

por HELIA ESCUDER

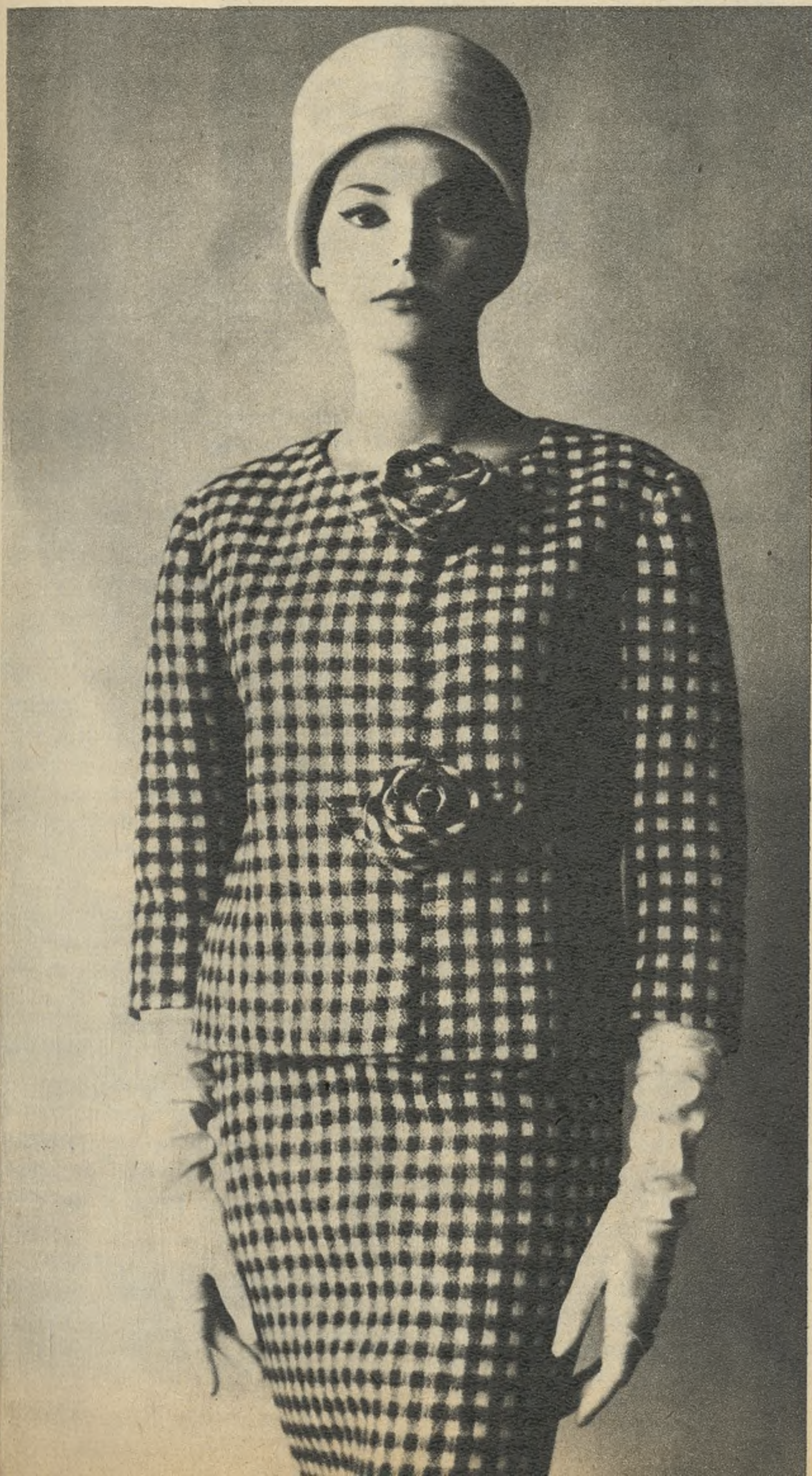
La lucha emprendida por Balenciaga, allá en 1950, por traer a primer plano las estilizadas formas inciertas de los años 25 al 30, sigue su curso.

Después de varias tentativas, prendieron la temporada pasada en casi todos los costureros. Y este año se ha rendido el pleno.

Quizá sea su fuerza nostálgica lo que la sostiene. No olvidemos que los creadores de París darán aproximadamente, uno con otro, una media de 50 años de vida, lo cual quiere decir que en el apogeo de su juventud, era esta línea la que mandaba, y que en este momento, tanto el cine como la música, el baile o la literatura poseyeron un profundo poder de penetración, no obstante su calidad endeble, rozando en ocasiones la cursilería.

Así, que fuera de este movimiento nostálgico, no encontramos razón para que esta forma pueda supervivir. A nuestras chicas y a las madres jóvenes les ha hecho gracia por el momento. Una temporada más y el cansancio será

ELIO BERHANYER



FOTOS WOCKAPICK

ELIO BERHANYER



GATELL

GATELL



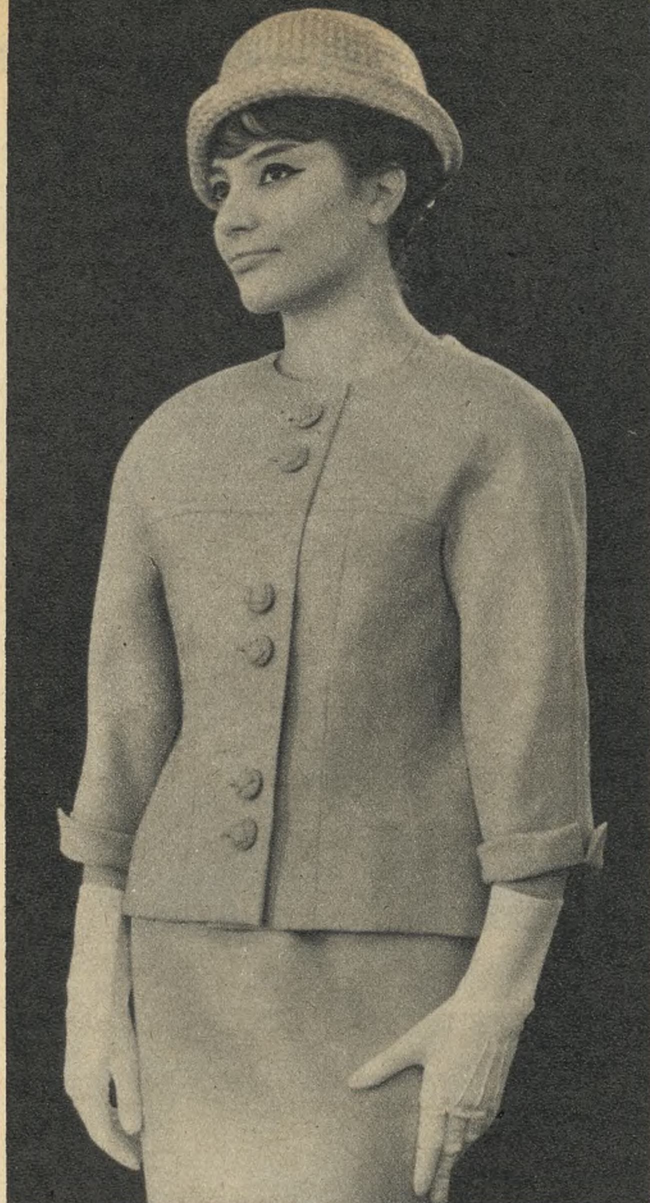
con ellas... pero ¿a qué nuevo registro nos acogeremos? No es fácil ya la labor de los creadores de la moda en un mundo que devora tan deprisa sensaciones tras sensaciones.

En fin, como esto es lo que tenemos hoy, vamos a hablar una vez más de esos vestidos envolventes, ligeros y con godets al final de la falda. Y de los sastres, Dior (Marc Bohan, porque ya son muy pocas las casas parisienses regidas por su titular) escurridos, elegantísimos, levemente levantados en la parte delantera, o de los vestidos ablusados por la espalda, sobre caderas estrechas y faldas algo acampanadas... También los plisados que arrancan del hombro y recorren todo el vestido, dejando en el pecho una gran tabla, están de primera actualidad, y las túnicas, como chinas, pero abiertas por un solo lado y que dejan ver una falda un poco más larga y muy ajustada; o aquellos otros en que la gasa o el chiffon flotan alrededor de una manera flúida y alada...

Cada uno espiga en la moda de aquel tiempo lo que a su estilo personal más le conviene, sin olvidar el golpe de gracia de rematar la figura con un «cloche» típico de la época.

Y no es el «cloche» el sombrero menos acertado del momento, porque algún creador ha traído a primer plano un tipo de sombrero de pescador de ballenas, que será dificilísimo encontrar la mujer tan airosa que pueda llevarlo felizmente. Dior sigue en una línea de sombreros razonables y favorecedores en la que incluye de cuando en cuando un bonete rematado en flor o joya, y que tanto resuelve en tantas ocasiones.

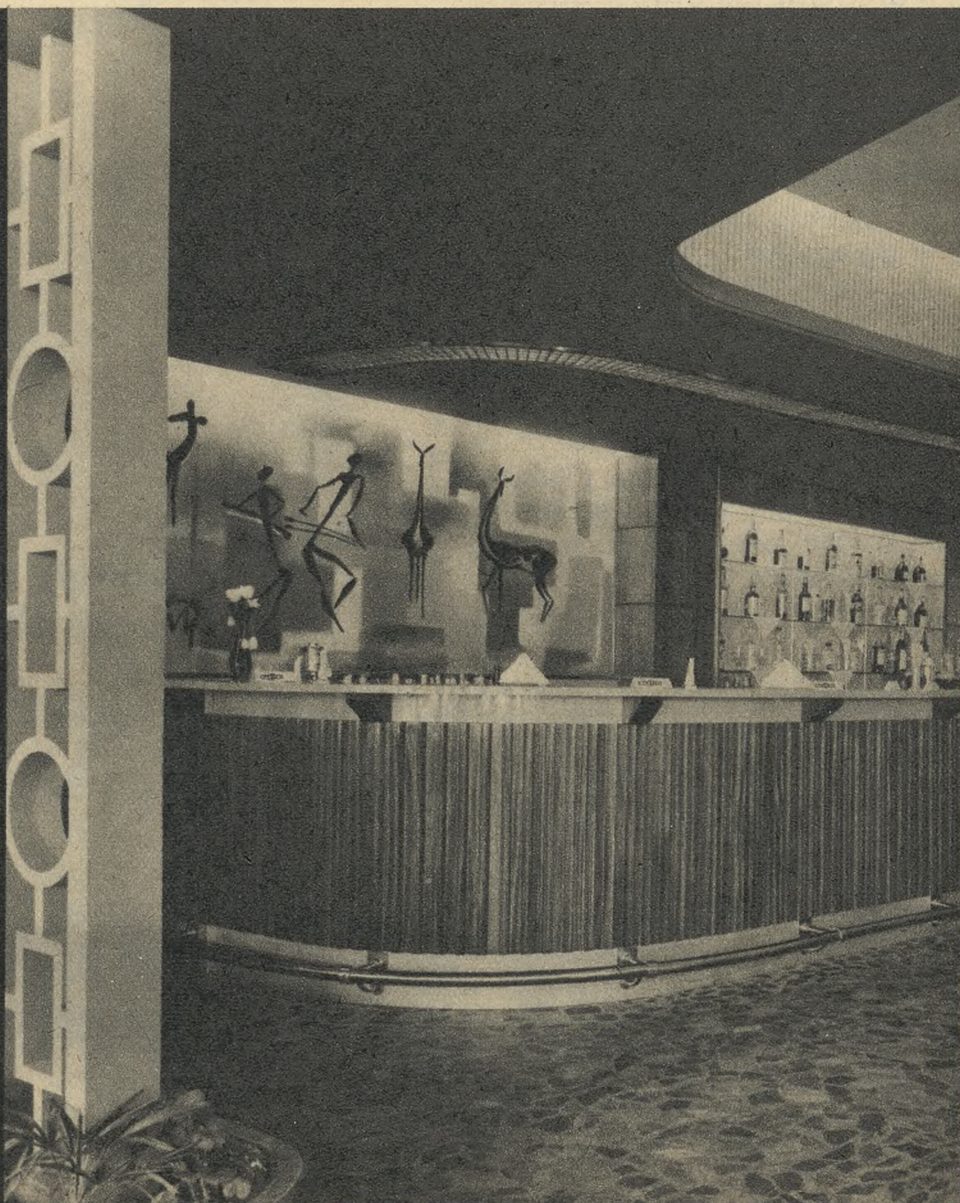
Y ya que hemos nombrado las joyas, no queremos terminar este artículo sin llamar la atención sobre la variedad, el lujo y verdadero refinamiento de esta bisutería-joyería que ha invadido en torrente los salones y los escaparates de París.



VARGAS OCHAGAVIA



VARGAS OCHAGAVIA



¡Su hijo no tiene que ser un esquim



Para que su niño disfrute de la hora del baño en los fríos días de invierno, instale ahora mismo en su hogar un calentador de agua a gas butano

COINTRA - GODESIA

que le brinda:

SEGURIDAD

Por su dispositivo doble automático que impide escapes de gas

ECONOMIA

En precio, consumo y mantenimiento

COMODIDAD

Sin manipular los grifos, agua a la temperatura deseada con su exclusivo selector

RAPIDEZ

Agua caliente en segundos, de día y de noche

COINTRA - GODESIA

Fabrica dos capacidades:
EL GODESIA-PICCOLINO con 5 litros de agua caliente por minuto, EL NUEVO MODELO 250 con 10 litros de agua caliente por minuto

se instala,
se enciende y
...se olvida

COINTRA *Godesia*





ES OTRO PRODUCTO COINTRA.

España y Marruecos

a través de la Historia

FERNANDO FRADE

Es Marruecos un país cuyas relaciones con España se pierden en la noche de los siglos, cuando ambos pueblos formaban un único territorio; pero aunque dichas relaciones nunca se han roto, y en la misma historia interna marroquí aparecen con frecuencia nombres hispánicos, parte de los Torres, Lucas, Bargas, etc. de origen andalusí, nunca, tampoco, hemos estado totalmente unidos a ellos; ni en la época romana en que ambos estábamos sujetos al mismo gobernador, ni en las fulgurantes expansiones de los bereberes almorávides, almohades y benimerines, cuyos imperios llegaron a dominar en la mayor parte de Al-Andalus y Al-Magrib (Túnez, Marruecos y Argelia). Al terminar la reconquista era lógica nuestra expansión hacia el Sur y hacia el Mediterráneo Oriental, como señalaba el testamento de Isabel y la política de Fernando. Si así se hubiera hecho, dicho mar estaría limitado hoy por una larga porción de costa española y una región andaluza, un poco más morena, se extendería allende el estrecho, pero en nuestros oídos, sensibles a la aventura, resonó potente la atracción exótica de los países orientales, envuelta en el perfume de las especies y en los fantásticos relatos de los viajeros, que allí habían estado, alejándonos del bereber norteafricano, muy conocido después de ocho siglos de intenso intercambio. Además no se esperaban de las secas comarcas que habitaban éstos, los tesoros que en las Indias se imaginaban, tesoros compuestos no sólo de oro y piedras preciosas, sino mucho más de maravillosas aventuras, hermosas mujeres y paganos a quienes cristianizar con más facilidad que a los musulmanes. Hacia allí se desbordó al ansia de eternidad española, llena de poesía, pero, aún sin abandonar aquella expansión hacia América. España, Portugal y Berbería podían haber llegado a constituir una única nación, si intereses de extrañas dinastías no hubieran tirado de nuestro esfuerzo hacia tierras germanas. Salvamos a una parte de Europa del protestantismo, pero eso podía haberlo hecho Francia en lugar de luchar con España y aliarse al turco. De ese modo, la reconquista hubiera continuado hasta el desierto, sin que hubiera quedado al garete el flanco sur de nuestro territorio metropolitano, obligándonos con ello a apoderarnos de los principales puertos magribíes del Mediterráneo. Hoy todo eso está superado como problema particular de España, Francia o Marruecos, y el enemigo es común para todos los que hacen una bandera de la Religión: católicos, protestantes y musulmanes.

Al aparecer la vida en la tierra, los territorios de ambos países estaban, como ya hemos dicho, unidos, pero al desplazarse los Continentes, se abrió Gibraltar, cataclismo simbolizado en la mítica obra de Hércules, quedando Atlante condenado a sostener el mundo junto a la columna Abyla en el bellísimo paisaje que limita a Ceuta por el Oeste. En ese tiempo el Sahara no era un desierto, sino una fértil tierra y hasta él llegaron desde la zona de Oriente medio unas tribus de origen camítico, que durante el paleolítico saltaron a España, a la parte del Levante español, dando lugar a la cultura de Almería, rama a su vez de la capsiense (de Capsa, Gafsa, Túnez). Otras tribus llegaron a todos los países que formaron la Berbería y, a finales del neolítico, pasaron también a España (gráfico número 1).

Todas estas tribus son las que con el tiempo se llamaron iberas y poco a poco se fueron extendiendo hacia el Norte, donde se debieron encontrar con desconocidas tribus arias. Las tribus que componían estos pueblos eran nómadas y estaban dedicadas al pastoreo, teniendo continuas rivalidades y luchas entre sí por la posesión de los pastos. Asimismo, tenían un acusado sentimiento individualista que los hacía difíciles de mandar, y a causa de eso, eran gobernados por la colectividad formada por los varones representativos. Solamente cuando surgía un caudillo decidido se iban con él hasta la muerte. En el siglo VI a. de C., entraron los celtas en España por el Norte, pero pronto fueron absorbidos por los iberos, salvo en limitadas comarcas. Los fenicios y cartagineses no





penetraron en el interior, limitándose a fundar factorías comerciales aunque tampoco consideraron al estrecho como un obstáculo que pudiese servir de frontera a sus territorios de ambos lados. Es más, los ejércitos cartagineses estaban llenos de mercenarios celtíberos y bereberes que vivían en perfecta hermandad y jugando un papel muy destacado en las brillantes victorias de Aníbal. Los bereberes eran mauros y númidas que habitaban a un lado y a otro de Mulía. Cuando los romanos destruyeron a los cartagineses, no dudaron tampoco en pasar al otro lado del estrecho y, bajo el reinado del mauritano Iuba II, educado en Roma en tiempos de Augusto, se consiguió la máxima romanización del Norte de Africa, romanización turbada por continuas revueltas como la célebre de Tacfarinas en el Aurás (parece que estamos leyendo la guerra de Argelia con Francia hoy día) hacia el año 17 a. de C. En este tiempo España se dividía, como sabemos, en tres provincias: Tarraconense, Lusitania y Bética; y la Berbería, en Mauritania Tingitana, Mauritania Cesariense y Numidia, que correspondían de modo aproximado a lo que hoy son Marruecos, Argelia y Túnez. Sin embargo, el año 69, el emperador Otón vio la necesidad de unir la Mauritania Tingitana a la Bética, llamándola Hispania Tingitana (gráfico núm. 2). Dice Cánovas a este respecto: «Roma comprendió con su ordinario instinto y acierto que la frontera natural de España por el Mediodía es la cordillera del Atlas contrapuesta al Pirineo.»

Bajo Adriano, Constantino y Teodosio siguió la citada provincia africana bajo la jurisdicción de los gobernadores de España y ambas adscritas a la Prefectura de las Galias. Al dividir el último el imperio entre sus hijos Arcadio y Honorio, dejó a éste el Imperio de Occidente con la Mauritania Tingitana unida a España.

Tras el fugaz episodio de los vándalos, que en diez años se apoderaron de toda la Berbería, al ser éstos derrotados por los bizantinos, los godos que ayudaron a los vándalos se quedaron con Ceuta, Tánger, Peñón de Vélez, Torres de Alcalá y Melilla, siendo Ceuta el último punto que conservaron cuando el conde don Julián pactó con Musa Ben Nusair en el año 707. Fue el cuarto Jalifa del Islam, Aotman, el que envió la primera expedición contra la Berbería hacia el año 650, al mando del célebre Aokba Ben Nafia, quien, bajo los Jalifatos del sucesor de Aotman, Moauía, y del hijo de éste, Iasid, llegó hasta el Atlas, siendo muerto en una revuelta promovida por el bereber Kusaila. Aokba fundó Kairauan, al sur de la actual Túnez, que sería durante mucho tiempo la capital de Al Magrib. El gobernador de Egipto, Hasán Ibn Naamán, decidió emprender a fondo la conquista del Magreb y de nuevo halló a los guerrilleros del Aurás en su camino mandados por la célebre Kahina en el 700. Fue su sucesor en el mando del ejército Musaben Nusair, quien lal levó a cabo, y en el año 711, después de tomar Ceuta y sin consolidar la ocupación de Al Magrib, se lanzó a la conquista de España, en una rápida explotación del éxito, encomendando el asalto inicial al bereber Tarik ben Siiad con 12.000 de sus paisanos y un reducido número de árabes a los que poco antes de la batalla de Guadalete se unieron 5.000 jinetes, bereberes también. En esa época en que Marruecos no existía como país organizado, Ceuta ya formaba parte de la corona del reino visigodo de España como resto del convento romano de Cádiz. En el 712, Musa, nombrado por el Jalifa de Damasco gobernador del recién conquistado Al-Magrib, pasó a España con 8.000 infantes y 10.000 jinetes, y en menos de dos años sometió a casi todo el país. Esta facilidad en la conquista ha sido achacada por algunos, y creo que con bastante fundamento, a la radical oposición entre el espítiru ibero al germánico godo. Los primeros se sentirían mucho más afines a sus hermanos de raza invasores viéndose su sentimiento favorecido por la gran tolerancia religiosa mostrada por los musulmanes, los cuales, siguiendo las consignas del Profeta, nos les obligaban en materia de religión, dejándoles además en posesión de todos sus bienes si se entregaban sin resistencia. Pagaban un tributo, pero aun éste se lo perdonaban si abrazaban el Islam. Después de esta conquista, el Gobierno de Al-Magrib y el de Al-Andalus formaban un todo unido con capital en Kairauan, estando dividido Al-Magrib en: Magrib al Aksa (extremo Occidente, aproximadamente lo que hoy es Marruecos), Magrib al Ausat (Marruecos Central, en la actualidad Argelia y parte de Túnez) e Ifrikía (resto de Túnez) en memoria de Ifrikos, que luego se convirtió en el nombre de todo el Continente. Como se ve, correspondía a la análoga división romana hecha por Adriano y en la que España, Portugal y Al-Magrib formaban un todo unido, como la Geopolítica manda.

Es sobradamente conocido por todos los españoles cómo Abderramán I, superviviente de la matanza omeía, llevada a cabo por los abbasíes, se erige en Jalifa de Occidente con capital en Córdoba, cuya maravillosa Mezquita, único ejemplar por su estilo en todo el mundo musulmán, construyó. Poco después, en Al-Magrib al Aksá, se independiza Idris I, el cual pone su capital en Fez, pero sin que comprenda su reino más de lo que actualmente es Marruecos. Los aglabíes son dueños en ese tiempo de Ifrikía y los magaraua del Magrib al Ausat. A su vez, por ese tiempo, Egipto está bajo el poder de los Jalifas fatimíes y Al-Magrib se ve víctima de los ataques de fatimíes y omeías, aprovechando las grandes rivalidades interiores que, a lo largo de su historia, han ensangrentado aquel país. De todos modos estas luchas nunca pasan de los confines del Atlas, y lo mismo esta región que el Sur marroquí, apenas se sienten conmovidas por éllas. Se van a sentir cuando, a principios del siglo XI, Tahia ben Ibrahim, jefe de la tribu más fuerte de un importante pueblo bereber (el Senhayi), que vivía en el desierto del Sahara, acomete la tarea de islamizar a fondo a su pueblo. Para ello trajo a un teólogo de su raza educado en Oriente, Abdel-lah ben Iasin, que gozaba de gran fama como sabio y como santo en Kairauan. Este acometió su labor con tanta inflexibilidad, que sólo consiguió catequizar a un reducido número de personas. El resto de la tribu estaba a disgusto por la rigidez de costumbres que había impuesto y por eso, cuando Tahia murió, se revolvieron contra su sucesor, que mantuvo a Abdel-lah como jefe religioso, obligando a ambos y a los discípulos que se mantuvieron fieles, a refugiarse en una isla situada en un gran río (no se sabe con seguridad si fue el Senegal o el Níger, aunque parece lógico fuera el primero). Allí se dedicaron con libertad a intensas prácticas de tipo ascético y místico en una *zauia* (especie de monasterio) que edificaron y llamaron *ribat* (derivado de *rabata*, atar, en el sentido de atar al Islam) y de donde procede el nombre de los almorávides (*almurabitin*, atados al Islam). Poco a poco los discípulos y simpatizantes fueron aumentando a causa del respeto casi supersticioso que les infundía Abdel-lah, y éste, seguro de su fuerza, se decidió a predicar la guerra santa (*yihad*). Su empuje fue tan grande que en cuarenta años dieron cima a uno de los imperios más extensos que ha tenido el Islam magribí, pues abarcaba la casi totalidad de Al-Magrib y Al-Andalus. Su jefe más importante fue el conocido Yusuf ben Tachfin, muy conocido desde nuestros años escolares por ser quien derrotó a Alfonso VI en la batalla de Zalaca. Su hijo Alí completó la obra conquistando Uclés (en la cual fue muerto el Infante Sancho, hijo de Alfonso VI), Santarem, Lisboa y Evora, aunque fracasó en su intento de apoderarse de Toledo.

La superior civilización de la España musulmana de esa época, en la cual destacó el genio de Averroes, influyó extraordinariamente en los

almorávides, constituyendo éstos el vehículo de la ciencia y arte andalusí a Marruecos. Crearon la Universidad del Karauien, cuyo milenario se celebró el pasado año, la Mezquita de Cutubía de Marraquex, completada por los almohades, y muchos otros monumentos de menos importancia.

Sin embargo su dominación fue efímera, ya que, al iniciarse el siglo XII, fueron literalmente barridos por los almohades, tribus bereberes de las montañas del Atlas que produjeron uno de los soberanos más notables de Al-Magrib: el célebre Abdelmumen. También fueron ansias reformadoras de la religión las que les impulsaron a la acción; querían restablecer el culto a la unidad de Dios (*tauhid*) en toda su pureza y de ahí su nombre de *al muahiddun* (los unitarios). El hijo de Abdelmumen, Abú Yusuf, fue quien derrotó a Alfonso VIII en Alarcos, y, al lado del hijo del segundo, Mohamed ben Naser, luchó Sancho VII el Fuerte, de Navarra (que había ido a Marruecos a pedir ayuda contra los reyes de Castilla y Aragón), para reducir a tribus rifeñas y gomaras de la zona norte marroquí que se habían sublevado contra el sultán, como tantas veces lo han hecho en su historia. Luego lucharía contra él en la batalla de las Navas de Tolosa, encontrando gran gloria y proporcionando un imperecedero símbolo al escudo de Navarra. Durante el reinado de los tres soberanos musulmanes citados, se alcanzó el sueño de un Magreb árabe unido, comprendiendo también un buen trozo de Al-Andalus (gráfico número 3), pero unido solamente por la fuerza y por el genio de Abdelmumen, porque la realidad es que estaba minado desde que nació por falta de cohesión.

Su obra política, social y religiosa fue de una importancia enorme. Intensificaron la importación a Marruecos de la cultura de la España musulmana y a ellos se debe la construcción de la Giralda (en memoria de Alarcos) y la terminación de la Mezquita de Cutubía en su forma actual.

De los benimerines poco hay que decir, salvo que en su época (siglos XIII y XIV) vivió el célebre historiador Ibn Jaldún, el mejor de su época, incluidos los europeos, y primero que empleó métodos modernos en el estudio de dicha ciencia.

Las dinastías posteriores se ven asediadas por turcos, portugueses y españoles y van viendo reducir los límites de Al-Magrib al Marruecos de Idris, y si los actuales dirigentes políticos de este país se empeñan en reivindicar territorios tendrán que hacerlo a costa de Túnez, Argelia, Sudán, Senegal y España. Claro que basándose en sus razones medioevales y del Renacimiento a más llegar, España, Turquía y Arabia podrían reivindicar medio mundo. Durante la dinastía Uatasía (1472-1549), los portugueses mantienen Ceuta y Tánger y se apoderan de Safi, Azemmur, Masat y Santa Cruz de Aguer (Cabo Guir). Diego de Herrera desembarcó desde Canarias en la costa africana y levantó el castillo de Santa Cruz de Mar Pequeña (Ifni), donde algunas fracciones de los Ait Ba Amarán se declararon vasallos de la corona de España. En 1497 Pedro de Estopiñán conquista Melilla, que, desde entonces, queda ininterrumpidamente bajo la soberanía española. Luego se conquista por Pedro Navarro el Peñón de Vélez de la Gomera y, por una expedición que dirige el propio Cardenal Cisneros, Mazalquivir, quedando vasallos del rey católico los reinos de Tremecén, Argel y Túnez. Lástima, como dije al principio y muchas plumas preclaras antes que yo lo han dicho, que la atención española se dirigiera a Europa; sólo la amenaza turca y la piratería nos mantuvieron atados a los puertos principales de dichos países. En tiempo de la dinastía Saadía (1544-1569) se esparcen por el imperio marroquí los moriscos y judíos expulsados de España, que si trajeron aspectos culturales del renacimiento español, no sirvieron de mucho a aquél, dada la anarquía y decadencia existentes en ese tiempo en su territorio, abrumado además por el ataque de los otomanos, portugueses y españoles, en los cuales los sultanes marroquíes se apoyaban cuando les convenía. En el reinado de Mohammed el Rey Negro, tuvo lugar la batalla de los Tres Reyes, causa indirecta, al morir en ella el rey don Sebastián sin sucesión, de que la corona de Portugal pasara a Felipe II y con ella las posesiones portuguesas Mazagán, Tánger y Ceuta, que desde entonces también conservamos en soberanía, siendo, al igual que Melilla, una ciudad totalmente española por su población y fisonomía.

Durantes esta época, los sultanes tuvieron en general buenas relaciones con los cristianos, lo cual fue mal visto por el pueblo y causó su desprestigio. Los granadinos y sus descendientes fueron, como dice Terrase, sus mejores soldados y sus mejores técnicos.

En 1644 adviene la dinastía actual, la *alauia* o *filali*. Los hechos más sobresalientes en relación con España son la guerra de 1860 y la implantación del Protectorado en 1912. En ambos casos ha demostrado España sobradamente su generosidad y cariño por los marroquíes. En el primero, de escasos resultados por falta de visión y por timidez de nuestros gobernantes, nos limitamos a ratificar, mediante tratados, la posesión de los Peñones, Ceuta y Melilla y el derecho a la ocupación de Santa Cruz de Mar Pequeña. Estos tratados fueron firmados por un Marruecos soberano e independiente y en ellos nosotros pudimos y debimos haber obtenido un mayor *hinterland* para nuestras plazas de soberanía, españolas desde siglos, como antes he dicho. Durante el segundo, la acción no ha podido ser más generosa y humana y Mohamed V (quinto de la dinastía porque en el número de los soberanos marroquíes de este nombre hace el quince) debe a la gallarda actitud de España su reposición al trono y buen número de los profesores de árabe que actualmente tiene en su nación, pues si los sabios y alarifes de la España musulmana proporcionaron a Marruecos destacadas enseñanzas, la cristiana del siglo XX no se ha quedado atrás, habiendo hecho lo imposible para dar una cultura moderna a su zona dentro del arabismo y del Islam.

Es natural este amigable intercambio de vida entre españoles y marroquíes, y lo contrario es producto de envidias y sectarismos, azuzados por elementos extraños a ambos, y también del exagerado individualismo ibero-bereber, fondo racial común, desarrollado en medio análogo y con análogas influencias externas. La mayor diferencia procede del afianzamiento del espíritu latino y cristiano en España, frente al árabe y musulmán en el Magreb, aunque no hay duda que las influencias recíprocas fueron grandes, primero por la dominación romana en el Norte de África y luego por la árabe en España; las únicas aportaciones no comunes, fueron las celtas y germánicas en España y las negras en el Mogreb.



Por ello, del mismo modo que ha sucedido en el pasado, siempre será el español el habitante del Continente europeo que más fácilmente se acomode a convivir con los naturales norteafricanos en los países de éstos, donde además ejercerá una magnífica función para el desarrollo de los mismos, sin verse obligado a perder su nacionalidad. Dios ha dispuesto que nuestros países sean los pilares del puente que une dos continentes que se necesitan mutuamente, y contra la voluntad de Dios no se puede ir.

Los hombres crecen bajo tierra

Por

CARLOS M. YDÍGORAS

Carlos Ydígoras, cuando escribe, inventa poco. Se limita, casi, a narrar lo que ha vivido. Porque este hombre, enamorado de las aventuras, las encuentra a cada paso. Y cuando están remisas en acudir, las busca ávidamente.

Los lectores de «Mundo Hispánico» conocen sobradamente a Ydígoras. Ahora les ofrecemos las primicias de su último libro «Los hombres crecen bajo la tierra»; es el relato fiel de una aventura más, la penúltima, de su autor.

El sol, rodeado de una escuadra de atemorizadas nubes, sonreía sobre la cuenca. Había algo de felicidad en el ambiente, olía realmente a ella. No quería reconocer que, en parte, era motivada por la perra chica que me dio mi padre. Era la primera vez que tenía tanto dinero y ello ponía en mi vida infantil una nueva emoción. Ibamos cogidos de la mano, carretera adelante, cantando, jugando, felices de ser.

—Padre, ¿cómo eras tú de pequeño?

—¿De pequeño?... Pues creo que como ahora, los huesos más cortos, pero la misma sangre caliente y muy contento de vivir. ¡Y un poco más de hambre!

—¿Tú jugabas, padre, como juego yo, y te pegabas con los chicos?

—¡Ya lo creo, amigo, y hasta me daban rabietas cuando perdía!

—¿Y tenías alguno con el que peleabas muchas veces, como yo con Colás?

—Pues sí... —pareció perderse en sus recuerdos—. Se llamaba Rosauro y cuando se mató en la mina, el miedo no me dejó pisar la galería en un par de días. Eramos buenos amigos, pese a todo.

—¿Tú, miedo, padre?

—Sí, amigo, ¿te extraña? Pero eso era antes. Ahora que tengo la «Bruja de la suerte» —añadió sacando del bolsillo un feo fetiche que representaba una diosa hindú—, ¡ya puede la mina pegar los coletazos que quiera!

—¿Te gusta, padre? —le pregunté con voz emocionada.

—¡Ya lo creo que me gusta! Si eres capaz de alcanzarla —añadió estirando el brazo— te regalo otra perra chica. ¡Vamos!

El sol, arrancando al amuleto vivísimos destellos, parecía animarlo. Yo brincaba inútilmente, intentando arrebatárselo. En uno de mis saltos, agachándose bruscamente, mi padre me cogió por la cintura. Yo pataleaba y él reía, reía... Usando el índice a modo de batuta, comenzó a tararear su canción favorita, aquella que hablaba de mina, de dolor y esperanza. Brotaba de sus labios alegre y honda. Y yo le imitaba, cantando con él cosas de mina, de dolor y de esperanza.

—¿Cuál es la capital de Noruega? —me preguntó depositándome en el suelo. Aquel era nuestro entretenimiento favorito.

—¡Oslo!

—¿Y la de Méjico?

—¡Méjico! A ver tú; ¿la capital de Honduras es...?

—¿Honduras?... —mi padre se rascó la nuca pensativo. Le costaba confesar que no se acordaba.

—¡No lo sabes!, ¡no lo sabes!

—Está bien, amigo, pero a ver si sabes tú cómo se llaman los tres molinos de...

—¡De «El Quijote»! —le interrumpí jubiloso—. ¡Infante, Sardinero y Burleta!

Carretera adelante, como adentrándonos muy juntos en la vida. Los vientos cálidos venían a jugar con nuestras risas, asustando a las amapolas, enroscándose como amantes pegajosos en las mismas hiedras, en los cerezos y los melocotoneros; en los corros de los viejos y los juegos abiertos de los niños; en las bandadas de pájaros saltando de almendro en almendro, de pareja en pareja de enamorados. Yo, el único vástago de la dinastía minera de los Landa, como decía el señor Marcos, gozaba junto a mi padre de un momento más de felicidad.

Era maravilloso el sentirnos tan sanos, tan seguros de nosotros mismos y, pese a las penurias y a la mina siempre acechando, tan alegres y confiados.

—¡Allí están, padre! ¡Mira el señor Gago!

—Ya los veo... Crispín con los ojos en el suelo, como siempre.

Eran hombres a los que en el mundo todo les había ido fallando poco a poco. Ni asombrados ni enfurecidos, todo lo esperaban. Crispín, mirando a la tierra, parecía buscar en ella alguna claridad para su vida de enfermo incurable. Crispín, pasivo, como una canción helada en silencio y resignación, iba por el mundo con la necesidad y el frío a sus espaldas, sin comprender por qué una existencia bien trabajada no era suficiente para aspirar a una vejez tranquila. Y eso era todo. Al igual que una avecilla ciega, andaba errante, intentando descifrar este gran misterio. Un sabor amargo en su corazón, habituado a las explosiones de dinamita, ensombrecía su ánimo, bajándole la mirada, como enterrándose en vida. Su vecino, el bromista Seisdoble, parecía gozar con las tribulaciones del viejo barrenista.

A su lado estaba Angelón, compañero de mechas y pólvoras, antiguo y vencido luchador. El rostro congestionado, la boca replegándose en un rictus despectivo, muerto para la sonrisa...

—¿Qué cuenta la minería? —preguntó mi padre, jovial, sentándose en la cuneta.

—Tonterías, hablando de justicia y de pulmones podridos —repuso Angelón levantando los ojos hacia la ladera de enfrente.

—Pues sí... —convino suave el Patriarca.

Y sin perder su bondadosa sonrisa, añadió:

—Está alto tu chico, ¿eh? ¡A esta edad dan buenos estirones!

—Sí —contestó mi padre con orgullo— las lluvias de este año le regaron bien. Ya va para los once.

—Pronto podrás llevarle al Pozo —dijo Manolín.

—Mientras yo tenga dos brazos no verá el Pozo ni de lejos.

—¿Por qué, padre?

—Tiene razón —le apoyó Roxo—, para empezar es mejor un grupo de montaña. Es demasiado duro para un chiquillo.

—Procuraré que no vea la mina. Le estoy haciendo estudiar y parece que no hace ascos a los libros. Me gustaría que fuese... no sé, marino o aviador. Mira que esos que andan por ahí como los pájaros...

Una hora estuvimos haciendo compañía a los viejos mineros. Nos vieron partir con ojos inexpresivos, de bestias domadas. El señor Marcos y Gago quedaron allí intentando, ya por costumbre, borrar del espíritu de aquellos desgraciados tanta rudeza, tanta frialdad, tratando de comunicarles un hálito de ilusión por algo. Aunque sólo fuese por una muerte buena.

Otra vez saltando, intentando atrapar el fetiche. A veces me retrasaba, viendo a mis amigos jugar a policías y ladrones. Otro día me hubiese gustado acompañarles. Pero era domingo y mi padre estaba conmigo. Y mi padre y el Valle era lo que más quería en este mundo.

Dicen que si voy a la mina
podré matarme, podré matarme

Alguien cantaba a lo lejos.

* * *

...el mundo estalló.

El estruendo que se apoderó de las profundidades adquirió resonancias espantosas. El gas inflamado se estremeció con un alarido de terror. Hombres, bestias, rocas, troncos, vagones arrancados de los carriles, también encabritados... Una fuerza ciclópea había enloquecido súbitamente. La mina crujía, desarticulándose; trozos de ella, como casas, se agitaban en un delirio de fuerzas desbocadas. La montaña temblaba, las bóvedas se tambaleaban sobre los muertos, los hierros y la hulla, sobre el agua desatada. Los soportes de la planta entera se desplomaban como palillos, destrozando los macizos que la configuraban. Una infernal lengua de polvillo ardiendo corrió por pozos y coladeros, creando un caos de grisú y carenas achicharradas, de aullidos que no se oían. Desde los derribados encadenamientos de la entibación, de las guaridas abiertas en la intimidad de la montaña, saltaban monstruos y alaridos ¿humanos? La piedra, los hombres, el carbón, las bestias ¡todo se quejaba! Entre destellos inimaginables, la mina se transformaba, triturada por el flagelo de los gases dilatados con increíble potencia. Segundos, segundos...



En la contracción, la onda retornó como retornan los soldados carniceros en busca de muertos que aún respiran. Llegó golpeando, bramando, martirizada por su propia ansia de destrucción; haciendo explotar las bolsas de grisú que escapaban por los recovecos y los coladeros mal cegados, provocando, aumentando los estragos en los circuitos de ventilación. Los hombres que lograron escapar del primer hachazo, se arrastraban horrorizados tras los montones de escombros; el nuevo ciclo derrumbaba lo que aún se mantenía en pie. Todo parecía arder en una dantesca mezcolanza; la respiración abrasaba las entrañas de seres y tinieblas, como estaba abrasando las de aquella inmensa quiebra que era la cuarta galería... En ella ya se movían legiones de fantasmas, medio en llamas, como desorientados.

Un silencio espeso, de muerte, turbado por ayes desgarradores y risas sarcásticas, por relinchos estremecedores, se desplomó sobre la mina.

Las llamas comenzaban a tostar carnes desvanecidas.

* * *

Landa levantó el martillo para hincarlo una vez más en la veta, cuando la onda explosiva apretó su cuerpo intentando vaciarlo. El golpe le arrojó contra el testero, clavando en sus ojos un arco iris de llamas. En un instante la montaña se derrumbó, destrozándose como un cristal saltado, engullendo la rampa. El polvillo, que prendió como la pólvora, fue apagado por la misma hecatombe que desplomaba el carbón. Otros focos surgían sobresaltados, arriba, a los lados, a sus pies, sobre él. Sintió un dolor horrible, provocándole el desvanecimiento; abrió la boca buscando aire y a ella acudieron las sombras, el latigazo de una llama, el gas ya libre.

El aire retornó con tremendo estruendo. Con la contracción volvieron las explosiones, el fuego, el agua.

Un silencio de sepulcro, vacío, total, cayó sobre la rampa donde había quedado encerrado. Le hacía daño el humo, las inacabables tinieblas. Era tal el sufrimiento, que no lo sentía más que en el pecho y la cara, como si sus miembros hubiesen sido arrancados del cuerpo. El dolor aflojó sus músculos, tirándole de bruces sobre una mamposta ardiendo. Las nuevas quemaduras le hicieron reaccionar cuando ya los ácidos acudían voraces. Incorporándose con temblores de paralítico, se palpó el rostro. No encontró las orejas, ni la nariz, ni el cabello; se llevó la mano a la boca y clavó espantado las uñas en un revoltijo de pellejo y sangre que era todo lo que quedaba de lo que fueron unos labios.

Un gemido bronco y prolongado, que procedía del testero superior, le hizo olvidar su desgracia... ¿Quién podía vivir, quién estaría allí muriendo?

Movía la lengua, reseca, arrancando al pellejo de los labios el poco jugo que les quedaba.

Morir amando así la vida, dejando en ella a María, a sus hijos, ¡a Landa, caído a los once años en la mina, como un eslabón más de la dinastía maldecida!

Una desesperada ansia de salvarse puso temblor en todo su cuerpo. De pronto, brutalmente, había despertado esa débil esperanza que el hombre guarda para el último momento.

—¡Vivir! ¡Vivir!...— Arriba alguien se movía. Iría a buscarle, ¡escaparían juntos!

Con increíble energía comenzó a apartar escombros. Se agitaba como un espantado, un autómata. El había estado otra vez enterrado, él logró resistir atmósferas que a otros asfixiaron. A través de la hulla oía correr una veta de agua. Si no le ahogaba, ella se encargaría de combatir el óxido de carbono y el ácido carbónico, aniquiladores de todo lo respetado por la explosión.

Maderas humeantes, carbón y piedras iban quedando atrás, dejando libre el camino de la vida. ¡Escaparía de aquel maldito Pozo!, ¡él!...

Bruscamente se detuvo. La imagen de su «valín» se alzó como un muro ante el camino que le conducía a la planta superior, a la maniobra, ¡al sol! Por un instante, su espíritu pareció aislado, independiente de su cuerpo llagado; un ser confuso, perplejo; ¿salvar al «valín» a cambio quizá de su propia vida? ¿Amar para morir? Temblaba como epiléptico, temblaba su cuerpo y sus sentimientos, abismados en la vital encrucijada.

Tan bruscamente como se detuvo, se revolvió en la estrecha cueva y comenzó a descender, abriéndose paso entre aquellas mismas piedras que poco antes desplomó en su desesperada ascensión. La sangre le latía aceleradamente en las sienes, en los oídos, en las muñecas, en la punta de los dedos, con los que, semejando un gigantesco topo, iba horadando la tierra caliente y suelta, provocando nuevos derrumbes que cegaban las fisuras, el camino hacia una posible salvación. En su ansiosa búsqueda del pequeño José Luis, apartaba escombros; la rampa, perdido un sostén, daba un apretón más, haciendo vacilar su vida. Pasado el peligro, un tirón de esperanza volvía a ponerle en movimiento, lentamente, tomando el pulso a aquellos minúsculos terremotos. El humo era tan espeso que semejaba una pared negra; la tos le sacudía con tal violencia que, pasado el acceso, una sensación de paz, un bienestar que adormecía, le dominaba. Lágrimas negrísimas corrían por su rostro, lavado por el sudor. Landa no lloraba, eran los ojos que estaban ya quizá desintegrándose con tanto calor y gas.

—José Luis... ¿Dónde estás, José Luis?

Se movían sus labios rotos.

La mina había caído en un silencio sobrecogedor. El picador gritaba para no sentirse tan solo en aquella tumba, en su desesperada lucha por salvar su vida y la del pequeño «valín», la encarnación de su desamparado hijo.

* * *

Las minas intentan esconder las tragedias amortiguando los ruidos. Ni los viejos silicosos que chupaban el sol cerca de la maniobra sintieron el brutal golpetazo.

Por la tumba abierta del Pozo subían los primeros hombres, trayendo en sus ojos el bramido silencioso de gran catástrofe. Tras ellos venía la humareda, escalando tenebrosamente el embudo. Fue entonces cuando el Valle despertó de pronto, salvajemente.

El tembor primero que produce la sorpresa sacudió la cuenca a eso de las diez y media, rompiendo la calma de la mañana. De casa en casa, de prado en prado, del Camino, ya trillado por tantas penas, saltaban gritos de dolor y desesperación. Como hordas dispersas, las familias de aquellos héroes del vivir y del luchar bajaban por los senderos de los montes, por la carretera, descompuestos; ellas desgreñadas por la desesperación, la boca espumajosa...

—¡Mi hombre! ¡Mi hombre!

Los chicos, callados, con esa serenidad que presta la vecindad continua de la tragedia, un poco ausentes del drama, corrían junto a los mayores, tropezando, los ojos clavados en el castillete que, ya envuelto en el humo de los incendios subterráneos producidos por la explosión, parecía un austero sarcófago gigantesto donde estaban enterrando al mundo.

Tras las paredes de alguna choza, un chiquillo lloraba, llamando a su padre con una ternura hondísima, embelesada.

Sí, el Valle despertó salvajemente. Se había cortado la canción del trabajo una vez más; el sol, el verde y las cumbres se ensombrecían, ahora que nadie les miraba.

Sobre los aires del Valle, solemne y vibrante, el padre viento enhebraba notas de pesar.

¿Por qué has de morir
ahora que el Valle te necesita?
¡Vive minero!...

—¡Vive minero! —gritaban las gentes con amor y angustia, con voces que parecían salir de las grutas del miedo, porque la tragedia se adivinaba escalofriante.

Las viejas viudas mineras, refugiadas en altozanos alejados, murmuraban entre dientes cosas de ausencias, de muertos arrancados de la vida. Luego, inútilmente tristes, gritaban desde muy lejos el nombre de los suyos, alargando los brazos como queriendo salvarles con aquel manojo de sarmientos que tenían por articulaciones, con el valor de su humana herida.

En una soledad tremenda y humilde, lloraban y lloraban, limpiando el alma de tanta pena.

Las pobres viudas mineras...

Por la boca del Pozo empezaba a salir un aire caliente y violento, con olor a ácido.

* * *

Tanteando las paredes, comprobando que la explosión había cegado los coladeros por donde escapar, por donde llegar al piso superior, ¡al sol!, Landa avanzaba conducido por la oscilante luz de los incendios, por las llamas pegándose a su cuerpo. Llevando bajo el brazo a José Luis, tirando a veces de él, se arrastraba bajo trozos de bóveda amenazando derrumbarse. Presentía, veía cuadros horribles. Junto a una trabanca ardiendo, consumiéndose con ella, encontró al pequeño Carmelo, el hijo del Tobías loco. Le trasladó bajo el agua, al enorme charco, donde se congregaba el mundo febril e infernal de los seres quemados y agonizantes. Carmelo había muerto, otros lo estaban haciendo, fijos los ojos en cualquier punto, idiotizada su expresión por los gases. La llama del terror volvió a brillar en los ojos de Landa cuando el relincho enloquecedor de una mula, más impresionante aún que los aullidos humanos, tembló en la galería. Instantes después apareció ante él como el monstruo mayor del infierno, negra agigantada, las pupilas en ascuas, entenebreciendo aún más las tinieblas con su cuerpo, pisando hombres, hombres...

Dejando a José Luis en el suelo, sus manos palparon carnes, cascotes y maderas. Tropezó con un hierro, cogió la barra e incorporándose con el ademán de un gladiador maldito, esperó la acometida del animal. Este avanzaba coceando, piafando, la boca tan abierta que parecía capaz de tragarse todos los ácidos que envenenaban la galería... Le clavó la barrena en la garganta y animado por una titánica y súbita energía la hirió muy adentro, hasta destrozarla quien sabe qué, hasta hacer desplomar la mula a sus pies.

Aquella masa de carne chamuscada, obstruyendo el socavón, dejaba escapar gruñidos de dolor que en poco se diferenciaban de otros que sobresaltaban la galería. Landa, tirando del brazo del desgraciado «valín» pasaba entre las piedras que arañaban su espalda y la piel caliente del animal. En su pecho desnudo sintió un repulsivo escalofrío. Al otro lado del obstáculo, aquel escalofrío se rompería en un grito. Separándose de la penumbra como un aparecido, se aproximaba una silueta negra, los brazos estirados, evitando rozar el cuerpo llagado, moviendo las piernas como un muñeco mecánico. Debía estar intentando gritar pero apenas alcanzaba a emitir un bufido apagado, murmullos que costaba creer fuesen articulados por un ser humano. Cuando las carcajadas de Tobías retumbaron una vez más, aquel resucitado se detuvo espantado. Y llevándose las manos a la cara, los dedos tan separados que amenazaban romper el ligamen, lanzó su respuesta en forma de penetrante aullido.

Era aquélla una desgarradora conversación, el morse de los malditos.
Landa le zarandeó hasta obligarle a callar. Luego, dejándose caer sobre el hastial, jadeó:
—¿Qué ha ocurrido, Juanón?, ¿qué ha ocurrido?
—¡El grisú!, ¡el grisú! —El quemado miraba nervioso a los lados buscando por dónde escapar.
—Siéntate, Juanón. Ahí atrás no hay nada. Está todo cegado.
Juanón resopló, los ojos extraviados. Luego fue serenándose.
—Hay muchos... ¡ahí delante hay muchos!... ¿quién es ése?
—Mi «valín»... Tenemos que escapar, Juanón ¡tenemos que escapar!
—Hay muchos... ¡mira!
Juanón volvió a aullar. Como un palomar revuelto por la llegada del buitre, el silencio de la galería brincó asustado. Lamentos y gemidos, mezcla de dolor y espanto... ¿eran voces humanas? Los gritos, las tinieblas, el seco ruido de las montañas al romperse, al reajustarse... Landa sentía unas náuseas que iban más allá de lo físico.
—Hay que mirar por dónde escapar, ¡hay que escapar de aquí!
Siempre en busca de un agujero por donde subir a la vida, Landa avanzó hacia aquellos ayes y maldiciones. A su paso brotaban fugaces llamaradas que un instante después se extinguían.
—Mátame..., mátame —suplicaba una voz semienterrada— ¡por mi hijo te lo pido!
Un caos de materiales, de sangres sueltas, ropas quemadas, carnes rotas... ¡¡Juanón!!
No, no era Juanón; era otro resucitado también despegándose de las penumbras rojizas. Se había incorporado violentamente y... ¡le ardía la piel! ¡Era un hombre en llamas!
¡El fantasma de la mina!, ¡el fantasma de las almas tragadas por la tierra negra!, ¡el fantasma que vieron los viejos mineros recorriendo las catástrofes!... ¡Venía, se acercaba, avisando con un ulular sobrecogedor!
Landa se escondió tras los escombros, acurrucando contra su cuerpo la menuda y quemada humanidad del niño. Allí, paralizado por el terror, helado en medio de tanto fuego, cerró los ojos... el mismo pavor le obligó a abrirlos, desorbitados, clavando en sus pupilas la silueta de aquel monstruo que pasaba a su lado, los brazos en alto, como dos antorchas chisporroteantes, golpeando la cabeza contra las piedras de la bóveda, los cabellos tiesos, congelados parecían. Y unos ojos también echando llamas, queriendo escapar antes de que fuese demasiado tarde de aquella masa repugnante que era el rostro, pegado a un tronco que se bamboleaba, borracho de muerte.
Unos metros más adelante cayó, retorciéndose como un montón de trapos y carnes humeantes.
La carcajada de Tobías parecía sacudirle, sacudir la bóveda para que un costero se desplomase sobre el cuerpo de Landa.
¡Aquello era enloquecedor!

* * *

En la explanada se detenía en aquel momento una tropilla de caballos. Hombres y utensilios, los miembros de la esperada Brigada de Salvamento, que fueron recibidos con delirantes muestras de alegría. Venían de muy lejos, cansados. Rápidamente colocaron unos cilindros de oxígeno y se ajustaron las máscaras. Los «marcianos», como cariñosamente se les llamaba en la cuenca, tomaron picos, inhaladores y rollos de tubería y se dispusieron a descender a aquel caos de humo. Daba emoción verlos, ¡jóvenes, valientes, generosos! Alguien pudo aplaudir; los demás formaron un impresionante coro de súplicas, de nombres y lágrimas. Otros movían los labios sin hablar, rezando, rezando...
La más hermosa empresa les estaba reservada a aquellos héroes. Acababan de abandonar una mina lejana para abismarse en un Pozo en ruinas, en el reino de la muerte acechando.
Un grupo de hombres se acercó transportando media docena de féretros de leño.
La angustia de las pobres gentes del Valle fue escribiendo en cada uno de ellos un nombre muy querido.
Aquellas toscas cajas pronto estarían llenas de cuerpos destrozados, de muñecos de carne rotos por la onda. Los niños adquirían gravedad de viejos; los viejos y las mujeres miraban con asco, con rabia y amor aquellas ruedas que giraban de prisa, llevando hacia las profundidades los toscos ataúdes, ya corriendo tras los hombres de la Brigada.
—Madre, ¿ya salió padre? —preguntaba un niño sin alzar la cabeza, enredando con dos palitos.
—Todavía no, hijo...
Aquella mujer tenía los ojos encendidos por un arrobamiento salvaje, fijos en el hueco de la jaula, como persiguiendo las cajas de pino recién descendidas.
—Dicen que están todos muertos, madre —insistía el pequeño con voz dulce.
—Todos no...
El apagado rugido rompió la falsa calma. La jaula acababa de subir a la superficie un grupo más de hombres.
—¡Dios mío! ¡Dios mío!
—¡Quiénes son! ¡Quiénes son!
—¡Juan, perdóname!, ¡por Dios, Juan!
Algunas rogaban ser perdonadas por el hombre que no subía, al que creían muerto... ¿Por no haberle hecho feliz?, ¿por no haberle querido más, ya que su vida debería ser tan corta?

* * *

—María... María...
Llamaba sin fuerza, con voz ya muerta. María no acudía y Landa no podía gritar más. Se sentía agonizando, pegado a la vida por un hilito de sangre. Le dio una arcada que no terminaba de subir a la garganta, que fue muy larga. Y seguía llamando a María, cuando nadie contestaba y el mundo estaba caído en un silencio de tumba.
Tenía fiebre. Intentó moverse y el tirón del dolor estuvo a punto de desvanecerle.
¡Qué solo estaba, qué pavor infundía aquel silencio perfecto! Le dolía muy adentro, más aún de su cuerpo quemado, de su pierna deshecha por el costero. Una mueca triste arrugó su rostro negro. Otra vez la mina vengativa encerrándole, otra vez presa de aquel ataúd que él mismo iba día a día construyendo. Una voz interior le asustaba. Y oyendo como un viento que le contaba cosas pasadas, se acordó de Roxo, cuando fue al río a bañarse y se puso ropa limpia porque pensaba ahorcarse.
El sueño iba posándose sobre su larga desesperación. Imágenes brillantes brotaban como chispas que rasgaban la negrura, de donde a veces parecían despegarse, envolverle con sus brazos mortales, el monstruo físico del grisú. Herido, enfermo, indefenso, Landa aún tenía fuerzas para combatir el fantasma, enterrado como él en el fondo de la mina. Le escupía, le insultaba..., después el delirio iba pasando.
Volvía la calma, velados los dolores por la asfixia. Debía de llevar una vida entera allí encerrado, porque se acordaba del Muecas con la sensación de haberle visto hacía mil años.
—Landa...
Su humana herida sangraba ahora por el recuerdo de su hijo. En los delirios visuales que volvían, estaba allí, ante él, impresionantemente mudo, con mucho desamparo en el semblante. Al fin movió los labios y en los pliegues de su voz y de su tono todo fue amargura.
Confusamente se agitaban en él nociones de amor, de esperanza, de muerte. Parecía un absurdo contador de cosas idas, de gritos que iban hacia adentro, desarticulando ya su propia existencia.

* * *

Landa llevaba muchas horas desangrándose. Aquel enorme costero abría sus venas poco a poco, como gozando con la larga agonía del minero, con la aterradora soledad de que era víctima. En medio de tanta tragedia, traídos por ella, llegaban instantes de tregua. De entre los laberintos de la memoria surgían entonces recuerdos dulces, temblores de emoción. Y se acordó de cuando era muchacho y tenía la cabeza llena de ilusiones.
Comenzó a llorar en silencio, porque, por unos instantes, su alma se había vuelto cuerda.
La rampa daba un apretón, una dentellada más y caían maderas y cascotes, golpeando su cuerpo llagado. El agua le lavaba el polvillo, produciéndole arcadas. Y aquello también parecía comenzado hacía mil años.
Vencido por tanto dolor, Landa fue poco a poco sintiendo deseos de morirse, de encontrar paz, llegando allí donde ya no llovía sangre, ni grisú, ni amores que dolían. Con gran esfuerzo logró llevar la mano al cinto, apretado contra la carne desnuda, y en su mano brilló la fealdad de aquel fetiche que le regaló su hijo un día que quiso unos pantalones nuevos. La «Bruja de la suerte» la llamaba su pequeño Landa.
Al conjuro de su aparición, unos estremecedores ruidos rompieron la nueva serenidad de la mina. Como un zarpazo, una piedra le golpeó el hombro y el fetiche cayó sobre los escombros polvorientos, huyendo de la muerte que llegaba entre tanta negrura y soledad.
Landa quedó sepultado. Sus fuerzas exhaustas para todo intento de lucha, le mantuvieron inmóvil. Aún su cerebro regía, haciéndole respirar



regularmente para así morir mejor. La muerte fue apoderándose de él muy despacio, como de mala gana.

* * *

No sufrió mucho Landa. En el último momento, como premiando a un elegido, su boca se arrugó en una mueca serena. Era la muerte, que tenía una sonrisa propia, haciéndole comprender que ella era la única salvación.
—Landa, hijo mío...
Aún llegó a ver un chisporroteo de luces. Así murió.

* * *

Los hombres de mi Valle...
La repetición de las tragedias les comunicaba una fortaleza distinta, como si la honda de dolor llegase a ellos cansada. Se esforzaban, entre tragos de vino y canciones broncas que tenían algo de viento triste, en olvidar su íntima desolación. Volvían la espalda a los muertos y a las chozas habitadas por viudas mineras allá en las cumbres; y al peligro, esperándoles al día siguiente; al polvo de las rampas y a las dinamitas, hasta a la vida, a la que no debían ninguna gratitud. Las penas largas eran para las gentes grises y amancebadas que podían gustarlas despaciosamente. Un rosario negro e interminable sería entonces aquel ir y venir continuo al cementerio... ¿qué hacer? Olvidar pronto para poder gozar de los intervalos de paz. A casa había que seguir llevando el pan. Que los muertos rodasen a los hoyos, mañana podían ser ellos. Otra vez había estallado el grisú, de nuevo rodeados de una intimidad de ausencias, de medio centenar de caídos... ¿Y qué?

Eran soldados del trabajo obligados a una tarea demasiado dura para que la naturaleza no les ayudase a sobrellevarla.

Trabajaban sin ilusión, sin amor, sin esperanza de mejorar algún día, cansados de corazones fallidos, de marchar en hilera tras los féretros que terminaban por dejarlos fríos, sin emoción alguna. A veces, hasta les desagradaba aquel frecuente empujar y descender ataúdes, echarles tierra encima, oír rezos, lloros...

—¡Bah! ¡Siempre la misma historia!

¿Cómo podría ser de otra manera? Sus padres habían sido devorados por la mina o andaban caídos por las carreteras chupando el sol y tosiendo la sílice que oprimía sus pulmones. Los hijos correteaban por los campos, endureciendo sus bíceps, preparándolos para empujar pronto las aspas de las rampas y la dinamita. Padre, mineros, hijos, ¡todos!, antes o después caerían en las tinieblas, en la trampa de una jungla negra y asustante. Así, el fuerte tronco de las dinastías mineras cumplía su sino. Arrastrarse por las galerías o morirse de hambre. Y de vez en cuando caer apiñados, víctimas de una batalla más contra el grisú.

Su sino. Como el de otros era acudir voraces a recoger el fruto de tanta sangre vertida. Así estaba escrito, parecía, desde el principio de la creación.

* * *

Camino del cementerio avanzaba lentamente un cortejo. Borrosas siluetas se recortaban en las tinieblas del día. Los transeúntes se santiguaban, o, quitándose respetuosamente la boina, engrosaban la comitiva. Los niños abrían mucho los ojos, empezando a adivinar lo que significaba aquello que llamaban muerte.

Iban a enterrar al Muecas, el último rescatado. Las mujeres, dejando oir su largo y doloroso aliento, rezaban en alta voz, en un grito colectivo que trepaba por la niebla. Había algo de irreal en el ambiente. Los hombres, graves, repasaban recuerdos personales y tragedias. Ni uno solo de los huérfanos de la catástrofe faltaba a la cita.

El hijo del muerto iba a mi lado, los labios lívidos, parpadeando nerviosamente, ya fatigado de llorar. Me había contado que le dejaron verle un momento y que tenía los párpados hinchados y el pecho casi partido por un costero; y que en el semblante no demostraba dolor porque los gases le ayudaron a morir.

Me daba mucha pena el Muecas, casi tanta como aquel día que jugábamos a policías y bandoleros y corrimos al Pozo cuando su padre ya iba camino del hospitalillo. Me daban pena aquellos huérfanos, unidos a mí por la común desgracia...

No, la mía era mayor, porque mi padre parecía definitivamente tragado por la mina. Rodeado de ojos, de gentes que se antojaban extrañas, alejado de mi madre para no verla sufrir tanto, miraba el féretro dominado por un misterioso deseo, por una súbita esperanza.

«Si encontraran a mi padre, si pudieran enterrarle como a los demás...»

Sentía una pena que enlutaba mis once años poco antes cumplidos; un primitivo terror hacia las derrumbadas galerías, hacia el Pozo. Me angustiaban aquellas noches de pesadilla en la que veía a mi padre despegándose de las piedras como un fantasma deformado, monstruoso, vivo... ¡llamándome!, ¡llamándome!

¿Por qué a él le estaba vedado el descanso bajo la tierra conocida? ¿Por qué yo no podía hablarle, rezar por él en la tierra amiga del cementerio?

El alma aterida, abierta a mil interrogantes dolorosos. Ni un destello de esperanza traspasaba aquellas tinieblas de amargura.

—Padre, padre... —repetía andando tras aquel féretro que se balanceaba bajo la lluvia.

Llorando, iba quedándome rezagado. Como un perro que por equivocación marchase tras un amo que no era el suyo.

* * *

Llegué al cementerio cuando las gentes ya se retiraban. Se fueron los hombres y se fueron las mujeres. Y el Muecas, cogido de la mano de su madre. Yo quedé allí, como un caminante que no encuentra buen sendero para proseguir su ruta, dominado por la sensación de estar en vísperas de un gran acontecimiento, de un grito torrencial que partiese de aquella tierra removida donde dormía el picador Muecas, el compañero de mi padre, el único quizá que podía decirme dónde estaba sepultado y si la muerte se portó bien con él.

Vencido por la angustia se me iban doblando las piernas. Me hinqué de rodillas y comencé a rezar por mi padre caído y enterrado en el Pozo.

Así destilaba mi doble pena de huérfano, junto a aquella muerte que se me antojaba caliente y terriblemente próxima...

—¡Usted lo sabe!, ¡usted lo sabe!

Los perros de Cándido, el sepulturero, ya venían a pelear junto a la cruz recién clavada.

Me puse en pie. Estaba solo. E impresionantemente solo me sentía.

* * *

Desde que enterraron al Muecas mi mente manoseaba una idea obsesionante. Con su enterramiento, semejaba borrarse la última posibilidad de rescatar el cuerpo de mi padre. Presa de una tristeza hasta entonces ignorada, ella iba despertando en mí esa pequeña hombría de los niños, transformándome en un chico distinto, un hombre distinto también a aquél que nació bajo el sablazo de un guardia.

El Muecas había sido enterrado y Vitelón se daba por vencido. En los atardeceres solitarios, con la vista fija en el Pozo, creía escuchar una canción que hablaba de mina, de dolor y esperanza. Era aquélla que cantábamos carretera adelante; la misma que ahora llegaba a mí con distinto acento, traída por la voz de mi padre muerto. Otras veces, en mis impresionantes sueños, mi alma se llenaba de hermosos acontecimientos y avanzaba resuelto por la galería, apartaba escombros, levantaba cuadros en busca de mi hermano grande... ¡Allí estaba! Negro, asustado, extendiendo los brazos, sonriéndome entristecido. Luego hablaba... Un sentimiento horrible se apoderaba entonces de aquellos sueños, haciéndoles saltar, despertándome. Y aun así en mi cabeza seguían entrando torrentes de miedo.

Por el día, la pena dejaba paso a una profunda melancolía. Parecía abrigar en el pecho un desconocido que iba dictándome palabras y sentimientos nuevos, algo que provocaba en mí sollozos mansos. Mi madre, pálida, los ojos enrojecidos por el llanto contenido, me llamaba a su lado, apretándome contra su cuerpo, uniendo nuestra común angustia, nuestro común desamparo. El drama, que no era sólo su viudez o mi orfandad, la muerte a secas, ofrecía en nosotros sus contornos más trágicos.

—La carne hay que enterrarla, madre —gemía desconsolado—, hay que enterrarla. Lo dice el señor Marcos.

—Sí, hijo...

—Le ponemos una cruz y así es un muerto como los demás, ¿verdad, madre?

—Sí, hijo. Un muerto como los demás.

—Dicen que ya no le encontrarán, que está el túnel suelto y que van a tapar la galería.

Se apartaba de mí. En un silencio conmovedor, seco ya el llanto, se apoyaba en el quicio de la ventana desde donde se divisaba el castillete del Pozo. Ya no salía humo. Metían maderas, entraban hombres. Y sacaban escombros, escombros... Alzaba la cabeza y nuestros ojos se encontraban. En los suyos brillaba tanta soledad y angustia, que tenía que correr Camino abajo para no romper en sollozos delante de ella.

Lentamente, sin rumbo, andaba y andaba, alejándome a veces del poblado. Marchaba en dirección al Pantano, donde la tía Mogotes preparaba filtros que provocaban abortos y curaban el reuma.

Era rico en leyendas aquel maldito lago, de superficie gris y mortal. Decían que, ya retirándose camino de su país, los soldados de Napoleón habían arrojado en él un valiosísimo cargamento. Lo que era cierto es que allí estaban los cuerpos, y quizá hasta las almas, de algunos silicosos que acabaron con sus vidas zambulléndose en aquellas aguas cenagosas y tensas. Ante sus inmóviles orillas, viendo reflejarse al sol sobre el lago fatídico, quedaba largo rato soñando nubes de muertos, preguntando quién pondría en el mundo tanta pena, quién permitiría aquella matanza de inocentes. El Pantano, que parecía el vómito de mil tragedias reunidas, me atraía, contándome al oído el tremendo secreto de los muertos retenidos bajo sus aguas, de los otros, olvidados en el reino perdido bajo tierra.

En las márgenes de aquella tumba abierta crecían algunas pobres flores y ladraba el perro de la tía Mogotes, atado junto a la puerta de la mísera choza. Me daba pena aquel perro, como si lo sintiera muy igual a mí, también huérfano de padre y amigo. El también debió nacer para ladrar sin pausa, para saborear amarguras y quejarse.

En aquellos diálogos con el atardecer y el Pantano, recorriendo con la mirada sus aguas turbias y las fantásticas siluetas que el crepúsculo dibujaba en la lejanía, me sentía abandonado del mundo, sin un puñado de ilusión que llevarme al alma, dominado ya por un mal sin esperanza. Ni por las noches, cuando el recuerdo despertaba sobresaltado experimentaba tal abatimiento.

En un inexplicable ademán, solía despedirme del Pantano metiendo la punta del pie en el cieno. Luego cogía una piedra y la tiraba a la choza de la tía Mogotes que salía gritando con voz chillona amenazando con soltar al perro.

Me alejaba corriendo, llorando, sin que lograse comprender por qué la presencia del Pantano me producía aquella congoja.

* * *

La buena nueva corría por el Valle con la rapidez de un relámpago.

—¡Encontraron a Landa!, ¡encontraron a Landa!

Las gentes de la cuenca, dueñas del feliz secreto, iban de casa en casa, la voz recorría el pueblo, subía por el camino.

—¡Encontraron a Landa!, ¡encontraron a Landa!

El cuerpo desaparecido de mi padre ensombrecía al Valle. Un hombre tragado por la mina, convertido en piedra, formando en la legión de fantasmas que asustaban a los mineros... El rescate de Landa concernía a todos, y todos se animaban, liberados de aquella adversidad que la superstición hacía colectiva.

—¡Encontraron a Landa!, ¡encontraron a Landa!

Había sido hallado a primeras horas de la madrugada. Durante el relevo de los obreros, el capataz que acompañado de tres vigilantes inspeccionaba las obras, creyó descubrir una pierna quemada, un tizón más emergiendo de aquel caos de escombros y carbón. Cuando los mineros volvieron al tajo, ya estaba encerrado en un ataúd y colocado en una mesilla. Decían que estaba horriblemente mutilado y que por humanidad no sería mostrado a la viuda. Así se evitaría que guardase un terrible recuerdo de lo que debió de ser la muerte de su hombre.

Fué conducido directamente al depósito de cadáveres. Aquel mismo día, por la tarde, tendría lugar el sepelio.

* * *

Había llovido y las aves sacudían su plumaje. Y el Valle una pena más, ahora que sus gentes se reunían en el cementerio dispuestas a dar a mi padre la paz definitiva, a enterrarle en la tierra amiga y hospitalaria.

El cortejo atravesaba lentamente el camposanto, invadido de barro y flores silvestres. Volvió la lluvia, cayendo sobre el drama repetido de la minería, mezclándose a las lágrimas y los pies arrastrándose.

En aquella caja iba el último mensaje de mi padre, matado por unos hombres que estaban muy lejos y que ni siquiera conocían el Valle. Ya retumbaba en las paredes del cementerio el himno de rezos y palabras sólo pensadas, subiendo al cielo como el gemido de un niño. Era un responso de desesperanza, de resignación:

Ya llegó nuestra hora de dolor
tu cuerpo ha sido devuelto a la tierra
¡eres valiente, minero!
y la muerte se enamoró de ti...

Así cantaban los viejos seguidores de los enterramientos, los chicos, que, un poco ausentes, corrían de aquí para allá, intentando ordenar en su joven mente tanta seriedad y sollozos.

Yo también cantaba, embargado por una punzante felicidad. Miraba a mi madre, andando maquinalmente entre las tumbas, vencida por el peso abrumador de su pena; miraba a sus ojos, totalmente nuestros. Me daban ganas de gritarla: «¡Madre!, ¡madre!, no llores, ¿no es eso lo que queríamos, que padre estuviese enterrado? Ya lo está, madre, ya lo está, ¡está ahí dentro, en esa caja!»

Llegamos junto al nicho, rodeado de tierra crecida. El sepulturero y sus perros esperaban, contemplando aburridos la escena. Cándido se introdujo en el agujero y a calderazos lo desaguó. El sacristán, con el gesto maquinal del hombre que se sabe de memoria los lamentos y los rostros tristes, apartó a las gentes y el cura entró en escena, desgranando sus oraciones bajo un cielo encapotado. El viento silbaba, uniéndose a la pena del Valle.

En un íntimo canto a mi padre tan querido, rescatado al fin de entre la legión de fantasmas, yo recitaba:

Padre, ya llegó tu hora de reposo
tu cuerpo va a ser devuelto a la tierra

El enterrador ató unas cuerdas al sarcófago y entre cuatro hombres, el señor Marcos, el hombre de la voz cascada, Vitelón y el Auténtico, fue descendido. Las aguas enfangadas lo cubrieron ligeramente. La última imagen que quedaría en mí grabada, sería una madera negra, sobre la cual se movió unos instantes el diminuto y terroso oleaje.

Las palas se pusieron en movimiento, oí un grito contenido... y todo fue barro.

Sentía una helada felicidad al pensar que mi padre ya no andaría por la noche recorriendo las galerías y llamando a los mineros por su nombre. Los viejos decían que así ocurría y debía de ser verdad. Y la bruja Mogotes, que sabía mucho de hechizos y aparecidos.

* * *

Las gentes iban dispersándose. El señor Marcos tomó del brazo a mi madre y apartándola con suavidad de la tumba, empezaron a andar hacia la salida. Vitelón colocó su manaza sobre mi hombro y fuimos tras ellos, repasando las lápidas y «hechos de armas» de aquellos que precedieron a mi padre, de aquellos que a golpe de martillo y dinamita levantaban el país, y a quienes la mina mató.

«Antonio Ruiz, caído en explosión de grisú el día 4 de noviembre de 1904.»

«José Mantón Cañavales, caído en accidente de trabajo el 26 de enero de 1905.»

«José Regueo Martín, caído en accidente de trabajo el 26 de diciembre de 1907.»

Eran muchos, muy grande era aquel cementerio reservado a los héroes fecundos. Al día siguiente escribirían en la tumba de mi padre:

«Landa Jalón Nava, caído en explosión de grisú el día 7 de julio de 1909.»

Yo iría a leerlo todos los días. Y me sentía muy orgulloso. Según decía el señor Marcos, aquellos eran los aristócratas del nuevo orden, los que trabajaban y trabajando morían como valientes.

Su tumba quedaba allí, junto a la pared blanca, asustada por la enorme escombrera amenazando invadir la tierra sagrada, sepultar por segunda vez a aquellos mismos que formaron el muro estéril, emergiendo en el corazón del Valle como el lomo de un animal antediluviano.

Pronunciando palabras humildes, en una especie de angustiosa fruición, marchaba un grupo encogido bajo la lluvia, hablando del justo precio de la resignación y la sangre. Un drama hondo se alejaba con aquellas gentes, unidas por una delicada y hermosa fraternidad.

Era mi madre y Vitelón y el señor Marcos, y yo...

El hombre de la voz cascada quedó atrás, junto a la tumba caliente de mi padre.

* * *

La vida volvió a su cauce. Habíamos sepultado a mi padre y con él parecía enterrado el gran mundo de mis angustias. Un íntimo dolor quedaba como recuerdo de la tragedia terminada. Me gustaba oír hablar a las madres que llevaban luto, y a los que perdieron la luz de los ojos cuando tenían veinte años. Ellos, y los que se arrastraban por las cunetas como premio a sus cuarenta o cincuenta años de mina, eran mis amigos; en ellos veía escrito a golpes de recuerdo la vida que se abría ante mí.

La ausencia de mi padre, llevado por el viento negro del Pozo, me sumía en un mar de dudas sobre la vida y la muerte, el bien y el mal, dudas que el señor Marcos se esforzaba en aclararme...

¿De verdad había muerto? Yo recordaba sus palabras y hasta la manera de vaciar la pipa, como si la noche anterior hubiésemos estado juntos, hablándome con palabras sencillas de lo que él entendía por una sociedad justa. Estaba conmigo, le oía, llegaba a «sentirle» cuando me sentaba frente al Pozo que me lo arrebató.

Mi padre no moriría nunca, estaría ausente, alejado físicamente. Todo lo demás seguiría igual.

* * *

Los meses, a caballo del tiempo, seguían pasando...

Una lata de sardinas a modo de cartuchera y una cinta negra colgada del revólver de madera. El antifaz también negro. Seguido de mis partidarios, trepaba por laderas y cabalgaba a lomos del río, cuyas aguas cruzábamos a veces, por la parte de las cascadas sucias y bulliciosas, mojándonos hasta el pecho. Eran tácticas «guerreras» que nos permitían saltar sobre la banda del desprevenido Colás, que casi siempre terminaba por caer prisionero.

Durante un par de horas correteaba todos los días con mis amigos, peleándome muchas veces con Colás a quien le irritaba perder.

Aquel día el juego daría paso a algo tremendo que sacudiría mi adormecida tragedia.

—¡Alto! ¡alto! —le sorprendí, encañonándole.

—¡Alto!; te vi yo primero! —aulló rápidamente—; ¡te vi yo!; ¡te vi yo, mentiroso!

Frente a frente, jadeantes por la carrera, nos miramos retadores.

—¿Mentiroso yo?... ¡Ahora vas a ver!

Eramos los dos fuertes; para nosotros todos los momentos eran buenos si se trataba de pelear. Instantes después rodábamos por el suelo, abrazados. Las pistolas, las fundas, el antifaz, todo desperdigado, aplastado por nuestros cuerpos revolviéndose en el amplio ring formado por las dos bandas, animándonos con un guirigay ensordecedor. Como dos fieras que saben la pelea larga, nos incorporamos, los músculos arqueados, el rostro y los trajes sucios de barro. Y otra vez al asalto; otra vez rodando. Manchas bermejas ya punteaban nuestras narices, los labios, la herida que en mi mejilla abrió el sable del guardia...

Una voz cantaba, acercándose sin demasiada prisa.

El polvillo del grisú
todo lo traga el minero
¿cómo puede ser posible
que pueda llegar a viejo?...

—¡Qué pasa ahí, machangos!

El corro de chicos fue abierto por dos manazas enormes; dos piernas, cubiertas por unos pantalones remendados, se plantaron como dos pilares entre nosotros. Sentí un gran dolor en la cabeza porque Vitelón, agarrándonos por los cabellos, nos obligó a incorporar. Cuando intentamos enzarzarnos de nuevo, de un fuerte tirón nos separó aún más.

—Otra vez os habéis cogido los dos prisioneros, ¿no es eso?

—¡Le vi yo primero, Vitelón!, ¡él tuvo la culpa!; ¡es un tramposo!

—Fuí yo, ¡mentiroso!...

—¡Mentiroso yo! —ardía de indignación.

—¡Sí!, y tu... —me miró con ojos llameantes, los labios temblorosos, como asustados de lo que iban a decir—, ¡y tu padre no está enterrado!, ¡para que lo sepas!

Vitelón sacudió bruscamente a Colás.

—¡Calla, condenado! —exclamó, silbando las palabras.

—¡Enterraron cascotes! ¡Por eso no se lo dejaron ver a tu madre! —siguió cruel Colás—. ¡No le encontraron!, ¿lo sabes ya?

—¡¡Calla!! —rugió el minero apartándole de un empujón, que estuvo a punto de arrojarle por tierra.

Ya era tarde. Aquellas palabras me habían golpeado con una fuerza aterradora. Vencido por la horrible revelación, abrí mucho los ojos, ¡mucho!, para que en ellos pudiese caber toda la angustia que me inundaba.

—Mi padre... Vitelón, ¿mi padre no está...? —balbuceaba.

Levanté la mirada hacia el minero como se levanta al cielo.

—¡Cómo no va a estar, macaco!; ¡no le enterramos nosotros o qué!

Una pena punzante y honda venida de allí donde ninguna mirada desciende jamás, iba brotando en mí. La silenciosa búsqueda de tantas noches se derrumbaba para dejar de nuevo paso a las grandes pesadillas.

—¡Colás! ¡Colás!... —le suplicaba sin encontrar más palabras.

Del semblante de mi amigo había desaparecido la rabia de la pelea. Colás estaba asustado. Los otros chicos también, mirándome en silencio, respetando mi tragedia que algunos de ellos debían conocer.

¡Era verdad!, ¡era verdad! Aquello que me preguntó un día el hermano del Rubio, lo que aquella mañana de otoño me dijo el Muecas...

Dominado por una ternura hondísima hacia mi padre muerto, aparté la mano de Vitelón y me separé del grupo. El minero quiso detenerme; esquivándole, corrí hacia la carretera.

Corría, corría... Tropezando, cayendo. En los ojos llevaba agolpadas tantas lágrimas que los velaban. ¡Cuánto daría por poder ver a mi padre en aquellos momentos, aunque fuese destrozado! ¡Por poder decirle cuánto le quería!

El drama se iba convirtiendo en un pálpito de misteriosidad que me espantaba.

«¡Enterraron cascotes!, ¿lo sabes? ¡Por eso no se lo dejaron ver a tu madre!»

«¡Enterraron cascotes!, ¡enterraron cascotes!

Queriendo callar aquella voz maldita, me apreté los oídos. Un desmoronamiento espiritual me estremecía, enfrentado con una repentina y brutal soledad. ¡Cómo me dolían las palabras de Colás!

«¡Lo sabes ya!, ¡lo sabes ya!»

Mi padre enterrado en la mina, convertido en una piedra más, en un fantasma de esos que...

—¡¡No, padre, no!!

Las gentes se asustaban de mis gritos, de mis llantos. E intentaban detenerme. Yo corría, saltaba, escapaba. No llegaba a verlos, gozando ferozmente de mi pena.

Otra vez las pesadillas, otra vez su rostro despegándose de las sombras, asustándome por las noches; de nuevo arrojado de la tierra amiga donde unos días antes había encontrado la paz que merecía.

—«¡Lo sabes ya!, ¡lo sabes ya!»...

Cuando entré en la cocina, mi madre estaba lavando. No dije nada porque el drama inmovilizaba mi lengua.

—¡Hijo mío! ¿Qué te ha pasado?

—Madre... quiero ir a la mina. —pude al fin decir.

—¡Por el amor de Dios, di qué te ha pasado! —repetía poniéndose de rodillas para mirarme mejor a los ojos.

—Nada, madre... Quiero ir a la mina, ¡al Pozo!

—Ya dirá el señor Marcos cuándo vas. Eres aún pequeño. Dime, Landa —me suplicó—, ¿qué te ha pasado?

—Todos los que su padre muere en la mina, van a la mina. El Muecas va a ir y es como yo...; ¡quiero ir al Pozo!

Hacía esfuerzos increíbles para contener el llanto. Al fin brotó estrepitoso.

—¡Hijo mío!, ¡hijo mío!, ¿qué ha ocurrido?

Me abracé a mi madre, confundiendo nuestras lágrimas, la inhumana desolación que nos invadía.

—Dice Colás que no encontraron a padre, ¡que enterraron cascotes!

Se separó de mí en un brusco movimiento. Sus ojos relampaguearon, secados instantáneamente por la llama de la cólera.

—Por eso no te lo dejaron ver. ¡Lo dice Colás!

—¡Hijo mío! —gritó, reaccionando, cogiéndome el rostro entre sus manos, apretándolo hasta hacerme daño. ¡Yo vi su cuerpo!, ¡lo vi yo!

—Dicen que enterraron cascotes, madre...

—¡No, hijo mío!

—Dicen, madre, dicen...

Ya vencida se incorporó lentamente. Fue a sentarse sobre el arca, cubriéndose la cara con el delantal. Su cuerpo entero se estremecía, sacudido por unos sollozos incontenibles y triunfantes.

—¡Perversos!, ¡perversos!

—Madre, enterraron cascotes..., ¡enterraron cascotes!

—¡Perversos!, ¡perversos!

* * *

Aquel día comenzó mi gran tragedia...



DOÑA MENCÍA LA ADELANTADA

JOSEFINA CRUZ

Doña Mencía queda mirando el bergantín hasta que lo pierde de vista. Su yerno, Hernando de Trejo, se le acerca y, quedamente, le dice:

—Madre... María os llama. Se retiró a la cabaña.

—¡Virgen Santísima! ¿Está mala?

—La emoción ha apurado al niño...

Doña Mencía corre apresuradamente a la cabaña de sus hijos En su rústico lecho María está tendida; en un hilo de voz le dice trémula:

—Hoy será, madre.

Doña Mencía observa el rostro desencajado de su hija, las profundas ojeras que ciernen sus grandes ojos, pero su experiencia le dice que aún falta para que se presenten los primeros dolores de parto; animosamente le responde:

—Aún falta. Ale, hija, no te quedes ahí tirada que caminar es bueno.

María se endereza, aunque de buena gana se quedaría tendida. Al moverse siente una ligera molestia que corre por su cintura, mas pronto pasa. Su esposo la mira asustado y no sabe qué hacer.

—Pero, Hernando, qué cara has puesto —le dice jocosamente doña Mencía—; será mejor que nos dejes. Estas son cosas de mujeres y de nada nos sirves.

—Quedaré afuera, madre. Si os hago falta, llamadme.

—Bien, oye, avisa a doña Isabel, que venga en cuanto pueda.

—¿Creéis, madre, que tardará el niño en presentarse?

—Es pronto para decirlo. La naturaleza es sabia y conviene dejar que ella obre por su cuenta.

Doña Mencía baja la cortina de cañas y dispone unos lienzos y ropas. Mientras tanto, Trejo va en busca de doña Isabel y de la criada Luisa. Casi en seguida las dos mujeres se presentan. Doña Isabel, no bien entra en la cabaña, hace preguntas a María y no cesa de hablar. De natural alegre y dicharachera trae a colación su asistencia a otros partos y narra cómo pasó el trance la Trini, Paquita, Encarnación... y ríe sola al recordar la cantidad de agua que hizo beber a la mujer del rabadán asegurándole que el agua de la fuente de Medellín apuraría el parto y que le nacería un varón más hermoso que el encinar.

—¡Ay, doña Isabel! —suspira la futura madre—, traed un cuenco de esa agua milagrera que también el mío ha de ser varón.

—Pues, ale, camina otro poco, María. No te dejes vencer por un dolorcillo —le dice su madre.

Doña Isabel sigue con su deshilvanada charla. Las horas transcurren lentamente. Ya cae la tarde y el bergantín que recibió el bautismo del mar y del viento retorna al puerto entre las alegres voces de los hombres.

Doña Isabel observa a María. El parto se presenta lento pero sin ningún tropiezo.

—Iré a traeros noticias del bergantín y los navegantes —dice a doña Mencía.

—Bien Isabel, pero no tardes.

Esta se vuelve hacia la criada y le ordena:

—Luisa, prepara el fuego y pon a calentar unas tinajas de agua. Volveré en seguida.

Hernando de Trejo ronda la cabaña y no bien doña Isabel se asoma, va hacia ella.

—¿Cómo está María? —le pregunta anhelante.

—Todo marcha bien, Hernando. La pobrecilla es sufrida. ¿Y nuestro bergantín, navegó sin tropiezos?

—Sí, «La Intrépida» salió buena marinera.

—Mucho se alegrarán doña Mencía y María. Me acercaré al embarcadero para recoger noticias frescas.

Doña Isabel se aleja con paso rápido hacia el grupo de hombres y mujeres. Se informa de los pormenores de la travesía y después, como una gacetilla reparte la nueva, María de Sanabria está a punto de dar a luz.

—Vuelvo a su cabaña —dice doña Isabel a las mujeres.

Mientras tanto, el capitán de Salazar reúne a su Consejo.

—Falta el alguacil mayor —dice el escribano de Su Majestad don Pedro de Burgos.

—Don Hernando anda preocupado por su mujer... no sé si querrá apartarse de su cabaña. Pero vedle, ahí viene.

Los hombres no se atreven a preguntarle por María, pero éste, en un irreprimible impulso de comunicación, les dice:

—El parto va para largo. ¡Quiera Dios que todo salga bien!

—Doña Isabel aseguró que no hay nada que temer —responde con una sonrisa el piloto mayor que no cabe en sí de gozo con la prueba del bergantín.

Trejo mueve la cabeza preocupado y susurra:

—Que Dios os oiga.

Tras un silencio, el capitán de Salazar dice a Trejo:

—Acabo de enterarme, don Hernando... y de haberlo sabido hubiera pospuesto la reunión del Consejo, pues nada me urge; sólo quería cambiar opinión con todos vosotros... pero si vos queréis...

—¿De qué se trata, capitán de Salazar? —pregunta Trejo.

—Pues bien. Casi un año hemos pasado en este puerto de Mbiazá. Como bien sabéis, de la isla de Santa Catalina partió el capitán Saavedra con nuestro mensaje para el teniente gobernador Irala. Confío que nuestro emisario haya llegado a la Asunción y hecho entrega de mi relación. Tampoco dudo de que los asunceños hayan enviado el socorro solicitado, pero el plazo señalado para nuestro encuentro en la desembocadura del Río de la Plata ha vencido.

—¿No creéis que nos aguarden en la isla de San Gabriel? —pregunta el escribano de Su Majestad.

—La región es inhóspita y está habitada por tribus zahareñas que ya han dado prueba de su belicosidad. La isla de San Gabriel no es lugar para asentarse más que por un tiempo prudencial.

—¿Opináis, entonces, capitán de Salazar —le dice Trejo— que los asunceños, al no dar con nosotros, habrán vuelto a remontar los ríos?

—Eso me temo, don Hernando.

El alguacil mayor frunce el ceño y, dando muestras de su disgusto, pregunta al piloto Sánchez de Vizcaya:

—¿Creéis que el bergantín está en condiciones de aguantar una larga travesía y alcanzar el puerto de Nuestra Señora de la Asunción?

—Me atrevo a pensar que sí, señor —responde orgullosamente el piloto mayor—, pero hay un punto que me preocupa, la capacidad de nuestro bergantín es reducida; estaremos hacinados como un racimo. Eso es posible de soportar durante un corto viaje y no sé hasta qué punto «La Intrépida» aguantará tanto peso con el río picado o sorteando los remolinos del Paraná.

—Cuando sopla la sudestada el Río de la Plata se embravece. He navegado por él —dice Salazar—; además, su lecho es mudable y es fácil encallar en sus bajíos, a veces las aguas se retiran o crecen tan rápidamente que hacen difícil orientarse en ese Mar Dulce.

—¿Qué proponéis hacer? —pregunta Trejo con visible impaciencia.

—He pensado que sería más prudente navegar hacia el norte. En la capitulación de don Juan y de su hijo Diego de Sanabria se les ordena fundar un poblado, en tierra firme, a orillas del río San Francisco. Como bien sabéis, señores, la capitanía portuguesa de San Vicente, situada en la isla del mismo nombre, está a escasa distancia de la tierra de San Francisco. La capitanía portuguesa es punto de concentración de las flotas lusitanas y su tráfico, me atrevo a decir, es el mirador del reino de Portugal sobre toda la costa. En caso de que el Adelantado Sanabria haya arribado a Santa Catalina ellos deben de saberlo, pues están al tanto de cuanto ocurre por esas alturas. Si, por desgracia, no tienen noticias del Adelantado, les solicitaremos socorro hasta que nos llegue ayuda de España.

—Vuestras sugestiones son valederas, capitán de Salazar —dice el alguacil mayor—, nos adelantaríamos a fundar el Asiento y poblado de San Francisco como lo ordena la Capitulación de los Sanabria, pero, excusadme que os diga, que no tomaré ninguna decisión hasta consultarlo con mi señora doña Mencía, y no es éste el momento propicio.

—Claro está, don Hernando. Esperemos su opinión. Sólo quería exponeros mis razones y cambiar pareceres.

—Permitidme que os deje, amigos míos. Estoy intranquilo por María.

Trejo se dirige apresuradamente a su cabaña. No se atreve a entrar, pues la criada Luisa, que trae lienzos y una batea, le dice terminantemente:

—Aguarde usted afuera, don Hernando, que ya le dará aviso cuando nazca el niño.

Sin darle tiempo a formular una pregunta, la mujer desaparece en la cabaña. El angustiado padre queda sin saber qué hacer. No puede estarse quieto y se aleja unos pasos para volver nuevamente al sitio en que estaba. Piensa en los peligros del parto, en la pobreza de recursos y la indigencia de su cabaña. Desearía estar junto a su esposa en este trabajoso trance pero al mismo tiempo comprende el sentir de las mujeres y que quieran estar recluidas. «¡Sí, sí —se dice—, éstas son cosas de mujeres, pero yo soy el padre y bien podrían tenerme al tanto de lo que pasa.»

Doña Isabel abre la puerta de la cabaña y un poco sorprendida al verle en acecho, le dice animosamente:

—¡El niño cambió de parecer y tiene prisa por asomarse al mundo!

Con aldeos de faldas la viuda de Becerra se aleja apresuradamente hasta su cabaña y al ratito sale con un envoltorio.

—¿Sufre mucho María? —acierta a preguntar el ansioso padre.

—Ya comenzaron los grandes dolores —le responde precipitadamente doña Isabel, que vuelve a entrar en la cabaña de los Trejo.

La noche clara de estrellas se vuelca sobre el campamento. Algunas mujeres se acercan y preguntan por la parturienta, pero muy pocos detalles puede darles don Hernando que, a su vez, se pregunta: «¿Por qué las mujeres querrán saber tanta cosa y mantienen esa expresión compungida, como si todas ellas padecieran los dolores de la maternidad?»

Los minutos y las horas corren pesadamente. El campamento de Mbiazá se ha recogido en el silencio y pareciera que todos sus pobladores se han dormido; sin embargo, muchas mujeres están en vela y miran la cabaña que mantiene un hachón encendido: la cabaña que pronto se abrirá al misterio de la vida.

Don Hernando de Trejo se ha quedado solo y camina alrededor de su humilde morada. «¡Oh, qué no daría por estar con María en mi casona de Trujillo!», exclama. En su afán, cree ver su ciudad natal de pétrea arquitectura. El tono cálido y severo de sus muros y torres, que se animan en los enlucidos blancos; las grandes portadas talladas de líneas, de revueltos y sinuosos trazos; los amplios balcones que miran la llanura sin límites y las chimeneas con sus cupulillas y caperuzas donde anidan las cigüeñas, dueñas de las alturas. Cerca de la puerta de San Andrés está su casona hidalga, en ella gozaba de comodidad y todo abundaba; en vez, ahora, su cobijo es una miserable cabaña en la que todo falta. El alguacil mayor del Río de la Plata piensa amargamente que en esta emergencia nada mejor puede ofrecer a su mujer y al hijo que espera.

De pronto, un desgarrado grito parte de su cabaña y estremece la noche. Don Hernando se detiene. «¡María!», susurra. Da unos pasos como si quisiera acercarse a su compañera. Oye las voces de doña Mencía y de doña Isabel que infunden ánimo a la parturienta y, también, la voz irreconocible de María, su quejido largo, incontrolable... su desgarrado grito y después, casi simultáneamente, ¡el llanto del recién nacido! «¿Será posible?», se pregunta emocionado. Al rato se abre la puerta de la cabaña y doña Mencía le anuncia:

—¡Nació tu hijo, Hernando!

El padre se precipita dentro. «Gracias, María», susurra besando la frente de su mujer; después, contempla maravillado el retoño de su sangre, ese ser indefenso y pequeñito.

—Hernando de Trejo y Sanabria, hijo mío —dice el padre trémulo de emoción.

—¡Pobrecillo! —exclama la joven madre—, como el Niño Dios llegaste en la indigencia, ¿qué será de ti, hijo mío?

El niño nacido en la costa del Nuevo Mundo, ajeno a la preocupación de los suyos, sonríe entre sueños. La tran-

quilidad del párvulo se aposenta en la humilde cabaña y su presencia enternece los corazones de los que los rodean.

—Hernando de Trejo y Sanabria, mi pequeñín, que Dios te bendiga —le dice tiernamente doña Mencía, que siente, por primera vez, la inefable dulzura de ser abuela (1).

CAPÍTULO XIX

Al mediar el verano los expedicionarios levantaron el campamento de Mbiazá y emprendieron viaje hacia el norte. «La Intrépida» navegó airosamente por el tranquilo mar y, con toda felicidad, recaló en el puerto de San Francisco, donde los hombres alzaron nuevas cabañas y una empalizada.

El capitán de Salazar decidió embarcar, hoy temprano, rumbo a la Capitanía de San Vicente, en busca de socorro, pues están muy necesitados, todos tienen las ropas raídas y hechas jirones, no cuentan con ninguna clase de semillas para sembrar y escasea la pólvora para los arcabuces.

La isla de San Vicente dista unas pocas millas de San Francisco y está situada en la terminal de la «Línea de Partición» que, según la bula Papal, divide las tierras del Nuevo Mundo entre españoles y portugueses. El reino de Portugal, siempre ambicioso, está disconforme con la porción de tierra que le asigna el «Tratado de Tordesillas» y no pierde ocasión para manifestar sus protestas; pretende que el Río de la Plata pertenece a sus dominios y ve complacido el abandono en que los españoles dejan la extensa costa atlántica desde Cananea hasta el estrecho descubierto por Magallanes.

El gobernador de la Capitanía portuguesa de San Vicente, Thomé de Souza, se enteró recientemente del arribo a San Francisco de un extraño bergantín repleto de mujeres y de hombres españoles. Con el «capitao de matto». (2) Juan Ramalho anda ahora por el pequeño puerto de la isla; se sorprende al ver llegar el velero «La Intrépida» y sus desastrados tripulantes.

No bien el capitán de Salazar desembarca en San Vicente, pide ser recibido por el gobernador.

Thomé de Souza se encamina a su «palacio de gobierno» y con ostentoso ceremonial ordena dar paso al recién llegado.

—Juan de Salazar de Espinosa, Tesorero Real y Regidor en el Río de la Plata —se presenta éste. Después de pronunciar las usuales frases de cortesía Salazar da cuenta al gobernador de Souza de las vicisitudes sufridas por la armada de doña Mencía de Calderón, madre del adelantado Sanabria, y le manifiesta que se asentarán en la costa, junto al río de San Francisco, a la espera del Adelantado; las precarias condiciones del poblado y las necesidades de las damas y doncellas españolas lo mueven a pedirle su ayuda y, a cuenta de la Real Hacienda, comprarle semillas, ropas, alimento, pólvora y cuanto les hace falta.

El gobernador de Souza manifiesta conmiseración por la suerte sufrida por tan calificadas damas y dando pruebas de su cortesía y buena disposición ofrece alojar en su Capitanía a todos los españoles, pues mucho le duele que hayan padecido tantas molestias.

—Cuando llegue el Adelantado Sanabria o alguna otra flota de España —dice el gobernador—, les comunicaremos que estáis aquí, mientras tanto la señora Adelantada y sus damas no sufrirán de la intemperie ni de los quebrantos de instalar un poblado.

Salazar agradece vivamente su ofrecimiento y considerando el alivio que experimentarán las mujeres españolas al disfrutar del hospedaje de los portugueses, acepta su proposición.

—Al atardecer enviaré mi urca en busca de todos vosotros —dice el gobernador.

El tesorero real le manifiesta nuevamente su agradecimiento y se despide de él. «La Intrépida» vuelve a desplegar sus emparchadas velas rumbo a San Francisco.

El gobernador de Souza da muestras de contento al verle partir y con el «capitao do matto», Ramalho, ríen estrepitosamente, ¿qué encubren sus risas y sus palabras? Se dijera que algo insólito traman estos hombres. El gobernador ordena a sus esclavos que preparen los aposentos del ala izquierda de su casa para acomodar en ellos a las damas y caballeros principales y dispone alojamiento para los demás españoles.

Mientras tanto, Salazar navega rumbo al puerto de San Francisco. No bien pone pie en tierra, Trejo le pregunta:

—¿Cómo os trató el gobernador de Souza?

—Pues me ha dejado pasmado, don Hernando, portugueses y españoles somos como el aceite y el vinagre en estas latitudes; temí, os confieso, que se negara a prestarnos ayuda alguna, calculad mi asombro cuando me ofreció poner a nuestra disposición su Capitanía de San Vicente.

—En verdad, tanta generosidad llama la atención, responde gravemente Trejo.

El tesorero real hace un rápido relato de su entrevista y agrega:

El ofrecimiento es tentador.

—En efecto, pero con todo, hubiera peferido que hubiérais concertado el préstamo planeado y no tener que abandonar nuestros dominios. Mi deseo es fundar el poblado de San Francisco como lo ordena la Capitulación de los Sanabria.

—Podéis levantar el «Acta de posesión» antes de partir a la Capitanía portuguesa.

—Este auto sorprenderá al Supremo Consejo de las Indias, ya que, apenas fundado el «Asiento», nos vemos obligados a abandonarlo. ¿Para cuándo concertasteis el traslado, capitán de Salazar?

—No bien llegue el velero portugués; creo que no tardará.

—Voy a comunicar la nueva a todos.

Sin dar tiempo al alguacil mayor la urca se perfila por el estrecho que separa la isla de San Vicente de tierra firme. Doña Mencía, sorprendida por la aparición del velero piensa que ésta pueda ser una de las naves de su hijo Diego y corre presurosa hacia el fondeadero donde están los hombres.

—No alcanzo a distinguir las armas que porta, les dice señalando la embarcación.

—Son las armas de Portugal, señora mía —responde Salazar.

En efecto, ya se distinguen los cinco escudos de azur sobre campo de plata, sus roeles y siete torres, sus alados dragones, sus cruces y flores de lis. La brisa solmena las banderas y gallardetes del Reino de Portugal y la urca avanza hacia el puerto de San Francisco con un suave cabeceo.

Trejo explica el motivo de la presencia de esa nave portuguesa, comunica la invitación formulada por el gobernador de Souza y la decisión tomada.

—En la Capitanía portuguesa hallaréis un poco de sosiego, madre. María y todas las mujeres mucho se alegrarán de tener un techo —le dice con persuasivo acento.

Doña Mencía, con expresión severa y reconcentrada, mira a su yerno y al tesorero real. Este le dice:

—Por intermedio de los portugueses podremos comunicarnos con España, saber de vuestro hijo y solicitar socorro.

—¿Y abandonaremos el «Asiento» de San Francisco? —pregunta gravemente la dama.

—Sí, madre, Dejaremos en custodia cuatro arcabuceros, pero antes de partir, tomaré posesión de la tierra.

Mientras las mujeres y los hombres levantan el campamento y recogen las pocas cosas de su pertenencia, el alguacil mayor llama al escribano de Su Majestad.

—Levantad el «Acta de Posesión» —le dice.

El alguacil mayor cumple las fórmulas de rigor: arranca unas yerbas con sus manos, tira cuchilladas al aire y pide se le de fe y testimonio de cómo toma dicha posesión con las acciones antedichas. Después elige cuatro hombres y les encomienda la custodia del «Asiento de San Francisco».

Los expedicionarios que han soportado tantos sinsabores y molestias dan muestras de contento ante la perspectiva de trasladarse a la capitanía portuguesa que les brinda tantas comodidades, sólo doña Mencía no participa de la alegría de sus compatriotas. Siente como un torcedor en el corazón y está tentada de decir a sus compañeros: «Andad con tiento, tanta obsequiosidad da que pensar». pero no hallando razón valedera coge en brazos a su nietecito, el pequeño Hernando, y con él sube al velero portugués.

Los españoles aprecian la sólida construcción de la urca portuguesa y las mujeres, en especial, están alegres y parlanchinas; con ávidos ojos contemplan desde lejos la pequeña isla que, como un perfumado vergel, emerge del mar; a medida que el velero avanza hacia la Capitanía de San Vicente admiran la pujante flota portuguesa y las numerosas canoas que bogan por el puerto y ensenadas, luego la edificación de maderas pintadas de vivos colores, las floridas verandas, las plantaciones de caña de azúcar, sus trapiches y la gran cantidad de negros e indios esclavos (1).

El gobernador de Souza está en el puerto acompañado por algunas damas portuguesas, capitanes y «fazendeiros» (2). Todos reciben a los españoles con vivas muestras de simpatía; el gobernador ofrece sus sillas de mano que llaman «serpentinas» a doña Mencía la Adelantada, a doña Isabel y a María. Esclavos negros cargan con las sillas y las transportan a la «Casa Grande» del gobernador. Allí las aguarda abundante y deliciosa cena, vino de Oporto, jarafas de jugos de frutas, dulces de guayaba, cayús, pan blanquísimo de «zaburro»; luego, al sentarse los comensales a la mesa los esclavos traen carnés asadas, aves, pescados, legumbres y toda suerte de mariscos y de frutas.

Los castellanos, después de haber padecido tantas privaciones gozan de la buena mesa, aprecian la lujosa vajilla del gobernador, el rico vestuario de las damas y caballeros portuguesas, la profusión de diamantes y piedras preciosas con que se adornan las mujeres y los hombres, las amplias y alhajadas casas y la numerosa servidumbre que los rodea.

Doña Mencía está sentada junto al gobernador y escucha su charla llena de cortesía, de ampulosas ponderaciones para las recias y valerosas mujeres españolas y pone a disposición de ellas todo cuanto tiene en su capitanía. La dama agradece su generosidad y no bien puede interrumpir el torrente de sus palabras, le pregunta:

—¿No tenéis noticias de que alguna flota de España haya llegado a la costa, señor gobernador? Nada sé de mi hijo el Adelantado y hace tiempo que debió haber arribado a Santa Catalina.

—Mucho lamento, nobilísima señora, no poder contestaros afirmativamente. Ningún barco español ha anclado por estas latitudes.

Doña Mencía está muy atribulada, con visible esfuerzo domina su emoción y, después, dice al gobernador:

—Muy hermosa es vuestra Capitanía y su puerto está muy concurrido de bajeles.

—A menudo llegan de Portugal, de las Indias Orientales o del Africa diversas embarcaciones. Mi Capitanía de San Vicente es el punto de enlace del tráfico marítimo. Mañana zarpan una carabela y un bergantín para Lisboa.

Doña Mencía queda un rato en silencio; se dice a sí misma que no bien se retire a su aposento escribirá al marqués de Mondéjar para inquirir noticias de su hijo y también ponerle al tanto de las desventuras de su armada. Lanza un suspiro, luego dice al gobernador:

—Os estaré muy agradecida, señor, si vuestros compatriotas hacen llegar a España nuestra correspondencia.

Souza titubea un segundo en contestar, sus ojos chispean y, después, con zalamera sonrisa, contesta a la dama:

—Haré abrir los sacos para guardar vuestra correspondencia y daré orden de entregarla al Embajador de España ante nuestro Serenísimo Rey de Portugal.

Doña Mencía agradece efusivamente su atención, pero no sabe explicarse la extraña sensación de desconfianza que le inspira el afectado y cortesano Thomé de Souza; molesta consigo misma y echándose en cara sus recelos, le dice con exagerada deferencia:

—No tengo palabras para agradecer vuestras bondades, señor gobernador, algún día espero poder retribuiros vuestra generosa hospitalidad.

De Souza le sonríe afablemente y haciendo gala de ser un magnífico anfitrión invita a las damas a escuchar el improvisado concierto musical. Doña Mencía y las demás mujeres españolas están fatigadas, pero disimulan su cansancio y la velada se prolonga. El Alguacil Mayor interpreta el deseo de retirarse que sienten todos y pide licencia al gobernador Souza; levantada la tertulia, le pregunta:

—¿A qué hora debemos tener lista nuestra correspondencia, señor?

—A las siete de la mañana zarpa mi flota hacia Portugal... entregadla al capitán Oliveira una media hora antes de la partida.

El gobernador y demás portugueses dan las buenas noches a sus huéspedes y se despiden con finas frases de cortesía y mil amabilidades.

Cuando doña Mencía queda sola en su aposento exhala un hondo suspiro y se acerca a la ventana que mira al mar. Su corazón de madre se apesadumbra por la falta de noticias de su hijo Diego e intuye que nunca más volverá a verle. Sus ojos anochecidos contemplan el manso mar que acaricia las playas y con volantes de espuma se ciña a la isla de San Vicente. Parece imposible, se dice, que este mar añil, tranquilo, risueño, pueda encresparse en altas olas y que el viento desmelenado sople sobre sus aguas y las abra en hondo abismo. Con un estremecimiento recuerda la tormenta que sorprendió a sus embarcaciones en alta mar, y no puede dejar de pensar en su hijo y en la suerte que habrán corrido sus naves.

—Hijo mío, ¿qué habrá sido de ti? —pregunta al apacible mar y a la noche cuajada de estrellas.

La atribulada madre se vuelve hacia la mesa donde está la escribanía de plata con su hermosa péñola de tucán y se pone a redactar una larga carta para el marqués de Mondéjar. El tesorero real, que quedó en el salón del gobernador, también escribe su Relación para el Presidente del Supremo Consejo de las Indias. Algunas doncellas y capitanes, venciendo el sueño que los embarga, garrapatean esquelas para sus familias. Mañana temparano, el alguacil mayor entregará a los portugueses la correspondencia destinada a Sevilla, Medellín, Trujillo, Cáceres, Castuera, Don Benito, Magacela... Los nombres de las ciudades y villas de España aletean nostálgicamente en la noche hasta que se cierran los párpados de los castellanos y la luz del nuevo día despierta a la Capitanía portuguesa.

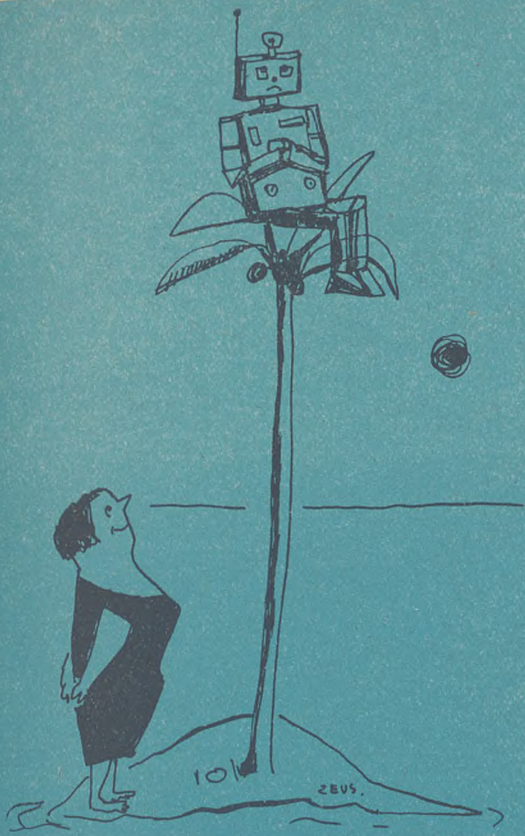
(1) Este niño, Hernando de Trejo y Sanabria, es el futuro Obispo del Tucumán y fundador de la Universidad de Córdoba, la primera Universidad en el Río de la Plata.

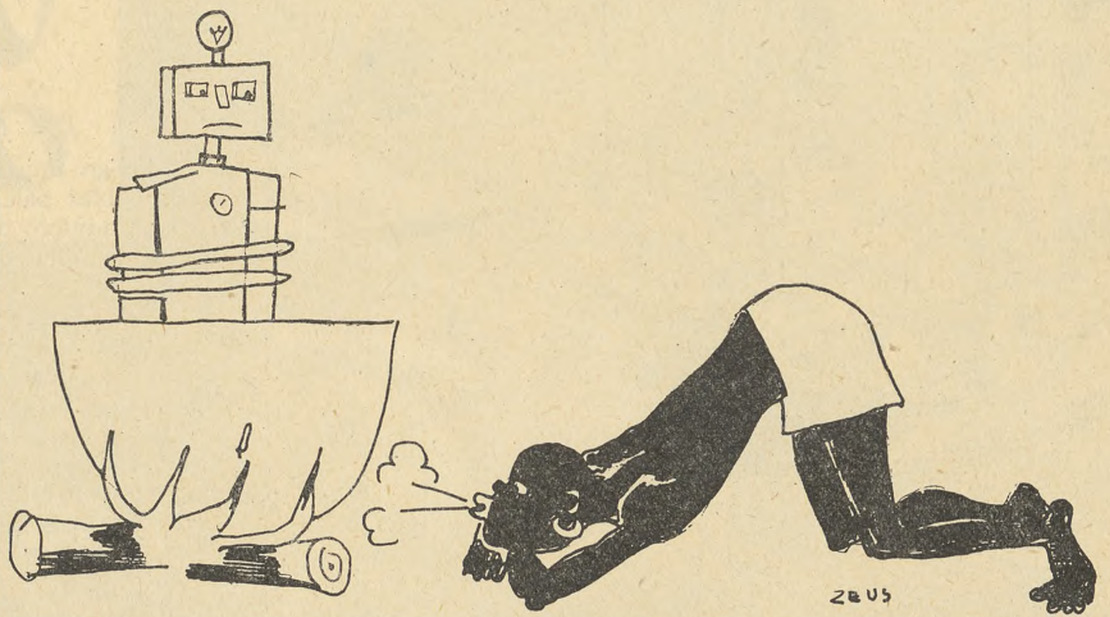
(2) En portugués: capataz del monte, encargado de perseguir a los negros cimarrones que escapaban de las plantaciones.

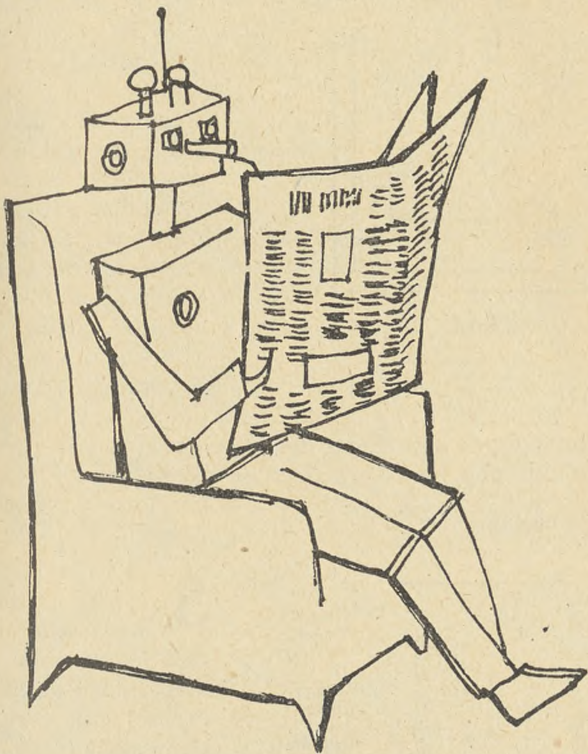
(1) Los españoles se trasladaron a la Capitanía de San Vicente en e mes de marzo de 1552.

(2) Palabra portuguesa que significa hacendado o estanciero.

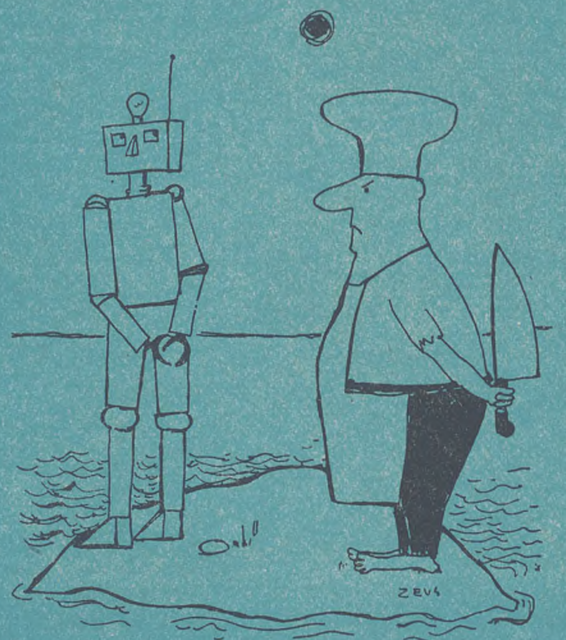
Humor, por ZEUS.



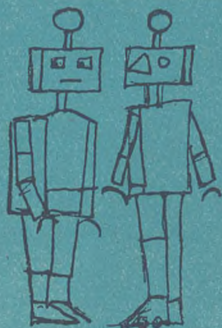




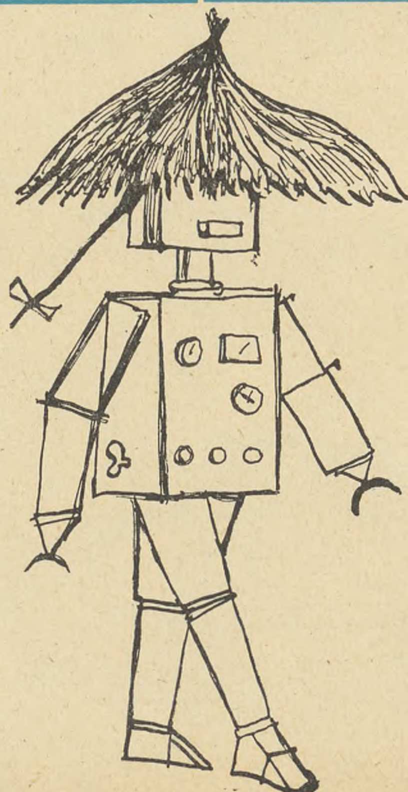








ZEUS

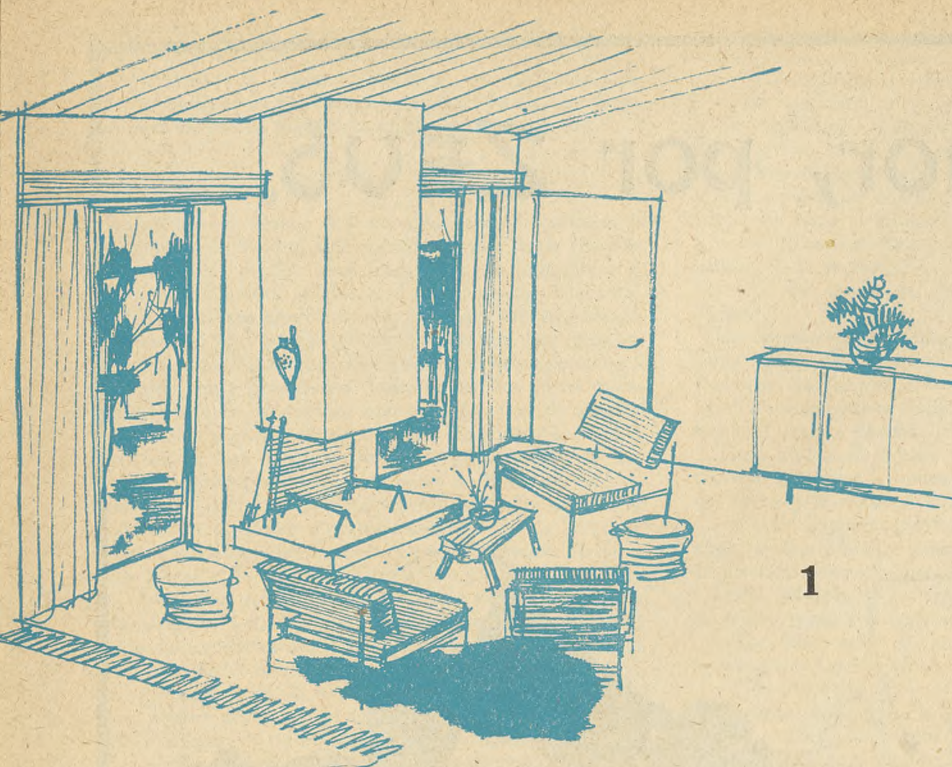




¡Es un robot chino!

CONSULTORIO de DECORACION

HELIA ESCUDER
JOSÉ MARÍA TOLEDO



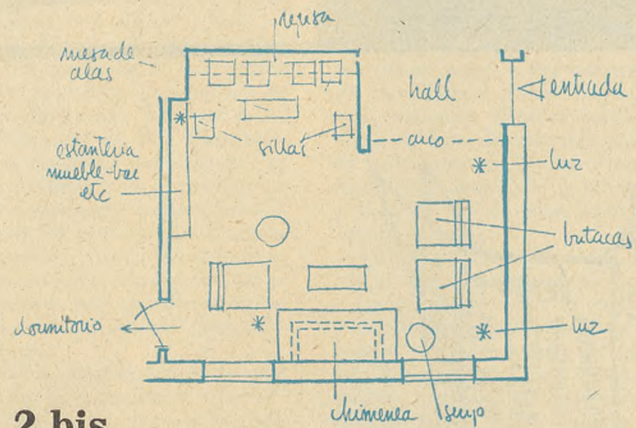
1

DR. MOREJÓN. Lagasca, 24. Madrid.

Tengo mucho gusto en tratar de complacerle y le agradezco sus amables palabras.

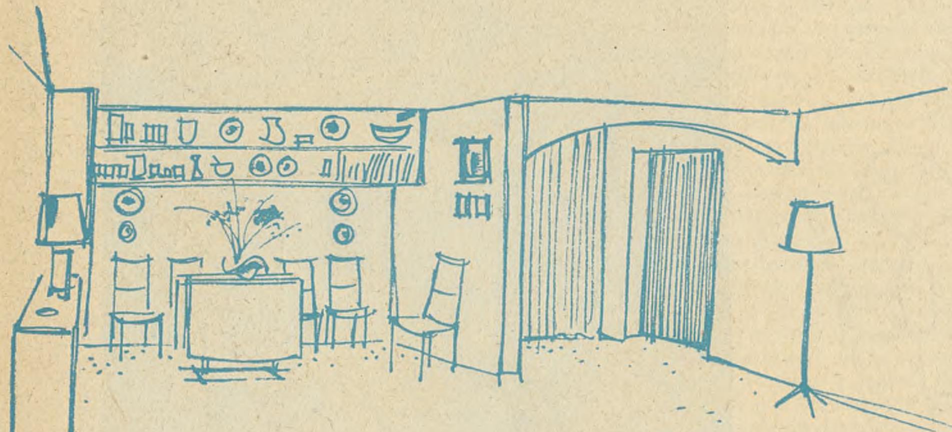
Le adjunto dos pequeños planitos en los que verá más claramente la solución:

1 En el cuarto de estar conviene efectivamente, como usted sugiere, reducir el tamaño de las ventanas a un metro de ancho y colocar en medio la chimenea. Debe ser de línea sencilla, enfoscada en blanco y con la base de granito tallado. Debe completar este lugar con butacas bajas, cómodas y de líneas sencillas. La mesa puede estar resuelta en un medio tronco serrado, pulimentado y encerado. Las ventanas ganarían muchísimo en aspecto haciéndolas descender hasta el suelo, y si no, dejándolas abajo la menor cantidad posible de muro.



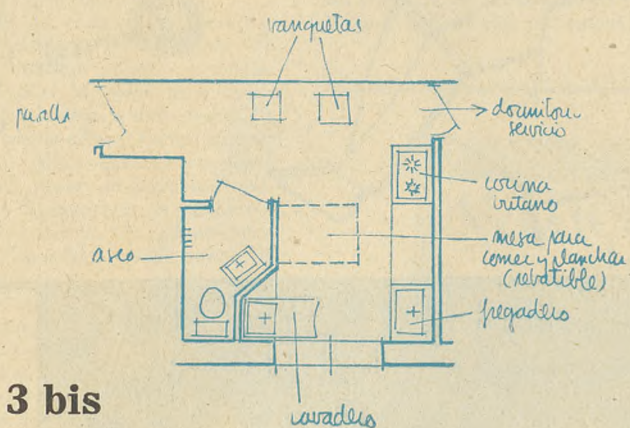
2 bis

2 El lugar donde usted quiere instalar la mesa de comer, es muy pequeño para una mesa tan amplia como usted desea. Le sugiero una mesa de alas que pueda retirarse cuando no se usa. En el testero del fondo puede colocar una estantería para cacharros, libros y objetos diversos que puedan cumplir una misión útil y decorativa a la par. Un mueble largo con bar y armarios, completa el conjunto. Creo es más conveniente que haga desaparecer la puerta que separa la habitación del hall, creando un ambiente único, más gracioso y más amplio.



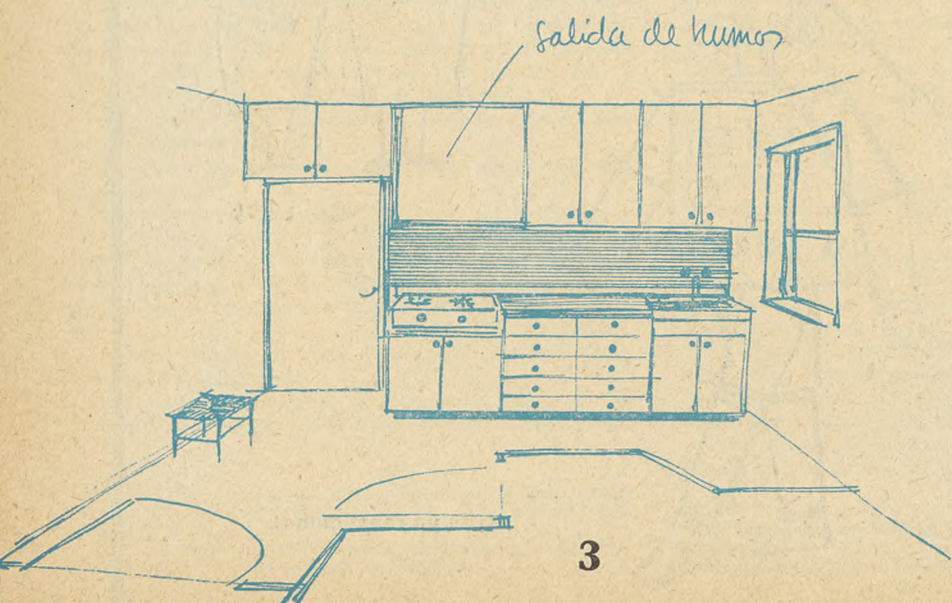
2





3 bis

3 En la cocina usted puede ver, sin más explicación, observando los dibujos, la solución que le damos. La mesa, dado el fin que le es propio, debe ser sumamente robusta y resistente.



3

